

SIMÚN

Por Alejandro Aristimuño

Fuera de la camioneta, el paisaje se agitaba cada vez más rápido hasta que se convirtió en una luz tan clara y tibia como cegadora. El conductor ya no supo si el cielo había quedado arriba o debajo de él. Una serie irregular e interminable de flashes cubrieron su campo visual hasta que perdió el contacto con el volante, con su mujer y con todo lo que había estado rodeándolo hasta ese momento que parecía interminable.

Comenzó a gritar, pero por más grande que abrió la boca no pudo escuchar ni un solo sonido proveniente de su garganta, la cual ardía hasta casi no poder soportarlo. Empezó a sentir un zumbido que le atravesaba la cabeza como una flecha de metal incandescente. El mareo se apoderó rápidamente de él y todo se convirtió en una especie de humo gris, denso y pesado como plomo que lo envolvía y no lo dejaba mover. Y al cabo de unos instantes, un manto negro finalmente lo tapó por completo y ya no sintió más nada. Como si se hubiera dormido profundamente.

I

“Mamá, ayúdame. ¡Mamá! ¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡No me quiero morir! ¡¡¡¡Mamá!!!”, retumbó en la mente de la mujer, quien yacía sobre su cama, a mitad de la madrugada, sin saber si estaba soñando o despierta. A su lado, su marido roncaba, como cada noche después de una extensa y agotadora jornada laboral. Finalizaba la semana y ella también estaba cansada, tanto por su trabajo como por el intenso calor de verano que imperaba en el corazón de una ciudad que no tenía paz ni tranquilidad prácticamente nunca. Y menos en una velada como aquella, en la que ni siquiera la tormenta desatada horas antes había logrado bajar demasiado la temperatura.

Cubierta en sudor, la mujer se quitó la sábana de encima y se sentó en el borde de la cama, con los pies descalzos rozando el suelo. Estaba convencida de que aquel lejano pedido de auxilio había sonado con la voz de su hijo; entonces cerró fuerte los ojos y se dijo que eso era imposible. Intentó serenarse, respiró profundo durante un par de minutos, pero no logró. En cambio, su corazón latía cada vez más acelerado. Así que se levantó y sigilosamente salió de su dormitorio en dirección al de su hijo, ubicado al final del mismo pasillo, al otro lado del baño, en el interior del departamento en el que hacía dieciocho años se habían convertido en una familia. Caminó despacio y en silencio, aunque su marido jamás se hubiese despertado ya que el único ruido apenas perceptible era la respiración agitada de ella y el zumbido monótono del equipo del aire acondicionado.

Ella se movía envuelta en su camisón y con su cabellera revuelta. Las manos arrugadas (más por las secuelas de las labores manuales que realizaba desde adolescente que por la edad) le temblaban, las piernas también, y la invadió una mezcla de miedo, nervios y ansiedad. Entonces volvió a cerrar los ojos y quedó inmersa nuevamente en la oscuridad. No puede ser, se repitió para sí.

A los tumbos y tanteando las paredes finalmente llegó hasta el dormitorio de su hijo y lentamente abrió la puerta. “Respirá con calma, mujer. Con calma, por Dios”, susurró justo antes de dar el siguiente paso, animándose a cruzar el umbral...

Lola llevaba el pelo corto como nunca antes en toda su vida: justo a la altura de la base del cuello, lo que le daba un aspecto de mujer madura y esto, a su vez, coincidía a la perfección con lo que dictaba su documento de identidad. Sin embargo, no era esta imagen o la edad lo que más le preocupaba a ella, sino que regularmente debía concurrir a la peluquería para teñirse las canas que la perseguían en forma prematura desde hacía un largo tiempo, probablemente a raíz del estrés que había sufrido cuando *Josefina* apareció de la nada y *Martín* debió ser internado.

De todos modos, su esposo había llevado la peor parte ya que si bien no había perdido el pelo como otros hombres de su edad, el mismo se veía completamente blanco, lo que hacía juego con los pliegues de la piel de su rostro, especialmente los de la frente y alrededor de sus ojos. Como si su hospitalización hubiera sido un encarcelamiento prolongado que aceleró su proceso de envejecimiento.

Más allá de la cuestión estética, su estado de salud era óptimo, aunque el mismo dependía del delicado equilibrio que le proporcionaba la medicación que debía tomar por el resto de su vida. El tratamiento ambulatorio también constó de sesiones con psiquiatras, pero las mismas ya habían concluido y solo eran necesarias en caso de alguna recaída.

Era el primer viernes de enero al mediodía. Sol a pleno y los residentes más jóvenes ya comenzaban a copar las playas del centro de la villa, aprovechando que la marea de turistas todavía no había subido del todo. Tal vez, esta temporada iba a ser por oleadas, como preveía *Martín* para su negocio gastronómico, el tradicional restorán y parrilla *Aqua Di Mare*.

Lola estacionó el auto en una calle paralela, entre el local y la playa, y caminó apurada para escaparle a los rayos ultravioletas que caían en forma perpendicular sobre las baldosas de la vereda, la cual parecía hervir junto al asfalto en llamas del corazón comercial de *Gesell*.

Entró al restorán y el aire acondicionado la revivió. “Voy a tener que empezar a andar con sombrero”, se dijo la mujer, mientras se secaba su frente con un pañuelo descartable y subía la corta escalinata de laja negra que atravesaba una recepción repleta de fotografías (de familiares, amigos y celebridades) y conducía al salón principal, con capacidad para unos doscientos comensales.

Por su parte, Martín la esperaba sentado junto a la chopera de cerveza artesanal, el producto estrella del local, el cual se había puesto de moda en los últimos años, desplazando a un segundo plano el consumo de vino. De todos modos, el dueño seguía invirtiendo en la cava del negocio, un clásico de la villa, y seguía sirviendo sus tragos especiales en la barra principal del salón, donde funcionaba la adición y la caja. Y si bien el comercio explotaba con eventos como fiestas de casamientos, cumpleaños, aniversarios y *meetings* empresariales, al público en general seguía ofreciéndole la mejor carne asada, a la que le sumaba varias minutas como pizzas, empanadas, hamburguesas y papas fritas para acompañar la bebida más vendida, aunque el *malbec* aun luchaba por volver a la cima, algo que no ocurría en otros locales que se habían apartado definitivamente del rubro parrilla para convertirse en cervecerías con *fast food*.

-¿Y? ¿Cómo te fue? –Martín saludó a su esposa con un beso seco en los labios y le deslizó por la barra una media pinta de *Honey*, la preferida de la mujer.

-Ya está todo arreglado –Lola se acomodó en la banqueta junto a la de él y bebió un sorbo de su cerveza para refrescarse-. En los próximos días ya podemos ir a buscarla y la traemos a casa.

-Ok. Bien –Martín tomó un largo trago de su *IPA*-. ¿Y cuándo tenés pensado hacerlo?

-No tengo apuro. Hasta mediados de mes el hogar ya está pago.

-Claro.

-Además, primero quiero que hablemos con *Mili* sobre el tema.

-Recién le mandé un mensaje para avisarle que la esperábamos acá para charlar, ¿te parece bien?

-Sí, sí –Lola echo un vistazo alrededor del salón y solo vio a un par de empleados preparando las mesas para el almuerzo-. Tranqui el día, ¿no?

-Bastante.

-Mejor así. Prefiero que haya más movimiento a la noche.

Mientras tanto, en la planta alta de local se encontraba *Leonel Fredes*, quien seguía siendo la mano derecha del matrimonio y se había retirado a su oficina, contigua a la de Martín y Lola tras atender al último de los proveedores.

-¿Estaba en casa Mili? –preguntó la mujer.

-No. Me dijo que estaba en la playa de acá derecho, con unas amigas.

-¡Uy! Con este calor y a esta hora...

-Sí, lo sé. Le dije que anduviera con gorra y con mucho protector solar.

-Sería mucho pedir que usen una sombrilla, ¿no?

-Son adolescentes, Lola. ¿Te acordás qué hacías vos en la playa a esa edad?

-Eran otros tiempos.

-Seguro –sonrió Martín-. En esa época se usaban más las mallas enterizas y ahora son todas micro bikinis.

-Ya te salió el guardabosque de adentro. ¡Jajá!

-Bueno, hablando en serio –él apartó su pinta casi vacía sobre la barra-. ¿Qué le vamos a decir a Mili sobre Josefina?

-Yo creo que habría que decirle toda la verdad –respondió la mujer recobrando su tono habitual.

-¿Toda?

-Y sí. ¿Por qué no? Ya pasó mucho tiempo.

-Más de quince años...

-Y Mili tiene la edad suficiente para entenderlo.

-Para mí va a ser demasiado para ella.

-¿Y si ahora le decimos solamente quién es en verdad y más adelante buscamos otro momento para contarle el resto? –Lola dio otro sorbo de su cerveza y se limpió la boca con una servilleta de papel.

-En ese caso, si le contamos la primera parte vamos a tener que contarle lo otro, y ese es un tema muy delicado que probablemente no lo entienda del todo y la afecte mucho.

-¿Por qué la sobre protegés?

-No estoy haciendo nada de eso –Martín se irguió sobre la banqueta y miró a su esposa, molesto-. Solo digo que no hay ningún apuro. Esperamos tanto que creo que podemos esperar un poco más.

-Te entiendo, pero yo no quiero que se encariñe demasiado con Josefina.

-Mirá, Lola –Martín posó su mano en el muslo de su esposa, el cual estaba semicubierto por el final de un vestido floreado-: nada ni nadie va a reemplazar el espacio vacío que dejó *Doña Teresa* ni lo que todos sentimos por ella. Ya lo hablamos ese tema.

-Ya sé –a Lola se le llenaron los ojos de lágrimas, como cada vez que recordaba a su mamá, quién había fallecido unos meses antes, y a la que nunca consideró como madre adoptiva, ni mucho menos como tía-. Pero tampoco me gustaría que Mili se terminé enterando de quién es su verdadera abuela biológica a través de Josefina.

-La vieja está *gagá*. Seguro que no se acuerda ni de su propio nombre.

-Para mí se hace más de lo que realmente está. Vos no sabés cómo maltrata al personal de la residencia.

-Ya me contaste.

-Los putea de arriba abajo, les pega con el bastón y después dice que no se acuerda, Ahora sí, cuando me tiene que llamar por teléfono veinte veces por día para joderme por cualquier boludez no se olvida nunca del número de mi celular, de casa ni de acá... Por eso, me tiene preocupada cómo va a ser nuestra convivencia con ella.

-Yo estoy preocupado por cómo va a reaccionar Mili cuando se entere solo de que Josefina va a vivir con nosotros. No te olvides que cuando la vieja vino para el entierro de Teresa le dijimos que era la hermana de su abuela y ella se enojó porque nunca antes le habíamos contado de su existencia.

-Yo insisto con decirle todo junto. Y sí se lo toma mal, al menos ya sabemos de entrada cómo seguir con el tema, cómo tratarlo.

-No sé –Martín negó con la cabeza-. No deja de tener diecisiete años. Es chica para procesar todo este asunto.

-Pero no es demasiado chica para estar comprando de todo con su padre para llevar al viaje de egresados, cuando todavía falta más de medio año para irse...

-Decís eso porque estás celosa.

-No, para nada. Pero no podés tratarla como una persona grande solo cuando te conviene.

-No se trata de lo que a mí me conviene. Sino de lo que le conviene a ella. Además, esta edad tiene justamente esa contra: para algunas cosas sigue siendo chica, para otras no.

-¡Qué edad de mierda!

-Totalmente. Y pensar que vos me conociste a los diecisiete. Je.

-¡Cómo pasó el tiempo!

-Volando.

-Pará, no me cambiés de tema, como hacés siempre.

-¿Yo? –Martín se señaló el pecho con ambos dedos índices.

-Sí, vos.

-Ok.

-Yo insisto en que deberíamos contarle todo. Es parte del aprendizaje de crecer, de la vida...

-Lola –Martín se inclinó hacia su esposa y la tomó de la mano-, Mili no es tan fuerte como vos. Ninguno de nuestra familia lo es.

-Yo no era fuerte, ¿te acordás? A mí me hicieron fuerte a los golpes, con todas las cosas que me pasaron. Cosas como esta, justamente.

-Me acuerdo perfectamente porque siempre estuve al lado tuyo.

-Y yo del tuyo.

La pareja amagó a darse un beso, pero justo en ese momento fueron interrumpidos por *Milagros*, quien ingresó al restorán sin gorra, con anteojos negros, su larga melena despeinada, un vestido claro que le llegaba hasta justo arriba de la rodilla y cubría un diminuto traje de baño de dos piezas turquesa que hacía juego con sus sandalias. La chica cargaba un bolso y llevaba su *smartphone* en una mano.

De niña se había parecido más a su padre, pero ahora, con su cuerpo plenamente desarrollado, su figura se asemejaba inevitablemente a la de su madre, no así su cara, que conservaba facciones similares a las de Martín.

-¿Con quién estabas en la playa? –preguntó la madre a su hija, apenas esta se acercó hasta donde se encontraba con Martín.

-No empecés, eh –se fastidió Milagros, quien se resistía a que su mamá controlase rigurosamente cada uno de sus salidas, al punto que aún no la dejaba concurrir a los boliches, solo a fiestas en casas de familia.

-Quiero saber si había algún mayor. Nada más.

-Estábamos con la hermana de *Abi, Agustina*; y el novio. ¿Ok?

-Ok –asintió Lola, quien confiaba plenamente en la madre de *Abril, Valeria*; a quien consideraba una de las personas más responsables de la villa, aunque aquella no fuese oriunda de allí. Sin embargo, en los pocos años que llevaba viviendo en Gesell se había convertido en una respetable fiscal de Instrucción, a quien las personas que no la conocían personalmente llamaban formalmente “doctora Zambrano”.

Pero a Lola no le agradaba demasiado que Agustina, como universitaria de primer año, se relacionase con chicos más grandes y saliese toda la noche hasta la mañana siguiente y, sobre todo, no le gustaba para nada que la joven trabajara como “tarjetera” del boliche *La Ville*.

-Solo estuvimos tomando sol y escuchando música, má –Milagros apoyó la cola sobre las rodillas flexionadas de su padre, quien colocó sus brazos alrededor de delgada cintura de su hija-. No estuvimos tomando, fumando, ni drogándonos.

-Bue... mejor así. Aunque ya me lo suponía, sino, te hubiera prohibido ir sola a la playa.

-Pero eso no es lo que acordamos, má –insistió la chica, quien no olvidaba ni por un instante que el resultado de una larga negociación con Lola había concluido en que este año, su último del secundario, iba a empezar a poder ir a bailar a los boliches, como una especie de preparación para lo que iba a ocurrir en el clásico viaje de egresados a *Bariloche*.

De todos modos, la madre había incorporado recientemente como “letra chica” de aquel “contrato” que ese verano, como todavía era menor, no le iba a permitir concurrir a los

locales nocturnos porque, además de la edad, le parecía peligroso debido al movimiento que generaban los turistas jóvenes.

-No discutan, por favor –intercedió Martín-. Al menos te levantaste una vez temprano en lo que va de la semana, hija.

Milagros giró como un búho para ver el rostro de su padre, quien largó una carcajada.

-Estoy de vacaciones y pasaron las fiestas, ¿para qué iba a madrugar? –Señaló la adolescente volviéndose hacia su madre, quien gesticulaba con una mezcla de disgusto y humor-. ¿De qué querían hablarme?

Entonces, Lola sugirió que los tres se fuesen a sentar a una mesa para dialogar más cómodos y así lo hicieron luego de que Martín volvió a llenar su pinta y le llevó un agua soborizada a su hija, mientras que su esposa todavía bebía de su primera cerveza.

-¿Vas a tomarte otra? –Lola miró a su marido con reprobación, ya que le disgustaba la idea de que durante el día el alcohol se combinara con las pastillas recetadas.

-No es tanto. Ya lo hablé con el médico –respondió Martín, quien solía beber un poco a la hora del almuerzo ya que espaciaba la medicación entre la mañana temprano, por un lado, y antes de irse a acostar a la noche, por el otro.

En otra época, cuando Mili era tan solo una niña y corría de una punta a la otra llevándose todo por delante, los tres se hubiesen sentado en el juego de living con sillones y mesa ratona que solía haber en el sector lateral del salón, pero estos muebles hacía un largo tiempo que ya habían sido reemplazados por mesadas altas y banquetas dispuestas contra la pared, como en una típica cervecería de moda, pero sin alejarse de su estilo arquitectónico original basado en piedra y madera.

-Bueno, ¿y? –Retomó Mili ocupando la silla contigua a la de su padre- ¿Para qué me llamaron?

-¿Te acordás de Josefina? –Lola, ubicada enfrente de su hija, comenzó muy de poquito- La señora que viste en el entierro de Teresa.

-Sí, claro. La hermana de la abuela que está en un geriátrico de *Mar del Plata*.

-Esa misma.

-¿Qué le pasó? ¿También falleció? –Mili miró a su padre, quien permanecía en silencio.

-No, no –Lola respondió con media sonrisa-. Está viejita y en cualquier momento puede pasar, por eso, decidimos que venga a vivir con nosotros un tiempo, lo último que le queda, digamos.

-¿Y por qué con nosotros? –Mili apretó la botella de agua saborizada semivacía y el plástico crujió-. ¿No tiene a nadie más que la cuide?

-No. Solo me tiene a mí.

Lola hizo una pausa y bebió un trago de su cerveza.

-¿Y va a ocupar la habitación de la nona Tere?

-Ajá.

Milagros apartó el vaso y la botella sobre la mesa, tras lo cual, juntó ambas manos y cruzó los dedos, al tiempo que Martín comenzó a acariciarle los hombros.

-¿Y por qué no me lo consultaron antes? –Mili se dirigió a su padre, quien intercambió unas miradas con su esposa, luego agachó la cabeza y respiró hondo-. Es mi casa también, ¿no?

-Claro que sí –intervino Martín-. Y por eso lo estamos charlando con vos.

-Y si vos no estás de acuerdo buscaremos otra opción –añadió Lola.

La adolescente se quedó callada, con la vista al frente, pero desenfocada.

-Sería una mala persona si me negara –señaló Mili al cabo de unos instantes.

-No, hija. Vos no podrías ser una mala persona aunque te lo propusieras –la reconfortó Martín.

-¿Estás enojada? –preguntó su madre.

-Un poco, sí. Me molesta que hayan tomado semejante decisión sin antes preguntarme qué opinaba yo.

-En eso tenés razón, hija –Lola se estiró para alcanzar las manos de Mili, quien se echó contra el respaldo, con los brazos cruzados-. Pero tratá de entender que es un tema complicado para todos.

-Y que abarca otras cuestiones que te queremos ir contando de a poco –agregó Martín.

-Ya fue –Mili se puso de pie-. Hagan lo que ustedes quieran. Como siempre.

La adolescente tomó su bolso y se marchó inmediatamente del local, en tanto que Martín y Dolores se quedaron sentados cara a cara, inmóviles.

¡Qué muñequita brava! Menos mal que no le contamos toda la historia, evaluó él, quien, a su vez, sentía una pizca de satisfacción ya que la reacción de su hija le daba, en cierta forma, la razón. Es igual a la madre, se dijo.

“¡Qué carácter!”, expresó, por su parte, Lola, quien lamentaba profundamente que su hija tuviera una personalidad como la de ella.

Luego de una madrugada calurosa devino un amanecer aún más caliente, pero no solo debido a lo que indicaba el termómetro. Eran las primeras horas del segundo domingo de enero en el que se podía observar un cielo diáfano. A pesar de la cercanía con el río, el aire ardía y el viento era casi nulo. El escenario se asemejaba a una fotografía hasta que apareció en escena un grupo de jóvenes que acababa de salir de una fiesta organizada en el *Club Náutico de Bajo Pindó*, una pequeña localidad ribereña ubicada en el tramo inferior del *Delta bonaerense* y en cercanías a los principales puertos de esa zona.

En dicho establecimiento, construido a mediados del Siglo XX y que se caracterizaba por lucir una fachada pintada de rojo como el color de su escudo oficial, estos chicos practicaban rugby en el mismo equipo y solían cruzarse con los que jugaban otros deportes como remo, fútbol, básquet y hockey sobre césped, aunque este último era más popular entre las mujeres que en sus competencias exhibían un gran nivel, superior al de los varones.

A simple vista eran muchachos como tantos otros allí presentes: bien vestidos con *jeans* y zapatillas de marca, y perfectamente aseados; pero aparentaban estar alcoholizados y bajo los efectos de algún estupefaciente.

La fiesta ya había terminado y todos se retiraban del lugar, chicos solos, chicas solas y también parejitas; cuando comenzaron las corridas, los empujones, gritos y silbidos.

A los *rugbi*ers se los veía exaltados, fuera de sí; y dos de ellos, uno alto y de pelo corto y castaño; y el otro un poco más bajo y rubio; se quitaron sus respectivas remeras para iniciar una pelea cuerpo a cuerpo con el torso desnudo, como si fueran luchadores profesionales.

Los primeros golpes los recibió otro joven, moreno y más menudo que los agresores, quien llevaba puesta una camisa azul y comenzó a retroceder sobre la vereda de piedra que conectaba la puerta principal con la calle de asfalto, a través de un parque con césped, plantas floridas y arbustos cuidadosamente podados.

Ante esta situación, un par de chicas que presenciaban el ataque comenzaron a gritar “¡paren!, ¡paren!” y cuando intentaron separarlos debieron apartarse inmediatamente para no recibir ellas algún puñetazo o patada.

Los dos *rugbi*ers empujaban a su víctima y la rodeaban, obligándola a moverse constantemente en distintas direcciones para tratar de esquivarlos. El muchacho agredido caminó sobre sus talones, tirando manotazos al aire para defenderse y, a la vez, tratando de no perder el equilibrio porque si caía al piso iba a ser presa fácil.

El chico de la camisa azul a duras penas zafó de la caída y volvió hacia el sector del parque, mientras que decenas de testigos miraban lo que sucedía y grababan la secuencia con sus teléfonos celulares.

“¡Vení!, ¡vení!”, exclamó el agresor de pelo rubio, moviendo ambos brazos ampulosamente hacia su pecho lampiño, al tiempo que un tercer atacante, robusto y con la cabeza rapada, sorprendió a la víctima por la espalda.

“¡Uy!, ¡lo agarraron!, ¡lo agarraron!”, indicó uno de los testigos que parecía estar más interesado en seguir filmando que en interceder para tratar de detener el ataque.

“¡¿Quieren cobrar ustedes también?!”, los desafió, amenazante, el tercer agresor, quien le aplicó varias patadas al chico de azul.

Y cuando parecía que la víctima estaba completamente indefensa intervino un amigo suyo, morocho, de tez trigueña y ancho de espaldas, quien se interpuso delante de los agresores.

“¡Vos no te metás, gato!”, le dijo uno de los atacantes.

“No se metan ustedes con él”, respondió el amigo del joven agredido, que exhibía unos brazos gruesos como los remos que solía utilizar para competir en el mismo club.

Al ver que la víctima ya tenía compañía, los rugbiers se fueron apartando del epicentro de la pelea, aunque alrededor de la misma había otros grupos reducidos de jóvenes conocidos de los involucrados que se seguían empujando e insultando.

En tanto, los curiosos supuestamente “neutrales” ya miraban desde al lado de los vehículos estacionados, a una distancia prudencial, que les dio cierto resguardo hasta que la reyerta concluyó y los ánimos se calmaron, al menos por unos minutos en los que el chico de camisa azul fue retirado del lugar por su amigo sin la intervención de personal de seguridad privada ni efectivos policiales que nunca se hicieron presentes.

“Cada fin de semana pasa lo mismo con estos pibes”, se escuchó decir al joven agredido mientras se alejaba quejándose de algunas escoriaciones y hematomas producto de los puñetazos y patadas recibidos.

Tal vez, los “patovicas” y policías estaban cansados ante la seguidilla de este tipo de hechos y por ello ya no se molestaban en intervenir, lo que empeoraba una situación que se promovía a través de las redes sociales:

“Odio a estos hijos de mucamas paraguayas y bolivianas que convierten el club en una sandía: colorado y lleno de puntitos negros”, había sido el último *tweet* de uno de los rugbiers involucrados en la reciente pelea.

“Parece un zoológico humano y encima tengo que aguantarlos con la cumbia en altavoz y con esos celulares que seguramente son robados”, indicó otra de sus publicaciones que se repetían entre tantos otros compañeros suyos de equipo.

Por su parte, el remero estaba al tanto de todo esto porque también utilizaba las redes sociales, como todo joven de su edad. Así que cada vez que se cruzaba con alguno de esos muchachos violentos, racistas y xenófobos levantaba la guardia y se solidarizaba con aquellos que eran blancos de estos ataques.

Así que no dudó en acompañar a su amigo golpeado hasta su auto, estacionado sobre la avenida con un amplio bulevar atravesado por una hilera de palmeras, y finalmente llevarlo hasta la casa, donde ambos permanecieron un rato largo charlando, tratando de relajarse...

II

Antes de abrir los ojos ya podía escuchar el canto, por momentos frenético, de los pájaros que revoloteaban de un árbol al otro, de tejado en tejado, alrededor de su domicilio. Y entre todos esos sonidos había uno en especial que era distinto al resto y sobresalía por su aguda tonalidad. “Algún día voy a tener que averiguar de qué espécimen se trata”, se dijo Martín al levantarse de la cama envuelto en esa armonía. Algún día...

No había para él otra mejor manera de despertarse porque aquella música no la había oído en ninguna otra parte del mundo, por lo que constituía para él una inequívoca señal de que se encontraba en su hogar. Y eso lo hacía sentir tranquilo, protegido y seguro. De hecho, este recital matutino, casi siempre acompañado por el cacareo lejano de algún gallo, era una de las cosas que extrañaba cada vez que dormía fuera de su casa, lo que ocurría solo cuando salía de viaje, ya sea por negocios o de vacaciones.

Entonces recordó su internación en Mar del Plata, cuando extrañó compartir la cama con Lola, quien solía dormir hasta más tarde que él, por lo que, últimamente, el hombre se aprovechaba de ello para desayunar a solas, sin televisión, computadora ni celular. Únicamente acompañado por el canto de las aves y el arrullo de la marea, si es que el viento lo permitía y se lo acercaba gentilmente.

Esta tendencia en Martín se había acentuado a partir de la ausencia física de Teresa, sumado a que Milagros era cada vez más independiente, y todo esto llevaba a que él y su esposa estuvieran los dos juntos, prácticamente sin ningún intermediario, como nunca antes en la historia de la pareja.

Y esta “nueva” vida dejó en evidencia ciertas diferencias que, en reiteradas ocasiones, generaban roces. Por ejemplo, antes de irse a dormir, él leía algún libro o revista, mientras ella consumía videos de todo tipo a través de su *smartphone* y las redes sociales; él prefería lo

salado y ella lo dulce; Martín quería ver películas y Lola series; él no merendaba y la mujer lo hacía cada día, sin falta; y así se sucedían otras situaciones cotidianas; en especial, durante los días de semana fuera de temporada, cuando llevaban una rutina “normal”, o más parecida a la de la media.

Sin embargo, esta especie de dos vidas por momentos paralelas no resultaba, a simple vista, un grave problema ya que ambos eran muy respetuosos de los tiempos y espacios del otro. Tal vez, esa había sido la clave para los dos siguiesen juntos después de tantos años.

Y si había otra situación que Martín disfrutaba muchísimo era cuando su hija también se levantaba temprano, aunque esto, a excepción de los días en los que había que asistir a la escuela, ocurría de vez en cuando, ya que para ello Milagros debía acostarse a una hora razonable la noche anterior.

Así que esa mañana se sorprendió gratamente cuando después de desayunar, mientras Lola aún remoloneaba en la habitación y él realizaba anotaciones manuscritas en un cuaderno en espiral, la adolescente se sentó junto a él en la mesa de la cocina.

-¿Dormiste bien, hija? –Martín le pasó un mate recién cebado.

-Maso, hace mucho calor –respondió la chica, quien vestía un pijama liviano, con una musculosa y un *short* blancos que su padre le había regalado en su último cumpleaños-. ¿Qué hacías?

-Nada, garabateando un rato –Martín cerró el cuaderno y miró a su hija a los ojos, embelesado- ¿Y vos que hacés levantada tan temprano? ¿Vas a ir a la playa de nuevo con las chicas?

-Sí, pero más tarde.

-Ok. Ojo que hoy va a ser otro día de mucho sol. Ponete protector y algo que te cubra la cabeza, por favor. Una gorra, sombrero, pañuelo, lo que sea...

-Otra vez con eso.

-Si tanto te molesta que sea repetitivo, haceme caso, y no te lo digo más.

-Ok, pá. Quedate tranquilo.

Martín sonrió, se levantó de la silla, besó a su hija en la frente y fue hasta al *toilette* de la planta baja, en momentos en que los pasos de Lola resonaban en la escalera de madera que se conectaba con la planta alta del chalet, el sector más nuevo del inmueble, que había sido levantado cuando Mili empezó a crecer y necesitaba de mayor espacio y sus padres le cedieron la habitación matrimonial original de la planta baja para ellos pasar a tener la suya arriba, con un baño en *suite* y un balcón con vista al jardín trasero.

“No entiendo por qué no le hicimos a estos escalones ruidosos una base de hierro”, se quejó la mujer, quien evidentemente ya se había activado y comenzaba con sus quehaceres laborales, que implicaban llevar a cabo determinadas tareas administrativas vinculadas al restorán; en tanto que su esposo recién se dirigía al local después del mediodía. Mientras que en la segunda mitad de la jornada los roles se invertían: ella se retiraba a la tarde y él cerraba de noche, dependiendo del movimiento de la clientela.

Pero más allá del trabajo habitual, Lola tenía previsto ese día ir a buscar a Josefina y traerla definitivamente de regreso a la casa. Ya había transcurrido un tiempo prudencial para que todos los involucrados asumieran que esta acción modificaría la actual dinámica de la familia, por lo que no tenía sentido dilatar más la situación.

“Hay cosas peores”, se consolaba Lola cada vez que pensaba en las consecuencias que iba a tener el regreso de su madre biológica al hogar que tanto le había costado mantener, especialmente desde la primera aparición de aquella complicada mujer, cuando Mili era apenas un bebé y Martín aún no había sufrido su terrible accidente.

Francisco Bermúdez viajó ese viernes por la noche en micro desde la *Ciudad Autónoma de Buenos Aires*, donde residía junto a sus padres, hasta Gesell para pasar el fin de

semana con su grupo de amigos y compañeros del colegio secundario del que habían egresado el mes anterior y que se alojaba en un *hostal*, en el que estos chicos tenían previsto disfrutar de sus vacaciones durante la segunda quincena de enero, cuando dicha localidad balnearia rebalsaba de turistas jóvenes. Sin embargo, “Francis”, como le decían sus compas, no podía quedarse muchos días ya que debía iniciar un curso intensivo de verano para ingresar a la Facultad de Ingeniería, su gran anhelo.

Tras cenar en el *hostal* se dirigió junto a *Sebastián, Juancho, Julio, Lisandro, Tommy, Leo, Manu y Santiago* al boliche La Ville. El grupo de amigos se movilizaba a pie ya que el alojamiento estaba ubicado unas pocas cuadras al sur del centro de la villa. Así que fueron paseando por la peatonal rodeada de comercios y donde se cruzaron con los infaltables “tarjeteros” que les dieron entradas para el local bailable.

Entraron al boliche alrededor de la una y cuarentaicinco, y se ubicaron en el VIP, en el que compartieron unos tragos y se encontraron con unas chicas conocidas del colegio, con quienes se sacaron unas *selfies*, primero en dicho sector del local, en la planta alta del mismo; y luego en un patio trasero al aire libre y con un jardín.

A medida que pasaban los minutos el local se fue llenando de gente cada vez más y se vio desbordado cuando comenzó el show de un *trapero* proveniente del conurbano profundo y que excitaba al público con sus canciones de moda, al punto que la reacción de sus *fans* parecía que iba a “tumbar” el club.

Para entonces, el grupo de Francis ya se había dispersado por distintos puntos del boliche, en cuyo interior el calor resultaba insoportable. No se podía prácticamente caminar de la cantidad de personas allí presentes, por lo que varios de los amigos decidieron ver el recital desde el VIP porque allí tenían una mejor vista panorámica de la planta baja, y sobre todo, del escenario.

Aguardaron allí hasta que finalizó el show y recién entonces decidieron bajar para ir al baño. Ya eran cerca de las cuatro y quince...

Primero descendieron Francis y Tommy, quienes hicieron un rodeo y pasaron antes por la barra de la plata baja, donde se cruzaron con Manu; mientras que, minutos después, también abandonaron el VIP Juancho y Julio, aunque estos dos quedaron bastante separados de los otros tres por lo complicado que implicaba trasladarse entre la exaltada muchedumbre.

Juancho iba adelante y Julio detrás por el pasillo que bordeaba la barra hacia los baños hasta que el primero se topó con un tumulto y no pudo seguir avanzando. “¡Paren de empujar, che!”, exclamó un joven alto, de pelo corto y castaño, que llevaba puesta una camisa floreada color verde agua y estaba acodado en la barra.

“Estamos todos en la misma, flaco”, le dijo Tommy, quien trataba de avanzar desde el lado opuesto a sus amigos.

Juancho logró pasar por adelante del chico que se quejaba y cuando lo hacía Julio otro joven un poco más bajo, con una chomba celeste y de cabello rubio, lo tomó del cuello y lo empujó. Juancho no alcanzó a ver la agresión porque la misma se produjo a sus espaldas, pero Tommy, que estaba de frente, sí, por lo que salió en defensa de su amigo; sin embargo, un tercer desconocido, más robusto, de remera blanca y con la cabeza rapada, lo frenó con un par de piñas directas a la cabeza.

Y cuando la pelea comenzó a cobrar mayor intensidad apareció Francis con intenciones de separar a Julio y Tommy de los tres agresores, quienes, evidentemente, estaban juntos, como ellos.

Por su parte, Juancho recién se enteró de lo sucedido después de esperar en la entrada del baño, donde apareció Julio, quien le contó que él había logrado zafar de las piñas y golpes, pero Tommy y Francis no.

Ante esa situación, Juancho sacó de uno de los bolsillos delanteros de su pantalón de jean su celular para enviar un mensaje instantáneo al grupo de amigos y entonces leyó que Leo ya había enviado uno diciendo que estaban afuera del boliche porque los “patovicas” lo habían sacado a Francis y a otros chicos.

“Se pudrió, Julio. A los pibes los echaron los patovas”, le dijo Juancho a su amigo apenas terminó de leer el mensaje.

“Salgamos”, indicó Julio y cuando ambos iniciaron el recorrido para salir del local se cruzaron en la escalinata hacia la puerta con Tommy, quien evidenciaba un golpe en el pómulo izquierdo.

-Parece que se la dieron en serio, eh –Juancho se acercó a Tommy para observar en las marcas de la agresión que habían quedado en el rostro de aquel.

-Había un par de flacos que lo agarraron a Julio y querían pelear. Yo solo intenté calmarlos, les dije que si nos peleábamos nos iban a echar a todos, pero la ligué igual.

-¿Y Francis?

-El que me pegó me dijo que la cosa no era conmigo, sino con mi amigo, pero no sé si lo dijo por Francis o por Manu, quien también cobró. Y me amenazó con que nos iban a esperar afuera, así que estaba saliendo.

-¡Vamos! –exclamó Juancho, quien encabezó la fila de tres que se retiró del boliche por una salida lateral, distinta a la de emergencia a través de la cual habían sido sacados por la fuerza a los involucrados en la pelea que fueron reducidos por los empleados de seguridad del local mediante llaves feroces, como en las tomas de lucha libre. Y a eso se le sumaba que estos “patovas” eran hombres que superaban a los chicos no solo en edad, sino también en fuerza y musculatura.

Una vez afuera, los tres amigos cruzaron la Avenida 3 y en la vereda de enfrente al boliche se encontraron con Leo, Santiago y Francis, quien llevaba su camisa rota y hecha un

bollo en su mano derecha, dejando al desnudo su torso de piel tostada, a tono con sus ojos achocolatados.

-¿Qué pasó, Francis? –preguntó Juancho.

-Me sacaron del boliche porque le estaban pegando a Julio y yo me metí a separar y también me pegaron –respondió Francis, quien continuaba agitado, más por el fragor de la pelea que por la alta temperatura del ambiente.

-Yo vi desde el VIP que te sacaban los patovicas –señaló Leo.

-Bueno, Francis –intervino Julio-, pero vos también los provocaste, haciéndoles caritas.

-¡Nada que ver! –se molestó Francis.

-Pasa que el lugar estaba lleno y no se podía caminar, todos nos empujábamos sin querer –señaló Tommy.

-Además –retomó Francis-, ellos fueron los que me invitaron a pelear afuera.

-¿Por eso estamos acá? –preguntó Juancho, mirando a su alrededor con cierto temor.

-No, nene. Estamos esperando a que salieran todos del boliche, así nos vamos juntos – intentó calmarlo Francis- ¿Quién falta?

-Lisandro y Manu –indicó Santiago-, que fueron hasta la esquina a comprar un helado y vienen para acá.

El primero en regresar de la heladería fue Lisandro, quien al observar al resto de sus amigos reunidos en la vereda se alivió.

-Cuando vi que los patovas sacaban a Francis del cuello me asusté. Menos mal que están todos bien –comentó el joven al tiempo que se limpiaba restos de helado de sus dedos con un pañuelo descartable.

-Por suerte –dijo Julio-, yo ligué solo una cachetada... Se ve que sin querer empujé a uno y ahí se armó bardo...

-¿O sea que todo empezó por tu culpa? –preguntó Tommy con tono burlón y apoyando la cola contra la carrocería de un auto estacionado junto al cordón.

-Después de que me pegaron a mí, vos también tiraste un par de piñas al bulto. Y, además, escuché que uno de ellos decía ‘me pegan de atrás’ o algo así –Julio imitó el movimiento de su amigo y se apoyó al lado de este, con los brazos cruzados sobre el pecho, para descansar sobre el mismo vehículo.

-La verdad que no me acuerdo tanto detalle –acotó Tommy.

-Y cuando uno de los empleados de la caja llamó a los patovicas yo me fui directo al baño, donde me encontré con Juancho y los perdí de vista a vos y Francis -Julio también cruzó las piernas a la altura de las rodillas-. Ahí viene Manu –agregó señalando a su amigo, quien aún conservaba en una mano el cucurucho con parte de su helado-. Vamos a ver qué nos dice él.

Momentos después, Manu les contó a sus amigos que él solo vio cómo “volaban un par de manos” y a Tommy en medio del tumulto, mientras que un chico de camisa floreada le pegó una piña, por lo que él intentó separarlos. Y que casi en simultáneo observó que Francis estaba junto a otro muchacho más rubio que quería pelear, pero que no supo qué más pasó porque se retiró del lugar hacia el patio externo. Luego, cuando volvió a entrar se cruzó con Tommy y este le dijo que los patovicas habían sacado a Francis.

Pasaron unos diez minutos de charla ahí en la vereda, Manu ya había terminado su helado, y los amigos se disponían a emprender el regreso al *hostal*. Los nueve jóvenes estaban parados casi en ronda cuando súbitamente, comenzaron a silbar unas ráfagas de aire cálido y seco que levantaban del suelo las partículas de arena en un frenético recorrido hacia el mar.

Era un viento que se arremolinaba y a su paso teñía las calles con una especie de veneno rojizo. Y en cada sitio que atravesaba costaba respirar y la temperatura de los cuerpos aumentaba bruscamente. Parecía el mismísimo desierto, aunque este fenómeno no lo producía

solamente el alocado clima, sino también el frenesí de otro grupo de chicos que se desplazaba violentamente por la vereda de la Avenida 3.

Pero no eran los únicos, ya que a la vuelta de la esquina que daba al este, sobre el Paseo 102 y a unos cien metros en dirección a la playa, otro pelotón de jóvenes, aún más nutrido, también se agitaba y atraía la atención de la mayoría de los transeúntes y los demás allí presentes.

Fue un breve lapso de puro caos y confusión en el que se mezclaron la terrible fuerza de la naturaleza con la humana.

El ataque comenzó sin previo aviso y por la espalda. Los agresores llegaron muy rápido, corriendo. Así fue que Manu recibió dos piñas en la cabeza, cerca de la nuca. Sebastián lo vio y de inmediato lo tomó de los hombros para alejarlo de los atacantes que, a su vez, lanzaron a Julio y Tommy contra el auto estacionado, a raíz de lo cual, ambos amigos rodaron sobre el capó y cayeron al suelo del lado de la calle, por donde los vehículos circulaban a baja velocidad debido a que el tránsito en esa cuadra se atascaba porque unos doscientos metros más adelante comenzaba la peatonal.

Ante esta situación, Juancho comenzó a retroceder sobre sus pasos junto a Santiago y los dos observaron atónitos cómo un joven de remera blanca y pelo rapado le aplicaba a Francis un tremendo puñetazo en el rostro que lo tumbó, como una bolsa de papas que cayó pesadamente al suelo.

Francis quedó unos instantes de rodillas hasta que otro de los agresores, el mismo joven de la camisa floreada verde agua con el que se había cruzado en el interior del boliche, le dio al menos tres puntapiés en la cabeza, acertándole en la sien, pómulo y mandíbula del lado izquierdo.

Al ver esa trilogía de golpes arteros, Juancho quiso intervenir para resguardar a su amigo, pero otro de los atacantes lo frenó con una piña en la boca. Lo mismo intentó hacer

Leo, quien también recibió un puñetazo en un ojo por parte de un chico rubio y con chomba celeste.

Paralelamente, otro de los agresores rodeó el auto estacionado y fue a buscar a Tommy, y aprovechando que este todavía no había logrado levantarse del asfalto, le aplicó un par de patadas entre el estómago y las costillas. “Adentró pegaban de atrás, ¿no? Vamos a ver ahora quién gana afuera”, bramó el atacante.

Todo esto ocurría ante la pasividad de los empleados de seguridad de La Ville, quiénes miraban la pelea desde la puerta del boliche, como si la avenida fuese un océano embravecido e infestado de tiburones asesinos imposible de cruzar.

Por su parte, Julio, quien en medio de la pelea recibió golpes en el rostro a la altura de un oído que lo dejaron aturdido, corrió hasta el frente del local bailable para pedirle a los “patovicas” que hicieran algo, pero aquellos permanecieron de brazos cruzados.

Mientras que los policías afectados a recorrer esa cuadrícula trataban de detener otra riña callejera desatada cerca de la playa, por lo que desde ese lugar no podían advertir lo sucedido con Francis y sus amigos.

Quiénes sí se acercaron al lugar de la pelea fueron otros jóvenes que pasaban circunstancialmente por allí y comenzaron a grabar el hecho con sus teléfonos celulares, en tanto que Manu, quien había quedado tambaleando tras recibir los primeros golpes, se alejó caminando un par de cuadras, tomándose la cabeza, hasta la plaza principal de Paseo 104, justo donde se corta el tránsito vehicular en la avenida para que circulen los peatones, porque creyó que lo estaban persiguiendo para seguir pegándole, y al llegar allí se agazapó detrás de un banco de cemento hasta que recobró cierta lucidez y así advirtió que ninguno de los agresores estaba tras él.

La brutal golpiza terminó del mismo modo fugaz con el que había comenzado y los agresores huyeron a la carrera por la vereda y en dirección al norte, donde la Avenida 3 confluía con la Buenos Aires y nacía la calle de ingreso al famoso pinar de la villa.

Y cuando las aguas se calmaron, Santiago, Juancho, Tommy, Leo, Julio y Lisandro observaron con espanto cómo su amigo Francis había quedado tirado en el piso, junto a un cantero en el que se levantaba una acacia. Estaba inconsciente, con el rostro cubierto de sangre y manchas hemáticas sobre su pecho desnudo.

“Está muy golpeado”, balbuceó Tommy, aun preso del pánico.

“No se mueve”, indicó Leo, acercándose a Francis.

Los chicos rodearon a su amigo y mientras unos abanicaban sus remeras tratando de darle oxígeno, otros llamaban al número de emergencias para pedir una ambulancia.

“¿Qué le hicieron?!”, preguntó un hombre mayor que pasaba por el lugar y vio que Francis yacía en el suelo.

“Nosotros no fuimos los que le pegamos, señor. Esos se fueron para allá”, señaló Lisandro con el brazo extendido hacia la esquina norte.

“Nosotros somos sus amigos, por favor. Ayúdenos”, le dijo Sebastián a este hombre, quien se quedó allí parado, inmóvil y en silencio.

“¡Ayuda! ¡Auxilio!”, gritó Juancho, quien sostenía la cabeza de Francis y rogaba con sus ojos llenos de lágrimas a cada uno de los curiosos que se iban agrupando a su alrededor.

Una media hora antes de los incidentes, Martín cerró el restorán luego de una extensa sobremesa con unos clientes amigos suyos que solían ir a cenar al local todos los viernes, pero cuando llegó a su casa a bordo de un remis (hacía años que ya no conducía, de hecho, había vendido su último vehículo, por lo que la familia solo contaba con la camioneta de Lola) no fue directo a acostarse junto a su esposa, quien yacía profundamente dormida, respirando con

la boca entreabierta, lo que generaba un molesto sonido que no llegaba a ser un ronquido. En cambio, él se echó sobre el sillón del living, descalzo, y encendió el televisor en *mute*. Hizo un rato de *zapping* hasta que se detuvo en el Canal 2 de la villa, el cual mostraba imágenes tomadas por las cámaras de seguridad municipales en distintos puntos estratégicos como, por ejemplo, la rotonda del acceso norte, la avenida principal donde funcionaba el boliche La Ville y se concentraba la mayor cantidad de transeúntes, especialmente los jóvenes; la plaza, el muelle y la nueva terminal de micros ya que la antigua se había convertido en un Polo Cultural.

Durante un rato luchó contra el cansancio y observó, aunque sin detenimiento, cómo una marea de chicos subía y bajaba por las veredas colmadas de gente e incluso por la calle, unos metros antes del tramo peatonal. Para Martín, quien se conocía todos esos lugares de memoria, era como un paseo por el centro, una actividad que quedaba relegada durante esos días de intenso trabajo.

-¿Qué estás haciendo, pá? ¿Todo bien? –preguntó en voz baja Milagros, quien acababa de salir de su habitación para ir al baño y le llamó la atención el brillo de la luz que emitía la pantalla LED de la TV.

-Sí, hija. Todo bien –respondió Martín apagando el televisor y dejando el living completamente a oscuras-. Estaba por irme a dormir porque ya es tarde.

-¿Cómo hacés para acostarte a esta hora y después despertarte más temprano que todos en esta casa?

-Supongo que por costumbre –el hombre se levantó del sillón, se acercó hasta Mili y la besó en la frente-. Igual, con los años ya no importa tanto la cantidad de horas de sueño, sino la calidad del descanso.

-Cuando llegue a vieja seguro lo entenderé –bromeó la adolescente y su padre tuvo que taparse la boca para contener la risa y no generar ruidos molestos.

-¿Y vos que hacías? –preguntó el padre tras recobrar la compostura.

-Llegué hace un rato de lo de Abi y ahora iba a lavarme los dientes antes de tirarme en la cama.

-¿La pasaste bien?

-Sí, sí. Tranqui.

-Ok. Buenas noches, hija –se despidió Martín iniciando en punta de pie el ascenso por la escalera de madera hasta su dormitorio, al tiempo que en una mano llevaba sus zapatos náuticos y con la otra se tomaba de la baranda, por las dudas.

-Buenas noches, pá –saludó Milagros, quien desde la ampliación del chalet disfrutaba de la habitación más espaciosa de la planta baja; mientras que la otra, más reducida y la que ella, siendo muy pequeña, había compartido con la Nona Teresa, ahora se hallaba a disposición de Josefina, que pasaba la primera noche allí desde su regreso.

Pero a pesar de esas comodidades, Mili permaneció unos minutos a solas en el living, leyendo una larga serie de mensajes que le enviaba una alterada Abril, quien le retransmitía a su mejor amiga unos textos provenientes de su hermana Agustina, que se hallaba en el centro de la villa, y *links* para acceder a una serie de videos recientemente subidos a las redes sociales.

III

Vanesa había ido a bailar a La Ville junto a su amiga Agustina y el novio de esta, *Matías*, quien era “tarjetero” del boliche y además de conseguirles entradas también les regalaba tragos y las hacía entrar sin hacer cola. Dentro del local, mientras el joven debía realizar algunas tareas de promoción y RR.PP. junto a otros empleados del mismo, las dos amigas pasaron casi todo el tiempo juntas hasta que Matías se desocupó y finalmente se dedicó a estar junto a su novia. Esto no le molestaba a Vanesa porque no se sentía que estaba en el medio de aquellos dos y, además, en el boliche había otras amigas suyas, no tan cercanas como Agus, pero sí con quienes solía juntarse para divertirse. Sin embargo, esa madrugada Vanesa se hartó de los amontonamientos, empujones y también manoseos que se producían a raíz de la excesiva cantidad de gente que había en el local, en su gran mayoría varones demasiados excitados que se aprovechaban de las circunstancias para acosar a mujeres, siempre con alguna excusa por parte de ellos.

Entonces, cuando Vanesa advirtió que su amiga y su novio no se pensaban mover del VIP decidió retirarse sola, por sus propios medios. Así que salió del boliche. Pero en la puerta notó que los empleados de seguridad miraban constantemente hacia la mano de enfrente de la Avenida 3, donde observó que había un grupo de jóvenes a los gritos, desesperados. Ante esa situación, la chica cruzó para ver qué estaba ocurriendo y al poner un pie en la vereda descubrió que en el centro del círculo que formaban unos muchachos, más o menos de su edad, yacía en un suelo un chico con el torso desnudo y el rostro cubierto de sangre.

-¿Llamaron a una ambulancia? –preguntó ella al joven que estaba inclinado sobre el chico tirado, sosteniéndole la cabeza.

-Sí, sí. Pero no viene –respondió Juancho.

-Yo sé hacer RCP –indicó Vanesa-. Si quieren puedo tratar de reanimarlo.

Juancho cruzó unas miradas con Santiago, Leo, Julio, Tommy, Lisandro y Manu, quien recién había vuelto de la plaza, buscando aprobación y todos asintieron inmediatamente.

Durante veinte minutos, Vanesa trató de repasar mentalmente cada uno de los detalles del curso de primeros auxilios que había realizado el mes anterior en la *Cruz Roja* local, donde también se entrenaban los guardavidas de la playa, y le practicó a Francis “reanimación cardiopulmonar”, pero el joven golpeado parecía no reaccionar.

“¡Dale!, ¡dale! ¡Despertate! No nos dejes, ¡dale!” exclamó la joven, ajetreada de tantos masajes cardíacos y compresiones torácicas inútiles, al tiempo que los amigos de la víctima no paraban de llorar, agarrarse la cabeza y hasta arrancarse los cabellos.

Al estar casi segura de que Francis no respiraba, Vanesa le tomó la mano para chequear su pulso.

“No sé si se lo siento o es el mío. Perdón, chicos, pero estoy súper nerviosa, nunca antes había hecho esto, salvo en las prácticas”, explicó ella a los amigos de Francis que caminaban de un lado al otro sin saber qué más hacer.

Recién a la media hora arribó finalmente una ambulancia del Servicio de Emergencias Municipal y el facultativo a cargo de la unidad le preguntó a Vanesa si era enfermera, a lo que ella respondió que no. “Entonces, retírate, por favor”, le pidió el hombre de ambo blanco que cargaba un botiquín.

Y junto a la ambulancia llegó también el primer móvil policial, cuyos efectivos se entrevistaron con los amigos de Francis para saber qué había ocurrido.

“No sé cuántos fueron exactamente los que nos pegaron”, señaló Santiago.

“Eran al menos cinco”, comentó Juancho.

“Yo vi que eran siete u ocho, como mínimo”, adhirió Leo.

“Lo único que sé es que a nosotros no nos pegaron con la violencia con la que le dieron a Francis. Con él se re zarparon”, acotó Lisandro.

“Aparecieron corriendo, de la nada, y nos empezaron a pegar a todos. No entendíamos nada”, indicó Julio.

“Yo pude zafar y me escapé para el lado de la peatonal, y no volví a mirar para atrás”, añadió Manu.

El subcomisario González arribó a la escena del crimen vestido de civil y a bordo de su automóvil particular ya que había partido hacia allí desde su propia casa, donde estuvo descansando hasta que su teléfono celular comenzó a sonar constantemente. Estacionó el vehículo en la esquina, justo donde los efectivos de la seccional 1ra. habían delimitado el perímetro y cerrado la avenida al tránsito. Enseguida vio al jefe de calle: *el sargento primero Romano*, quien estaba a cargo del operativo, y se dirigió hacia él.

-Hacela corta, Romano –resopló el subcomisario-. Decime que tenemos una punta...

-Tenemos dos testigos presenciales: una chica que le practicó RCP a la víctima y un joven que grabó la pelea con su celular.

-¿Y los amigos de la víctima?

-Parte del grupo se fue al hospital detrás de la ambulancia y otros fueron conducidos a la comisaría para tomarles la denuncia.

-Bien –el subcomisario echó un vistazo a su *smartphone*, el cual se hallaba en modo vibrador, y observó que tenía varios mensajes instantáneos y un par de llamadas perdidas- ¿Y los muchachos del Operativo Sol afectados a esta cuadrícula?

-Estaban acá a la vuelta porque hubo otra pelea cerca de la playa en la que apuñalaron a un chico, pero está bien. Ya se lo llevaron al hospital y los médicos dicen que son lesiones leves.

-¡Qué noche de mierda! –el subcomisario se alejó unos pasos del cantero junto al que había caído Francis tras la golpiza y encendió un cigarrillo.

-Y... cuando los pibes se descontrolan es para quilombo -acotó el jefe de calle, mientras realizaba unas anotaciones en un chiquito bloc de hojas anilladas que llevaba en uno de los bolsillos del pantalón de su uniforme, ajustado a su figura musculosa.

-Todos los veranos la misma historia a la salida de los boliches... Especialmente en los últimos años, cuando los chicos empezaron a darle cada vez más al alcohol y a las pastillas.

-Tal cual. Aunque, por suerte, no todos son así.

-Bueno, voy a hablar con la chica y el otro pibe, y después que los lleven a la comisaría para tomarles la declaración correspondiente. Quiero todo bien documentado. ¿Clarito?

-Sí, señor.

El subcomisario apagó el cigarrillo contra el asfalto y fue a interrogar a Vanesa y *Rodrigo*, el joven que había filmado el ataque, quienes se encontraban sobre la vereda, junto a la vidriera de uno de los locales de ropa que conformaban una especie de galería en forma de herradura y que desde hacía varias horas permanecían cerrados al público, aunque conservaban sus luces encendidas. El único comercio de ese conglomerado que estaba abierto era un maxiquiosco que atendía las veinticuatro horas.

González primero habló con la chica, con quien mantuvo un intercambio breve; tras lo cual, le dedicó más tiempo al muchacho, que tenía datos interesantes para brindarle.

-Yo estaba en la heladería cuando el chico golpeado fue a comprar ahí con un amigo. Después yo crucé la avenida y me quedé del lado de la cervecería, y él se fue por la vereda como hasta mitad de cuadra y se reunió con otros compañeros hasta que aparecieron estos pibes que los empezaron a golpear -explicó Rodrigo, quien no era una residente de la villa

como Vanesa, sino un turista más que pasaba ocasionalmente por el lugar, aunque, a diferencia de tantos otros como él, no se desentendió de lo ocurrido.

-¿Pudiste ver cuántos eran los agresores?

-Eran como once.

-¡¿Once?!

-Sí, sí. No todos estuvieron metidos en la pelea, pero cuando se fueron juntos para allá –el joven señaló en dirección al norte –se agruparon en la esquina y ahí, siempre desde la mano de enfrente, yo los alcancé a contar.

-¿Y qué hicieron en la esquina? –insistió el subcomisario al tiempo que el jefe de calle escuchaba atento y anotaba.

-Se quedaron ahí un *toke*, cómo esperando a ver qué pasaba con el chico golpeado y sus amigos. Pero yo ya no estaba filmando en ese momento.

-Ok. Gracias.

El subcomisario se apartó unos metros junto al jefe de calle y le habló en voz baja:

-La chica no nos sirve de mucho porque no llegó a ver a los agresores. Pero el pibe parece que sí, aunque de lejos.

-Bueno, pero por más que no les haya podido ver las caras calculo que los podría reconocer por la contextura física y la ropa, ¿no?

-Esperemos que sí. Lo noté con miedo y poco convencido. Igual, tenemos el video que grabó con su celular que nos va a servir, y mucho.

-Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo seguimos?

-Armame un Grupo Táctico Operativo y andá para el lado que nos indicó este pibe a buscar más testigos y, sobre todo, cámaras de seguridad privadas.

-Sí, señor.

-Mientras tanto, voy a mandar a otro grupo al Centro de Monitoreo Local para que busquen pistas en las imágenes del municipio.

-Ok.

-Más vale que los encontremos rápido a los autores porque si no, nos van a querer matar a nosotros –añadió el subcomisario con una mueca de disgusto-. Esto va a traer cola, estoy seguro.

-¿Para tanto, sub?

-El intendente ya lo llamó al jefe y el jefe, a mí. Así que imagínate. Son las cinco de la madrugada y los dos están despiertos... y a las puteadas.

Julia, la novia de Francis, llegó sola al hospital a bordo de un remís y, una vez allí, se cruzó primero con Santiago, quien le relató lo ocurrido mientras ella lloraba desconsoladamente.

-¿Ya le avisaron a los padres? –preguntó ella tras recibir la trágica noticia.

-Sí, yo llamé a mi vieja y ella a los de Francis.

-Ok.

Julia sintió que las fuerzas abandonaban su cuerpo, por lo que se sentó en un banco colocado contra una de las paredes del pasillo de la guardia del hospital, ubicado a unas veinticinco cuerdas de la escena del crimen y adónde Francis ya había arribado muerto, según los médicos de la ambulancia y los facultativos que lo recibieron en dicho centro asistencial.

-Pensé que estabas en *Pinamar* –Santiago se paró al lado de Julia y le acarició hombro, en tanto que Lisandro, Leo y Juancho se hallaban afuera de la guardia, en la calle, tratando de comunicarse con Tommy, Julio y Manu, quienes continuaban en la seccional de Policía.

-Estoy parando ahí con mis viejos –respondió ella sin alzar la vista-, pero hoy justo me vine para acá a encontrarme con Francis y también ver a unas amigas.

-¿Quién te avisó?

-Una de las chicas que estaban en el boliche con ustedes.

-Ah, ok.

-¿Sabés si los viejos de Francis ya están viniendo? –Julia levantó la cabeza y miró a Santiago con los ojos irritados y limpiándose la punta de la nariz con un pañuelo descartable.

-No lo sé. Pero no creo. Mi vieja me dijo que van a tardar en hacer la autopsia y darles el cuerpo, así que es medio al pedo que se vengan de raje -agregó Santiago, quien se sentó junto a la joven, apoyó la cabeza contra el frío cerámico blanco de la pared y cerró los ojos deseando que al abrirlos todo aquello hubiera resultado ser tan solo una pesadilla.

El primer sitio en el que se detuvo la brigada a cargo del sargento primero Romano fue el maxiquiosco ubicado a metros de la escena del crimen, donde se entrevistaron con *Sebastián*, el encargado del turno que iba desde las veintidós hasta las seis y a quien los policías le preguntaron si había visto lo ocurrido y si el comercio contaban con cámaras de seguridad.

“Eran cerca de las cinco cuando veo que había tres chicas en la puerta, del lado de afuera, y escucho que empiezan a gritar y mucho ruido. Me asusté porque pensé que algo pasaba adentro del local. Entonces miré las cámaras y vi que estaba todo tranquilo. Supuse que les pasaba algo a las chicas que gritaban, así que salí y veo a estas chicas asustadas queriendo entrar y mucha gente dispersa en la vereda. Nadie entendía lo que estaba pasando. Miro bien y veo a un chico tirado en el suelo y que recibe una patada en la cabeza. Ahí veo que otro chico se acerca a pegarle, pero el pibe golpeado no se levantó en ningún momento ni se defendió. En eso les grito que paren y los dos chicos que le habían pegado se alejaron y se fueron con los otros que estaban en la esquina”, relató el encargado del maxiquiosco.

“Recuerdo que, en un momento, el primero gritó ‘esto te pasa por pegar de atrás, negro de mierda’ o algo así. Y cuando se fueron yo me metí en el local y no vi más nada”, añadió.

-¿Puede describir a estos dos agresores que dice haber visto? –insistió Romano.

-Uno era delgado, de pelo oscuro y rapado; y el otro tenía el pelo un poco más largo y claro, y era más alto. Pero ahora no me acuerdo bien de cómo estaban vestidos.

-¿Si los volviera a ver los podría reconocer?

-Viéndolos de vuelta, sí.

-¿Y llegó a ver si alguno de los agresores tenía un arma o un objeto contundente?

-No, no. Solo vi golpes: piñas y patadas.

-¿El local tiene cámaras que apuntan hacia el exterior?

-Sí, dos. Una hacia donde le pegaron al chico, pero esa justo no funciona –Sebastián se encogió de hombros, mientras que el sargento primero meneó con la cabeza, disgustado.

-¿Y la otra?

-Apunta para el lado opuesto. Pero no sé si graban o solo reproducen en vivo.

-Ok. Gracias –Romano dejó de anotar y al alzar la mirada advirtió que sus ayudantes ya habían comenzado a caminar hacia avenida Buenos Aires, por lo que los siguió para ponerse al frente.

Pasaron por la terraza cubierta de un restorán y llegaron hasta la heladería de la ochava. Ambos locales estaban cerrados. En la esquina de enfrente y en línea recta se situaba el jardín delantero de un hotel; en diagonal, una obra en construcción donde anteriormente había funcionado una histórica galería que terminó siendo demolida; y hacia el oeste, una cervecería con un amplio patio exterior y que también había concluido con toda actividad, por lo que se encontraba vacía.

La avenida Buenos Aires, con un tránsito intenso aunque no tanto como la 3, se extendía de oeste a este hacia la playa, en tanto que en sentido norte la calle era de arena y se

cortaba unos ciento sesenta metros más adelante, en el acceso al pinar, en el que había un sendero utilizado por los turistas y que conducía a la antigua casa del fundador de la villa, reconvertida en un museo.

“Vamos por ahí”, indicó el sargento primero cruzando la Buenos Aires hacia la calle de arena, en la que se ubicaban distintos tipos de alojamientos en inmuebles con amplios parques y bastante distanciados unos de otros. Y en medio de estos había un supermercado que no tenía una sola luz encendida, por lo que lo pasaron de largo.

Los policías continuaron caminando por la calle sin advertir ningún movimiento sospechoso y al llegar a la esquina norte, justo donde la calle hacía una curva y se unía a otra que daba la vuelta a la manzana y salía de nuevo a la avenida, se toparon con el frente de un hostel y, a unos pocos pasos de distancia, el ingreso al sendero turístico que se adentraba en la espesura del bosque.

La recepción del hostel parecía estar abierta, por lo que Romano y sus ayudantes ingresaron a la misma y se encontraron con la recepcionista/serena del turno madrugada, de nombre *Adriana*.

“Eran entre las cuatro y cuarentaicinco, y las cinco; todavía no había amanecido; y yo estaba sentada en el *deck* de la entrada cuando escucho pasos de alguien que corría hacia el bosque, o sea, desde la avenida hacia el norte. Entonces me incorporo para ver qué pasaba y veo a un joven alto, de pelo castaño y con una camisa clara, toda abierta, por lo que se le veía el pecho. Pasa corriendo e ingresa en una casa que está acá enfrente. Detrás de este chico veo un grupo de al menos ocho muchachos que le gritaban al primero que pare, por lo que pensé que lo estaban persiguiendo. Agarro el teléfono inalámbrico para llamar al nueve once y avisar, pero justo escucho que estos chicos del grupo se frenan a media cuadra, a la altura del supermercado, y empiezan a comentar que acababan de tener una pelea o algo así. Momentos

después se van caminando despacio hacia la casa a la que había entrado al primero, al que llamaban por un apodo, que no recuerdo, como si fueran todos amigos”, relató la mujer.

-¿Pudo observar las características físicas y de vestimenta de los otros jóvenes? – preguntó el sargento primero.

-No del todo porque estaba bastante oscuro.

-¿Y al que vio primero lo podría identificar si lo vuelve a ver?

-Sí, a ese sí –afirmó la testigo, quien luego señaló dónde se ubicaba la casa de los sospechosos, la cual se encontraba en la parte trasera de un extenso terreno con una densa vegetación, por lo que desde el otro lado de la calle no se podía observar con precisión los movimientos en el interior de la vivienda.

“Bueno, ya tenemos dos testigos ajenos al grupo de amigos de la víctima que podrían reconocer a por lo menos uno de los presuntos agresores”, les comentó Romano, visiblemente satisfecho, a los otros efectivos que lo acompañaban tras la entrevista con Adriana.

-¿Y ahora? –preguntó uno de los ayudantes, que eran tres en total.

-Uno de ustedes viene conmigo al supermercado a ver qué encontramos ahí –Romano guardó su bloc de notas y chequeó que su radio estuviese funcionando-. Ustedes dos se me plantan en la esquina de esa casa y en cuanto vean el más mínimo movimiento me mandan un alerta, ¿entendido?

Los ayudantes asintieron y acto seguido la brigada se dividió en dos para poder abarcar más terreno, mientras llegaban los refuerzos.

Minutos más tarde, Romano y su subalterno se entrevistaron en el supermercado con *Ramón*, el vigilador del local, quien les comentó que él no había podido ver nada porque se encontraba en la parte posterior del comercio, pero les facilitó inmediatamente el acceso a las imágenes de las cámaras de seguridad que enfocaban hacia la calle y que grababan, además de reproducir en vivo.

En esta grabación los policías observaron que, efectivamente, primero un joven pasó corriendo y luego otros ocho se detuvieron frente al supermercado, de espaldas a la avenida Buenos Aires, por donde justo se vio pasar un móvil del Infantería. Las imágenes mostraban que uno de estos jóvenes, de cabello oscuro y rapado y remera blanca, se limpiaba las manos y se chupaba los dedos, como si quisiera borrar rastros. En tanto que otros dos de sus acompañantes también guardaban las manos en los bolsillos de sus pantalones.

“Los tenemos”, afirmó Romano, sonriente, e inmediatamente regresó su ayudante hasta la esquina de la casa de los sospechosos donde montaban guardia los otros dos efectivos.

Había comenzado a clarear cuando el sargento primero llamó por teléfono al subcomisario para avisarle que se habían entrevistado con dos testigos presenciales y obtenido las imágenes de una cámara de seguridad que les había permitido localizar una vivienda en la que se encontrarían los presuntos agresores.

-La estamos vigilando en estos momentos, jefe.

-¿Hay algún movimiento sospechoso?

-Poco y nada. Hace un rato llegaron tres caminando, como si nada. Venían con una bolsa de un local de comidas rápidas.

-Ok. Quédense ahí mientras yo aviso a la fiscalía. Pero, primero, mandame un mensajito con los datos precisos del lugar.

-Ya se los mando. Está la fiscalía uno de turno, ¿no?

-Sí, pero tengo que llamar al *doctor Mendoza*, fiscal de la dos, porque él está subrogando a la de la uno, que está de vacaciones.

-Estaba.

-Olvidate. Acá se acabaron las vacaciones para todos. Y Romano, por favor, que no se les escapen.

-No, no. Quédese tranquilo, sub, que tenemos a la vista un par de autos que están estacionados en el garaje de la vivienda, así que si intentan algo nos vamos a dar cuenta enseguida.

-Listo.

El subcomisario cortó y se comunicó inmediatamente con el fiscal Mendoza para tramitar la orden judicial y así poder llevar a cabo un allanamiento de urgencia.

En tanto, los amigos de Francis que habían sido víctimas del mismo ataque se hallaban en la comisaría para declarar.

El allanamiento, con refuerzos de la Subdelegación Departamental de Investigaciones (SubDDI), Infantería, peritos de Policía Científica y funcionarios judiciales, finalmente se llevó a cabo a las diez de la mañana y fueron los propios sospechosos los que permitieron el ingreso del personal a la vivienda, sin ofrecer ningún tipo de resistencia.

A simple vista, los peritos advirtieron lesiones corporales típicas de una pelea en la mayoría de los jóvenes allí presentes, además de que respondían a las características físicas y de vestimenta descriptas por los testigos y registradas por las cámaras de seguridad, ya que, a esa altura, los investigadores habían podido obtener más imágenes grabadas en el boliche donde se había producido el incidente previo.

Y ante esta situación, el fiscal subrogante dispuso la aprehensión inmediata de todos los jóvenes allí presentes.

“Acá falta uno”, dijo el jefe de calle, mientras los efectivos tomaban los datos de los jóvenes aprehendidos y los peritos secuestraban prendas de vestir, calzados y también los teléfonos celulares de cada uno de ellos, entre otros elementos de interés para la investigación.

-¿De quién es esta zapatilla con manchas hemáticas? –insistió Romano, quien alzaba con su mano derecha una bolsa de plástico en la que se preservaba como evidencia el calzado en cuestión.

Pero ninguno de los sospechosos respondió.

-Más vale que me lo digan ustedes, así ahorramos tiempo, porque, tarde o temprano, nosotros lo vamos a descubrir. Se los puedo asegurar –fue la sugerencia, más bien una orden, del policía.

Los aprehendidos se hallaban en el jardín de la casa, parados en hilera y esposados, y se miraban de reojo.

-Yo, en su lugar, empezaría por colaborar con la investigación porque ustedes ya están hasta las manos. No es joda, eh.

-Se llama *Pedro Vittolo* –indicó, al fin, uno de los sospechosos.

-Sí, Pedro –acotó otro de los apresados, que temblaba como una hoja seca envuelta en una ráfaga de viento otoñal.

-¿Y dónde está? –insistió Romano.

-Se fue en su auto –respondió el primero de los sospechosos-. Un Renault Sandero gris que, en realidad, es del padre.

-¿A dónde se dirigió?

-No sabemos. Pero seguro que se fue a la casa.

-Entonces díganme dónde vive, ¿o prefieren que él zafe y ustedes comerse todo este garrón? Porque les aseguro que van a ir presos por mucho, pero mucho, tiempo.

Unos pocos minutos después, el subcomisario González se comunicó con su par del *Destacamento Bajo Pindó* para que una brigada de efectivos locales se dirigiera al domicilio de Pedro Vittolo.

Una vez allí, alrededor del mediodía, los policías observaron el Renault Sandero gris estacionado en la puerta y montaron guardia, mientras aguardaban la orden judicial para proceder, que finalmente llegó por la tarde, cuando los uniformados tocaron a la puerta y preguntaron por el joven buscado.

Y si bien tanto los padres de Pedro aseguraron que su hijo no había estado en la costa, sino en su casa durante toda la madrugada, los policías advirtieron que la familia tenía su equipaje listo y pasajes reservados para viajar esa misma noche a *Uruguay*, por lo que el fiscal Mendoza entendió que se disponían a huir y dispuso la aprehensión de Pedro y su inmediato traslado a Gesell.

IV

Conmovida, al igual que toda la comunidad de la villa, la fiscal Zambrano salió el domingo a la hora de la siesta de la sede de la Jefatura de Policía Distrital, donde se había montado su nuevo “centro de operaciones”. La intención de la instructora judicial era realizar una pausa en su trabajo y, en vez de ir a almorzar a su casa con su familia, prefirió dirigirse sola al restorán *Aqua di Mare* y aprovechar que era una espléndida tarde, tanto para que los residentes como los turistas estén en la playa, para pasar un rato sin compañías y tratar de pensar tranquila y acomodar algunas ideas.

En el local estaban solo sus empleados y encargados, encabezados por Lola, ya que Martín se había retirado al mismo tiempo que los últimos comensales para regresar al chalet y estar junto a su hija, quien había quedado al cuidado de Josefina, en el marco de un acuerdo que el matrimonio había establecido con la adolescente para cuando papá y mamá tuviesen que ausentarse del hogar debido a las ineludibles demandas de la temporada alta.

La fiscal se ubicó en una mesa alejada del ventanal delantero y cerca del equipo de aire acondicionado, y ordenó al mesero una pechuga de pollo grillada, con una ensalada verde y un agua mineral sin gas, dado que el intenso calor y la cantidad de trabajo que tenía por delante sugerían que la mejor opción era comer algo liviano

Por su parte, Lola había bajado de su oficina y se encontraba detrás del mostrador principal, junto a la caja registradora y la comanda de la adición, y al reconocer a la clienta recién llegada esperó a que el mesero se alejara de ella tras tomarle el pedido y se acercó a saludar.

-Hola, Vale, ¿cómo andás? –Arrancó Dolores colocándose de pie junto a la silla de la fiscal, quien no apartaba la mirada de la pantalla de su celular- ¿Estás bien?

-Hola –Zambrano alzó la vista-. Sí, sí. Estoy bien. Gracias.

-¿Mucho trabajo?

-Muchísimo –resopló la fiscal–. Sentate –le indicó a Lola, quien le hizo caso y se ubicó en una silla justo enfrente.

-No me digas que te tocó el caso de ayer.

-Ajá –Zambrano guardó el celular en la cartera que había dejado colgada del respaldo de su asiento.

-Pero pensé que lo tenía Mendoza o, al menos, eso leí en los diarios.

-Arrancó él porque yo me había tomado unos días, pero la causa le corresponde a mi fiscalía, así que... -Zambrano se encogió de hombros.

-¡Uh, qué lío!

-Ni te lo imaginás...

-Ayer estuvimos todo el día hablando del tema con Mili, que me mostró un montón de videos y mensajes que se fueron mandando los chicos que estuvieron en el lugar esa madrugada.

-No quiero ni pensar en eso porque Agustina estaba en el boliche con su novio.

-Sí, me dijo Milagros.

-Menos mal que ellos salieron del boliche cuando ya había pasado todo.

-Sí, menos mal –Lola echó un vistazo hacia el mostrador para asegurarse que el mozo aún no se acercara a la mesa y luego se dirigió nuevamente hacia la fiscal, pero en voz baja:- Me contó Mili que la chica que intentó ayudar a la víctima es amiga de Agus, ¿puede ser?

Zambrano colocó el dedo índice de su mano derecha extendido sobre sus labios y asintió con un sutil movimiento de su cabeza.

-¿Qué pasa? –susurró Lola inclinándose sobre la mesa.

-Pasa que es una testigo clave y no quiero que se sepa que es amiga de mi hija porque, llegado el caso, la defensa podría llegar a utilizar eso para cuestionar mi imparcialidad, ¿entendés?

-Sí, sí. Entiendo.

-De hecho -Zambrano elevó suavemente el volumen de su voz-, ahora a la tarde tengo que seguir tomando testimoniales.

-En los diarios dicen que los detenidos se negaron a declarar.

Justo en ese momento llegó hasta la mesa el mesero con la botellita de agua mineral sin gas, por lo que ambas mujeres guardaron silencio.

-Disculpame, Lola –señaló la fiscal apenas se retiró el mozo-, pero no puedo contarte demasiado.

-Lo sé, no te preocupes. Es que este caso nos revolucionó a todos. Es como una bomba.

-Tal cual, y esto recién empieza –la fiscal introdujo su mano en la cartera y sacó el celular, que no paraba de vibrar, le echó un rápido vistazo y lo dejó apoyado sobre el mantel, junto a su vaso-. Me están llamando de todos lados, encima los periodistas ya tienen mi número y no paran.

-¿No tenés otra línea?

-Sí, sí. Pero casi nunca la uso.

-Bueno, cualquier cosa que necesites, avísame –Lola se puso de pie con la intención de no abrumar, aún más, a la fiscal.

-Gracias.

-Te dejo tranquila, entonces –la dueña del local dio un par de pasos hacia el mostrador, pero la fiscal la frenó tomándola del brazo.

-Ahora que lo pienso, quería pedirte un favor.

-Sí, decime... -Lola retrocedió y quedó parada justo al lado de Zambrano.

-Hoy a la tardecita me tengo que reunir con el fiscal general y los padres del chico fallecido que vinieron con sus abogados, y este lugar me parece lo suficientemente tranquilo y cómodo, ¿te molestaría si nos juntamos acá?

-No hay problema, te reservo una mesa apartada.

-Pasa que la fiscalía está rodeada y todas las dependencias policiales también.

-Claro, claro.

-Igual, es más que nada una charla informal, eh. No creo que nos quedemos mucho tiempo.

-Despreocúpate. Yo le aviso a Martín, que él va a estar acá a esa hora.

-Gracias.

-No hay de qué y disfrutá del almuerzo.

Lola se despidió de la fiscal con un beso en la mejilla y regresó hasta la caja registradora, mientras en las calles del centro la gente se mostraba consternada por el crimen de Francis y, al mismo tiempo, turbada por la llegada de cada vez más periodistas pertenecientes a los principales medios de comunicación a nivel nacional que ocupaban gran parte del espacio público con sus móviles, micrófonos, cámaras y su habitual frenesí.

Toda esta conmoción era poco habitual en la villa y más aún para la fiscal, quien había elegido la sede de la Jefatura Distrital para trabajar en el caso no solo por cuestiones de espacio y comodidad (su despacho oficial apenas tenía las dimensiones de un consultorio médico), sino también porque la misma se situaba en el extremo sur de la ciudad, rodeada de médanos y en cercanías de la nueva terminal de micros que se conectaba con la ruta interbalnearia y de la Secretaría de Seguridad del municipio.

De hecho, los once imputados permanecían alojados allí luego de que diez de ellos, siguiendo el consejo de su defensa oficial, se negaron a declarar en sus respectivas

indagatorias ante la fiscal, quien a partir de ese día dejó de lado todos los demás expedientes que tramitaban en su oficina para enfocarse únicamente en la investigación del homicidio cometido frente a La Ville.

¿Qué le voy a decir a esta gente?, se preguntó Zambrano, mientras daba los primeros bocados de su pollo grillado. Más que prometerles que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para esclarecer el hecho lo antes posible, se dijo. Y espero que Estévez me apoye, porque si no...

Y antes de terminar su almuerzo Zambrano tenía varios mensajes instantáneos en su celular enviados por el fiscal general *David Estévez*, quien le adelantaba que los médicos forenses acababan de terminar la autopsia al cuerpo de Francis en la Morgue Judicial de Dolores, situada a unos ciento sesenta kilómetros de Gesell, y determinado que la víctima había fallecido a raíz de un paro cardíaco traumático por “shock neurogénico” producido por “múltiples traumatismos de cráneo que generaron hemorragia masiva intracraneal”, pero “sin fractura ósea”.

“Se observan, además, múltiples excoriaciones y equimosis en región maxilar y en cara lateral de cuello, entre las que se distinguen dos improntas de pie calzado. Presenta traumatismo cerrado de abdomen con laceración hepática y hematomas en intestino grueso producto de múltiples traumatismos cerrados; y hemitórax izquierdo con infiltrado en ambos parénquimas pulmonares”, detallaron los peritos en un informe preliminar que llegó al celular de la fiscal en un archivo PDF.

Además, Estévez, quien había sido el principal promotor del traslado de Zambrano de su puesto en el Partido de la Costa a la villa, se mostró conforme con la calificación legal del hecho dispuesta por ella: “Homicidio agravado por el concurso premeditado de dos o más personas”, delito que preveía la pena de prisión perpetua.

El de Francis no se trataba del primer caso de homicidio calificado en el que Zambrano intervenía desde su arribo a la villa, donde los crímenes solían ser pocos y sin agravantes. Es más, de acuerdo a las estadísticas del Ministerio Público Fiscal (MPF) de la provincia, el Departamento de Dolores, que incluía los tres principales partidos de la Costa Atlántica bonaerense, había registrado el año anterior un total de once homicidios dolosos, ocho simples y tres agravados; y solo uno de estos últimos se había cometido en Gesell, aunque ese caso terminó en manos del fiscal Mendoza.

Aquel hecho se trató de un crimen intrafamiliar en el que un nene de dos años había arribado muerto en el Hospital Materno Infantil de Mar del Plata, donde los médicos le detectaron severos politraumatismos y hematomas provocados por sus propios padres, quienes residían en una precaria vivienda ubicada en uno de los barrios más humildes de la villa y quedaron detenidos como los autores de la golpiza sufrida por el niño, a pesar de que la madre intentó desvincularse de lo sucedido al declarar que ella había descubierto la lesiones de su hijo cuando regresó de trabajar y tras dejarlo al cuidado de su pareja, quién no era el padre biológico del menor.

Los padres del nene primero lo llevaron al hospital local y aún estaba con vida cuando lo derivaron al centro asistencial de mayor complejidad marplatense, en el que los facultativos intentaron reanimarlo, pero sin poder evitar el desenlace fatal.

Fueron los detectives de la SubDDI geselina quiénes advirtieron las contradicciones en el relato de los padres de la víctima y alertaron al fiscal Mendoza, quien dispuso la detención de ambos sospechosos por “homicidio calificado por el vínculo”.

Por su parte, Zambrano sentía que el crimen de Francis había sido extremadamente violento y alevoso, tal vez, por haberse cometido en forma tan pública, ante los ojos de toda una comunidad, y con la participación de jóvenes de corta edad y ajenos a cualquier situación

de vulnerabilidad aparente. “Eran todos chicos bien, ¿con qué necesidad se arruinaron la vida?”, se preguntaba la doctora.

Por ejemplo, los otros casos en los que la fiscal había intervenido sí incluyeron personas pertenecientes a grupos sociales más vulnerables, como uno ocurrido meses después del crimen del nene atacado por sus propios padres.

Se trató de un hombre maduro y con antecedentes penales que fue asesinado de una puñalada frente a una precaria vivienda y por cuyo homicidio la Policía detuvo rápidamente a un vecino de la víctima, que también tenía prontuario y quedó acusado de haber cometido el hecho en el marco de un ajuste de cuentas.

Mientras que en 2018, la fiscal había tenido otros dos casos de homicidio. El primero ocurrió en pleno verano, cuando un hombre de nacionalidad peruana que había viajado días antes a la villa, supuestamente para trabajar durante la temporada, fue asesinado de siete balazos por dos jóvenes en moto que le dispararon sin mediar palabra por un presunto problema vinculado a la comercialización de estupefacientes.

Este ataque se produjo también en uno de los sectores más carenciados de la ciudad, por lo que no alteró los ánimos de una comunidad que estaba más abocada a atender los turistas que vacacionaban, de los cuales, muy pocos siquiera se enteraron de lo sucedido, más allá de que la noticia ocupó un pequeño espacio en los medios de comunicación que informaron que por el crimen habían detenido a un supuesto *dealer* del barrio y secuestrado una moto incendiada en un pastizal.

Probablemente, el caso más grave que hasta entonces había tenido en sus manos la fiscal Zambrano involucraba a una mujer que pisaba los cuarenta y a fines de 2018 fue hallada asesinada de un balazo en el pecho en un médano de la periferia, cercano a la ruta interbalnearia, donde el cuerpo había permanecido un día a la intemperie y sufrido daños provocados por animales carroñeros.

El estado del cadáver se había visto tan afectado que los peritos que lo inspeccionaron en el lugar del hallazgo no pudieron advertir la herida de arma de fuego, sino que la misma fue constada posteriormente en la operación de autopsia, en la que los médicos forenses extrajeron del pecho de la mujer un proyectil de punta hueca y encamisado.

De acuerdo a las primeras tareas investigativas de la SubDDI, la víctima mantenía una relación conflictiva con su pareja, con quien residía a unos ochocientos metros de la escena del crimen, donde el hombre fue aprehendido poco después de confirmarse la identidad de la mujer asesinada, aunque la supuesta arma homicida, un revólver de bajo calibre, nunca apareció, por lo que los investigadores no pudieron realizar un cotejo balístico con el proyectil recuperado por los peritos.

Este sospechoso estaba imputado en una causa por infracción a la Ley de Drogas que tramitaba en la fiscalía de Zambrano, por lo que, otra vez, el narcotráfico volvió a quedar involucrado en un expediente por homicidio.

Por su parte, la mujer asesinada tenía cuatro hijos, producto de una relación anterior, pero solo vivía con el menor de ellos, de doce años, quien debió quedar al cuidado de sus abuelos y tíos maternos.

Mientras que el sospechoso era padre de un adolescente de quince, también fruto de un matrimonio anterior y que residía con su madre en una localidad vecina, donde semanas después del crimen fue apresado como presunto cómplice del hombre. Sin embargo, por su edad resultó inimputable, así que solo quedó detenida la pareja de la víctima.

Y si bien la fiscal lo acusó de “homicidio agravado por el vínculo y el uso de arma de fuego”, la familia de la mujer asesinada pasó meses reclamando a través de sus abogados que el caso fuese tratado con perspectiva de género y calificado como un “femicidio”, y que también se investigara a otros parientes y allegados del único imputado.

Pero lo cierto es que hasta el crimen de Francis, en la villa solo había existido un solo caso policial que atraía la atención de los residentes y generaba todo tipo de comentarios y versiones desde hacía mucho tiempo, y era el de una niña de doce desaparecida desde octubre de 2010 y de quien no se tenía demasiadas pistas firmes sobre su paradero.

Esta chica salió de la casa de su madre en un barrio periférico de la ciudad para dirigirse, tal como lo hacía habitualmente, a la vivienda de su tía, ubicada a unas quince cuadras de distancia y donde solía pasar los fines de semana. Pero el lunes siguiente no regresó a su hogar y sus padres denunciaron su desaparición.

En una primera etapa de la investigación se siguió la pista de la trata de personas y se la buscó en distintos barrios de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires y hasta en Paraguay. Luego se ofreció una recompensa para aquellas personas que pudieran aportar datos que ayudasen a encontrarla y así surgieron testimonios contradictorios y también pistas falsas. Y mientras la familia de la chica encabezaba su propia pesquisa, la Policía se dedicó a interrogar a los sospechosos habituales de la vecindad lindera a la de la víctima, uno de los cuáles quedó bajo la lupa por sus antecedentes penales. Además, algunos vecinos en común señalaron que él la tenía retenida en su casa, pero recién en 2014, luego de que este sospechoso fue asesinado en el marco de una presunta venganza, los investigadores policiales y judiciales realizaron una excavación en su vivienda ante la posibilidad de que los restos de la chica desaparecida estuviesen enterrados allí. Pero la diligencia no arrojó resultados positivos y desde entonces la búsqueda se estancó dejando en el ambiente la sensación de que el sospechoso muerto se terminó llevando a su tumba la verdad de lo que había ocurrida con la niña.

Recién en 2017, cuando un testigo en un juicio por abuso sexual aportó la pista de que el imputado en ese caso, quien aparentemente no había tenido ningún tipo de vínculos con el

fallecido, había raptado, asesinado y enterrado a una jovencita en su casa de la villa, se realizó una nueva excavación pero esta también dio negativo.

De esta manera se cumplieron diez años sin pistas verdaderamente firmes sobre el paradero de esta chica, que tenía seis hermanos y cursaba el sexto grado al momento de su desaparición. Solo su familia, con el apoyo de organizaciones dedicadas a este tipo de hechos, continuaba buscándola, al tiempo que la Policía y la Justicia parecían haberse olvidado completamente del caso. Tal vez, si la niña hubiese pertenecido a una familia de más recursos, los investigadores le habrían prestado mayor atención, ya que una práctica habitual que persistía en esas dos esferas de poder, como una especie de vicio o enfermedad, era la de considerar que había víctimas de primera y de segunda clase.

Martín arribó a su domicilio en los primeros minutos del lunes, luego de una noche de domingo muy tranquila en el restorán, aunque este día de la semana, incluso en plena temporada de verano, era uno de los menos movidos ya que precedía a la jornada en la que el local permanecía parcialmente cerrado, como la mayoría en el rubro gastronómico.

El chalet estaba casi a oscuras, excepto por el brillo que disparaba la pantalla del televisor del living comedor, donde Milagros yacía sobre el sillón, una pose habitual en la adolescente, aunque al padre sí le llamó la atención que su hija esta vez observaba con detenimiento la señal de noticias.

-¿Qué hacés, hija? –Martín se sentó junto a Mili, quien debió correr hacia un lado sus largas piernas para hacerle lugar y, recién después de que él se acomodó, ella las colocó sobre su regazo.

-Estaba mirando el noticiero porque pasaron una entrevista que le hicieron a Vanesa.

-Pobre chica –Martín comenzó a masajear los pies descalzos de su hija, quien se lo agradeció con una sonrisa-. Tremenda la situación que tuvo que atravesar...

-Sí, mal.

-Igual, Mili –el hombre soltó los pies de su hija suavemente y se volvió hacia ella-, preferiría que no estés todo el día enganchada con este asunto. No te va a hacer bien, ¿sí?

-Pero, ¿cómo querés que no me informe del caso del que hablan todos en la villa? - Milagros retiró las piernas de encima de su padre y los apoyó en el suelo, quedando sentada de frente al televisor-. Además, mañana va a haber una marcha frente al boliche.

-Ni se te ocurra ir a esa marcha, eh.

-¿Por qué no? –Milagros casi dio un salto sobre el sillón.

-Porque en ese tipo de movilizaciones suele haber incidentes, en especial, con un caso tan grave y en el que están puestos los ojos de todo el país.

-Pero...

-Pero, nada.

-Le voy a pedir permiso a mamá.

-Ella te va a decir lo mismo que yo.

-¡Es cualquiera!

-Bueno, no empecés que ya es tarde y estoy cansado.

-Está bien, no digo más nada –la adolescente clavó la vista en la pantalla.

-¿Tu mamá duerme?

-Sí.

-¿Y Josefina?

-También.

Milagros respondía con un tono seco y sin mirar a su padre, quien en esas situaciones no sabía si su hija estaba realmente ofendida o simplemente aparentaba estarlo, haciendo gala de ocultos dotes de actuación.

-Sí, me imaginaba que la vieja no había salido a bailar –Martín intentó cortar con la tensión con un poco de ironía-. A lo que me refería es cómo estuvo su día.

-Es una hincha pelotas, pero a veces me hace reír porque me confunde con mamá y me llama 'Lola' y otras me dice 'hija'.

-¡Jajá! –Martín forzó una risa nerviosa-. Tenés que entender que es una señora muy mayor y que la mente ya no le funciona del todo bien.

-¿Pero ella tuvo hijos?

Martín miró hacia la pantalla en la que seguía tratando el caso de Francis.

-Pá –insistió la adolescente, quien pellizcó el brazo de su padre.

-¿Qué?

-Que si Josefina tuvo hijos.

-No, no tuvo –respondió él, mirándola de reojo, como al pasar.

-Ok –Mili tomó el control remoto e hizo un fugaz *zapping* por los otros canales de noticias y en todos hablaban de lo mismo-. ¡Qué raro!

Odio tener que mentirle, se dijo Martín, quien prefirió dar por terminado ese asunto y quedarse viendo televisión junto a su hija.

Y justo en ese momento transmitieron un resumen de una larga entrevista realizada a *José Vittolo*, padre de Pedro, uno de los once detenidos por el crimen y el único que dio su versión de los hechos ante la fiscal Zambrano.

“Mi hijo nunca estuvo en Gesell. El viernes a la noche fuimos a cenar con él y su madre a un restorán cercano a nuestro domicilio, en Pindó, y después salió con unos amigos del club, pero por allá; y cuando yo me levanté a la mañana siguiente él ya estaba acostado en su cama”, relató el hombre, quien se encontraba en la puerta Jefatura de Policía Distrital a la espera de que la justicia le levantase la incomunicación a su hijo y así poder visitarlo en su lugar de detención.

Según José, su hijo anduvo con su auto por Pindó y sus alrededores, donde quedó filmado por distintas cámaras de seguridad, al tiempo que negó que, tal como había manifestado el fiscal Mendoza, haya tenido planeado fugarse del país: “Hacía un mes que habíamos sacado los pasajes para irnos de vacaciones a Uruguay.”

Acompañado de un abogado particular, quien en las últimas horas había presentado un pedido de excarcelación ante el juez de Garantías *Daniel Martínez* (el mismo que había convalidado en su momento la aprehensión del joven), el padre de Pedro dijo que todo se trataba de un “mal entendido”, a raíz de que alguno de los otros detenidos lo había mencionado intencionalmente ante la Policía.

“Mi hijo conoce a un par de esos rugbiers de vista, de cruzarlos en el club, donde Pedro hace remo, o sea que ni siquiera son compañeros de equipo. Pero, resulta que en la fiesta de Año Nuevo, estos chicos golpearon a un amigo de mi hijo y Pedro salió a defenderlo, y desde entonces parece que se la tenían jurada”, indicó.

Luego, José explicó que el abogado había adjuntado en el pedido de excarcelación una lista de testigos que podían confirmar que Pedro estuvo la noche del crimen en el restorán y también un CD con las imágenes de las cámaras de seguridad de este local en las que se lo podía ver al joven junto a sus padres.

“Que revisen el celular de mi hijo. Toda la información que se necesita sobre dónde estuvo y con quién estuvo esa noche está ahí”, reclamó el hombre, al borde del llanto.

“Esto es una locura. Cuando vino la Policía a detenerlo a Pedro nosotros no entendíamos nada”, añadió y seguidamente se preguntó: “Si terminamos de cenar cerca de la medianoche, ¿cómo hizo para pelearse a la cinco de la mañana allá, cuando uno tarda más de seis horas en auto en llegar?”

“No cierra por ningún lado”, sostuvo José, quien añadió que en la indagatoria, su hijo respondió a todas las preguntas que le realizó la fiscal Zambrano.

Es más, la defensa técnica de Pedro añadió que los mismos vecinos de la casa alquilada por los sospechosos negaron haber visto a un joven con las características del remero, por lo que los elementos en su contra eran insuficientes para mantenerlo preso e imputado.

Agobiado por el bombardeo de información, Martín se despidió de su hija y se fue a acostar junto a su esposa, quien al advertir su presencia se despertó y encendió el velador de su mesita de luz.

-¿Todo bien? –le preguntó a su marido, quien ya se había descambiado y la saludó con un beso en la boca.

-Sí, todo bien –respondió él, mientras se acostaba boca arriba, con su cuerpo únicamente cubierto por una musculosa y un *short*.

-¿Mili está mirando la tele?

-Sí.

-¿Y al final fue Valeria al local? ¿La viste? ¿Hablaste con ella? –Lola se sentó contra el respaldo de la cama, al tiempo que Martín se colocó de costado, casi en posición fetal, para verla a la cara.

-Hablé dos minutos porque estaba con los padres de este pobre chico, el fiscal general y los abogados, y solo me dijo que Agustina está como media *shockeada*, pero que Abril todavía no cayó.

-Como Milagros.

-Tal cual. Es que Mili y Abi son más inexpertas en estos asuntos.

-Sí, pero más temprano que tarde vamos a tener que ayudarles a entender cuáles son los peligros de la vida nocturna que tanto desean.

-Me parece que primero vamos a tener que abordar el tema de Josefina –señaló Martín torciendo la boca.

-¿Y por qué cambiaste de opinión?

-Porque creo que Mili ya empezó a sospechar que algo raro hay detrás de toda esta movida.

-¿Qué esperabas? Nuestra hija no es tonta.

-Yo diría que es demasiado inteligente, o al menos más inteligente que nosotros dos.

-Probablemente.

-Que vos, seguro.

-Anda a dormir, tonto –se molestó Lola, quien apagó el velador y se acostó de espaldas a su marido, tapada con la sábana hasta el cuello y mirando hacia la pared en la que se reflejaba la claridad de la luna que atravesaba las cortinas blancas.

-¿No me vas a decir ‘te lo dije’? –preguntó él.

-¿Para qué? –La mujer no modificó su posición ni un ápice-. Si ya te acabas de dar cuenta solito.

Es cierto, se dijo Martín, quien detestaba dormir con el aire acondicionado encendido porque le reseca la garganta y le provocaba dolor de cabeza, en tanto que a su esposa le irritaba el viento del ventilador de techo, aunque esa noche él no tuvo más remedio que soportar el zumbido constante del *split*.

Y mientras trataba de conciliar el sueño se sintió un poco tonto, no por el último comentario de su esposa, sino ante su falta de respuestas para abordar las principales inquietudes de su única y adorada hija.

V

Maximiliano llegó antes que todos sus amigos a la casa y al ingresar se cambió inmediatamente la camisa que se le acababa de romper y le quedaba desabotonada, aunque se dejó puestas las mismas bermudas y zapatillas deportivas, las cuales bien podría haber arrojado en el primer cesto de basura que encontrara en la calle. Pero estaba apurado, nervioso, tenso... y en ese estado no podía pensar con claridad. Minutos después, cuando arribaron al lugar *Cristian* y *Bruno*, “Maxi” les sugirió que hicieran lo mismo que él, por lo que el primero se quitó la chomba empapada de transpiración y el segundo la remera de mangas cortas manchada. Y con los rostros descubiertos, pero tratando de ocultar la aceleración de sus respectivos estados de ánimo con un paso cansino, se dirigieron a desayunar a un local de comidas rápidas ubicado en pleno centro de la villa, sobre Avenida 3, a pocas cuadras de donde se encontraban, y al que arribaron justo antes de que amaneciera en aquel sábado atravesado por un clima hostil.

En el trayecto prefirieron no caminar por la agitada avenida principal ya que a esa hora la misma no tenía ningún tramo peatonal y sus veredas estaban colmadas de jóvenes que regresaban de bailar o de algún bar. Y durante la caminata intercambiaron una serie de mensajes instantáneos a través de sus celulares con el resto de sus amigos con los que estaban de vacaciones y que habían optado por quedarse en la vivienda.

Y una vez en el local de comidas rápidas, según quedaría registrado en las cámaras de seguridad del mismo, Maxi, Cristian y Bruno actuaron normalmente, como cualquier otro cliente del lugar: ordenaron su menú en la caja, pagaron y se sentaron en una mesa a comer y beber junto a uno de los ventanales del frente del comercio, al tiempo que bromearon, rieron y se tomaron varias *selfies*; como si quisieran asegurarse de que los vieran allí.

Por su parte, al menos dos de sus amigos que los aguardaban impacientes en la casa de veraneo permanecían mudos, presos del miedo, como si el secreto que compartían con los demás allí presentes, que discutían entre sí sobre lo que había ocurrido recientemente y lo que debían hacer a continuación, fuese una condena que los abatía y paralizaba.

“*donde estan?*”, preguntó, vía texto, *Lautaro*, uno de los once jóvenes que formaban parte del grupo de mensajería instantánea llamado “La Ovalada” y cuya imagen de perfil era justamente una pelota de rugby.

“*desayunando en el centro*”, respondió Maxi en el grupo y luego adjuntó la ubicación del local de comidas rápidas. “*vengan!*”, agregó.

“*estamos en casa, a que hora cierra ahí?*”, continuó *Lautaro*, quien se encontraba en el interior de la vivienda alquilada junto a *Lucho, Esteban, Ariel, Alexis, Marcos y Johnny*.

“*no cierra gil*”, intervino *Cristian*.

“*mejor vengan para la casa*”, insistió *Lautaro*.

“*que pasa boludo?*”, escribió Maxi.

“*recién pase cerca de donde estaba el pibe y parece que prescribió*”, advirtió *Alexis*, estudiante de Derecho.

“*posta?*”, reaccionó inmediatamente *Bruno*.

“*si boludo estaban todos gritando llorando y lleno de gorra*”, explicó *Alexis*.

“*lleno de que?*”, inquirió *Cristian*.

“*pero sos tarado? De vigilantes*”, señaló *Alexis*.

“*dejen de hablar che*”, ordenó Maxi.

“*chicos no se cuenta nada a nadie eh*”, pidió *Cristian*, quien ya había recibido un par de mensajes de otros chicos conocidos suyos que también estaban en la villa y que le preguntaban insistentemente si habían participado de una pelea.

Tras ese mensaje amenazante de Cristian se produjo un *impasse* en el grupo de mensajería y los chicos que se encontraban en el local de comidas rápidas terminaron de desayunar y emprendieron el regreso directo a la casa.

“*todo mal*”, escribió Lautaro al cabo de unos minutos. “*me pareció ver a The Police en la esquina*”, añadió.

“*bueno tranca ya estamos yendo para allá*”, dijo Maxi mientras caminaba junto a Cristian y Bruno, quienes ya no sonreían y bromeaban como lo habían hecho un rato antes. Y a pesar de que el sol comenzaba a asomar entre las copas de los pinos y los edificios, sus rostros se veían ensombrecidos y cubiertos de unas gotas de sudor frío.

“*no se les ocurra salir ahora*”, fue el último mensaje de Maxi en el grupo, en el que no volvió a haber actividad.

El lunes, al tercer día de cometido el crimen de Francis, Milagros se encontraba en el living comedor del chalet a solas con Josefina, ya que Lola y Martín se habían ido a trabajar al restorán desde temprano, como ocurría en el comienzo de cada semana, cuando hacían un balance del movimiento del viernes, sábado y domingo. Aquella era una jornada laboral prácticamente administrativa para el matrimonio y el encargado Leonel, debido a que la cocina del local permanecía cerrada y solo se abría como cafetería y bar por la tarde, para que de esta manera el resto de los trabajadores tuviese un día de descanso.

La adolescente y la anciana estaban sentadas delante del televisor, pero en sillones separados. La primera echada sobre el de dos plazas con el control remoto y su *smartphone* a su lado; y la segunda sentada en uno de los dos individuales, sobre el que había dejado apoyado su bastón, el cual, últimamente resultaba prácticamente un adorno o un accesorio decorativo ya que a la débil y confundida mujer había que llevarla del brazo a todos lados para que no se cayera al piso o golpeará con los muebles del hogar.

Mientras tanto, la pantalla de la caja boba transmitía la señal de uno de los canales de noticias que solo se refería a dos temas: el caso de Francis y el intenso calor que no daba tregua en gran parte del país, y en especial en la costa atlántica bonaerense, aunque algunos periodistas a veces parecían olvidar que era pleno verano, por lo que el termómetro solía comportarse de esa manera.

Por su parte, Milagros se había levantado más temprano que de costumbre luego de escuchar a sus padres y a la anciana desayunando en la cocina. En realidad, la adolescente había dormido muy poco ya que las altas temperaturas, sumada a la convulsión de las últimas setenta y dos horas, le impedían relajarse y así poder descansar normalmente.

Estaba irritable y hasta le molestaba el sonido de las paletas del ventilador de techo encendido sobre su cabeza, pero a Josefina parecía no alterarla ni siquiera la alta sensación térmica.

-¿Le molesta si prendo aunque sea un ratito el aire acondicionado? –preguntó Milagros forzando un tono cordial.

-*Ma, ¿per ché* quiere prenderlo? *Io* estoy *bene* así.

-Es que tengo mucho calor –Milagros se sentó en el borde del sillón y estiró la musculosa blanca que llevaba puesta:- Mire, estoy toda empapada.

-El *caldo e* otra cosa –señaló Josefina sin apartar la vista del televisor-. Además, si prendés el aire capaz que se corta la *luce*.

La adolescente estaba acostumbrada a escuchar hablar en una mezcla de español e italiano dado que su abuela Teresa también se había expresado así durante mucho tiempo, sobre todo, en los últimos años de su vida, aunque no de manera tan marcada como lo hacía Josefina.

-¿No le parece que hace mucho calor? –insistió Mili.

-Esto no es nada –la anciana se volvió hacia ella-. *Il caldo vero*, lo tuvimos en otra época, cuando yo era una *ragazza*.

-¿Ah, sí?

-Yo estaba embarazada y no podía salir de la *mia* casa, y había gente que moría insolada –la anciana se acomodó su cabellera corta y completamente canosa con una de sus delgadas y temblorosas manos de piel arrugada.

A Milagros le llamó la atención el comienzo de aquella anécdota, así que bajó el volumen del televisor y se sentó más cerca de Josefina, quien ahora tenía la mirada al frente, como si estuviese mirando hacia el pasado en busca de sus recuerdos, cada vez más borrosos debido el inevitable paso del tiempo.

-¿Y por qué no podía salir de la casa? ¿Por el embarazo?

-No, *ma* que embarazo, *il tuo zio* no me dejaba asomarme ni a la puerta.

Yo ya no entiendo nada de lo que me cuenta esta vieja, se dijo Milagros, quien lucía más confundida aún que la pobre anciana, cuya memoria parecía desvanecerse por un instante y al siguiente reaparecía como si nada.

-Entonces hacía mucho calor en aquella época, más que ahora, ¿no?

-Claro, la gente iba a por la calle sin *camicia*, se mojaba con *l'aqua* de las mangueras y cuando no *lavorato* se iba a meter en el *mare*, *perché* no había aire ni *ventiladore*...

-Claro, me imagino –asintió la chica, quien no tenía la menor idea de lo que habría sido vivir en esa situación, sobre todo en las grandes ciudades, como la Capital, donde las personas que no podían llegar hasta la costa del río, como los niños que estaban de vacaciones, se arrojaban al agua de las fuentes para escapar de aquel horno en el que la temperatura era real ya que se no medía la sensación térmica.

De hecho, el hielo se vendía en la vía pública, desde la caja de madera de los *Rastrojeros* que provenían directo de las fábricas; en tanto que en algunos puntos del Interior

del país, como en el centro y norte, el bochorno fue todavía más severo, por lo que era muy común ver a los habitantes de aquellos pagos buscar un poco de sombra en las plazas, y sacar la mesa y sillas a la calle para comer y beber allí, especialmente a la hora de la siesta.

-Ricordo que murió mucha gente por colpo di sole.

-Bueno, capaz que por eso no la dejaban salir a la calle, Josefina.

-No, no, no –negó la anciana con la cabeza y golpeando el bastón contra el suelo.

-Está bien, está bien –Milagros poso su mano sobre el brazo de Josefina que trataba de mover el bastón-. Ya entendí, no se preocupe.

-¿Ma come no voy a preoccuparmi? Si io sonno tu mamma.

¡Uy, qué mal que estamos!, evaluó la adolescente mientras se pasaba la palma de la mano por su frente húmeda. Voy a tener que hablar con mamá porque esto así no va...

Entonces, Milagros dio por terminada aquella extraña conversación y volvió a subir el volumen del televisor. Se echó nuevamente sobre el sillón, tomó su celular y abrió la aplicación de mensajería instantánea para ver si su amiga Abi ya se había levantado y si la iban a dejar ir a la marcha de ese día a la noche frente a La Ville.

Como si se tratara de una cadena nacional, todos los canales televisivos de noticias, ya sea por señal de aire o por cable, abandonaron inmediatamente los temas que estaban tratando para transmitir en vivo y en directo la marcha en reclamo de justicia por Francis. Para los medios del país parecía no haber otro hecho más importante, ni siquiera que desde el Lejano Oriente los especialistas en Salud alertaran al mundo occidental sobre la propagación de un nuevo virus, desconocido hasta ese momento, altamente contagioso y para el cual no había ningún tratamiento, vacuna o medicamento comprobados.

Aquella crisis sanitaria parecía extremadamente distante y ajena, por lo que la prensa local se enfocó en el crimen, la investigación y sus repercusiones, las cuales habían

comenzado a sucederse una tras otra, como en una inmensa bola de nieve, al punto que el municipio de Gesell declaró tres días de duelo y el gobierno provincial clausuró ese mismo lunes el boliche La Ville al detectar que en el interior del mismo le vendían bebidas alcohólicas a los menores de edad allí presentes, lo que se encontraba totalmente prohibido.

Pero estas dos medidas no alcanzaron para calmar los ánimos de los manifestantes que, luego de un perfecto día de playa, se fueron concentrando de a poco, en grupos conformados por familias enteras y jóvenes, en las calles del centro de la villa. Primero en la plaza y luego en la peatonal que se habilitaba a partir de las veinte horas; y desde allí avanzaron por la avenida principal, donde los inspectores y policías debieron desviar el tránsito hacia las arterias laterales.

Por su parte, Milagros y Abril debieron permanecer en sus respectivos hogares y seguir la movilización por televisión, ya que sus padres se mantuvieron firmes en la decisión de no permitirles concurrir a la marcha ante el temor de que se produjeran incidentes y también para evitar la alta exposición mediática, dos situaciones poco propicias para adolescentes; además de que ninguna de ellas iba a poder estar acompañada de un mayor que se hiciera responsable si algo malo llegaba a suceder.

En tanto, Vanesa fue quien encabezó la movilización minutos después de las veintiuna y lo hizo de la mano de su madre, quien no se apartó de ella en ningún momento. De pie a mitad de Avenida 3, con el local bailable a sus espaldas y de cara a una multitud inmersa en un absoluto silencio y portando flores, velas encendidas y pancartas con la imagen de Francisco y la leyenda “Justicia”; la jovencita tomó el micrófono que le propició la encargada del *Foro Vecinal de Seguridad*, que había organizado la marcha a través de las redes sociales, y leyó en voz alta una carta que le habían enviado los amigos de la víctima, quienes no habían podido estar presentes allí porque debían cumplimentar distintas diligencias dispuestas por la fiscal Zambrano en el marco del expediente judicial.

“Me pidieron que la lea yo porque, aparte de ellos, fui la última persona que estuvo con él en vida y yo también necesito hacerlo para que la gente tome conciencia de lo que sucede no solo acá, en este boliche, sino adentro y afuera de todos los boliches”, aclaró Vanesa, quien llevaba un vestido negro que, excepto los brazos, la cubría hasta los tobillos.

Luego, la chica pidió a la comunidad en general que “por favor” hicieran el curso de RCP porque así podían “salvar vidas en cualquier momento”.

“Yo estaba simplemente de vacaciones y me encontré en esta situación: con un chico tirado en el suelo que necesitaba de mi ayuda”, indicó, conmovida.

Y justo antes de comenzar a leer la carta agradeció la presencia de todos los presentes y les envió sus condolencias a la familia de la víctima:

“Francis era una persona hermosa y por culpa de otros que desconocen el significado de divertirse todo terminó en una tragedia irremediable. Él siempre buscó hacer el bien y nunca fue violento. Por eso queremos que quede en claro lo siguiente: lo que pasó no fue una pelea ni un enfrentamiento, sino que fueron directamente a matarlo.

Fran siempre demostró cariño, compasión y humildad. Fue un ejemplo de superación para todos los que lo conocieron y siempre va a estar con nosotros. Nunca vamos olvidarte. Te amamos hoy y siempre. Gracias por todo a vos y a todos los que están y estuvieron acompañándonos sin excluir a nadie por su apoyo y esfuerzo.”

Los manifestantes solo aplaudieron cuando Vanesa acabó de leer la carta con una voz que se le entrecortó en varios tramos. La tensión y el dolor eran demasiado fuertes para todos los allí presentes: vecinos de la villa, turistas, jóvenes, adultos, y hasta para los curiosos de siempre que se sentían atraídos por las luces y los flashes de las cámaras periodísticas que registraron cómo lentamente las personas fueron colocando las velas encendidas, las flores,

las pancartas y hasta imágenes religiosas sobre el cantero de la acacia ubicado en la vereda de enfrente al boliche y junto al que Francis había quedado tendido tras la golpiza.

Y de esta forma casi automática y espontánea, dicho sitio se convirtió en una especie de santuario.

A diferencia de lo que Martín y Lola creyeron, la marcha se desarrolló pacíficamente y sin incidentes, y los manifestantes desconcentraron rápidamente y en orden, ante la atenta mirada de los efectivos policiales e inspectores municipales que esa noche sí coparon la cuadra y sus alrededores.

Molesta con sus padres, Milagros siguió las alternativas de la movilización desde el televisor de su habitación, donde se encerró toda la noche y *chateó* con Abi hasta la madrugada a través de su celular.

Solo volvió a sintonizar los canales de noticias cuando en los primeros minutos del martes, Pedro Vittolo fue excarcelado por falta de pruebas por orden del juez Martínez, luego de que la fiscal Zambrano aceptó el pedido de la defensa.

Sin embargo, el joven no pudo regresar inmediatamente a su domicilio en Pindó y permaneció en la villa ya que, al igual que los otros diez sospechosos que sí seguían detenidos, debía someterse a una serie de ruedas de reconocimiento ante los testigos presenciales del hecho; entre ellos, los amigos de Francis que lo acompañaban al momento del ataque, el muchacho que había filmado parte del ataque, el encargado del maxiquiosco ubicado a metros de la escena del crimen, los empleados de seguridad que estaban en la puerta de La Ville y la recepcionista del *hostal* cercano a la casa alquilada por los sospechosos.

Pedro se retiró junto a su padre de la sede del Juzgado de Garantías, ubicada sobre el *Boulevard* de doble mano (la segunda arteria en importancia de la villa), cerca de la fiscalía y a mitad de camino entre la comisaría 1ra. y la Jefatura de Policía Distrital, luego de firmar los

documentos de su excarcelación y en una larga caminata hasta el auto agachó la cabeza, tomándose del cabello y se excusó de hablar ante los periodistas que habían montado guardia allí gran parte de la noche tras conocerse la resolución del magistrado Martínez una vez finalizada la marcha.

“Está descompuesto”, explicó el papá, al tiempo que lo llevaba del hombro hacia el vehículo, tratando de no tropezar con los cables de los movileros y camarógrafos. “Los dos nos sentimos muy emocionados. Recién nos largamos a llorar como chicos. Ahora nos vamos a hotel. Disculpen, pero después hablamos”, añadió el hombre, quien le pidió a su hijo que levantara la cabeza porque era inocente y debía caminar con la “frente en alto”.

“Todo esto es una locura, pero, por suerte, salió todo bien. Gracias a Dios”, indicó el padre de Pedro justo antes de abordar el auto y enviarle un saludo a su esposa, quien los aguardaba ansiosa en Pindó, aunque la mujer iba a tener que seguir esperando un tiempo más para reencontrarse con su familia.

Y mientras José se despedía de los periodistas, su hijo se largó a llorar y se cubrió el rostro con ambas manos, por lo que apenas arribaron al hotel su padre tuvo que darle una pastilla para controlarle la presión arterial y que el joven pudiese dormir.

Sin embargo, apenas amaneció, Pedro tuvo que comenzar a atender los pedidos de entrevista de la prensa y con la misma remera de color verde con la que horas antes se lo había visto salir del juzgado, pero con un semblante mucho más relajado, dio una breve versión de los hechos desde el jardín del hotel ubicado en el centro de la villa.

“Sigo conmovido. De a poco me estoy sintiendo mejor, pero más allá de la injusticia no tengo bronca ni odio hacia nadie”, fue la primera respuesta del joven, quien se expresó con una voz serena y pausada, que se complementaba con un tono muy bajo pero, a la vez, no se condecía con la imponente presencia de su físico.

“Un amigo me contó hace un rato, nomás, que no fue la primera vez que estos rugbiers, después de mandarse ellos un cagada, dijeron que también había sido yo. Todavía no lo puedo entender. Yo solo los crucé una vez cuando en una fiesta que hubo en el club a principios de año le pegaron a un compañero mío y salí a defenderlo. Nada más. Nunca tuve ningún otro problema personal con ninguno de ellos ni con nadie”, recordó.

Según Pedro, hasta esa pelea de Año Nuevo, él “solo los conocía de vista” dado que Pindó era “un pueblo chico”.

Respecto de cómo transcurrió para él el tiempo que debió pasar encarcelado, el joven relató que no tuvo contacto con ninguna persona de su entorno porque se encontraba “incomunicado”.

“Estar encerrado así es una situación muy difícil, que no se la deseo a nadie. Yo me sentía seguro de mi inocencia y esa tranquilidad no me la sacaba nadie. Pero bueno, nunca sabe que puede llegar a pasar cuando no depende solo de uno...”, señaló.

Para Pedro, de tantas ideas que le pasaron por la mente en ese período, a veces terminaba “pensando en nada” y solo trataba de “esperar”.

“Sí estaba preocupado por mis padres. Yo soy hijo único y los extrañé. Pero ellos son muy fuertes”, sostuvo, al tiempo que miró de reojo a su papá, quien se encontraba sentado junto a él.

-¿Creés en la justicia? –preguntó uno de los periodistas allí presentes.

-Sí, claro que creo en la justicia y espero que se sepa toda la verdad sobre lo que le hicieron a Francisco –respondió Pedro, con seguridad.

-¿Y sentís algún resentimiento hacia los que te hicieron pasar por este terrible momento?

-No, hacia nadie.

-Yo quisiera aclarar –intercedió José-, que no estamos en contra del fiscal ni de la Policía. Ellos hicieron lo que tenían que hacer. Es más, el subcomisario me pidió disculpas y me explicó que en el allanamiento de urgencia, no sé cuál de los detenidos, sabía la patente del auto de Pedro, la dirección de nuestro domicilio y mi nombre, datos muy precisos que no pudieron pasar por alto.

Al oír estas palabras de su padre, al joven remero se llenaron los ojos de lágrimas porque su atormentada mente no podía entender por qué los rugbiers actuaron con semejante malicia hacia él. Y luego de unos instantes en los que recobró la compostura agradeció el apoyo de todos sus familiares, amigos y vecinos, y se despidió diciendo que su objetivo a corto plazo a partir de entonces era tratar de retomar su “vida normal”.

Mientras tanto, en Pindó, su círculo íntimo y allegados organizaban una marcha en su apoyo para cuando regresara de la villa, por lo que en el barrio se repitieron las expresiones de solidaridad hacia él y su familia, las cuales fueron reproducidas por los incansables movileros que también trabajaban desde ese lugar. Y según estos testimonios, los Vittolo siempre fueron “buena gente” y resultaba “imposible” que Pedro estuviera involucrado en un caso semejante, ya que se trataba de un “gran compañero” que “nunca se metió en problemas con nadie”.

“Lo abrazamos a la distancia y le decimos que acá estamos para él”, afirmó una vecina de la farmacia atendida por la familia de los Vittolo y que funcionaba en el pueblo hacía más de veinte años.

Por su parte, José cerró la improvisada conferencia de prensa en el hotel estimando que el viaje de regreso iba a ser “larguísimo” y “muy fuerte” desde lo anímico, y, visiblemente emocionado, más que su hijo, recordó que aquel sábado en que la Policía se llevó detenido a Pedro él tardó nueve horas en llegar a la villa porque se le pinchó un neumático del auto con el que seguía el móvil de traslado y no conseguía repuesto en la ruta, por lo que recién arribó a Gesell el domingo a la madrugada.

“Me gustaría en algún momento poder hablar con los padres de Francis porque lo que le hicieron a este chico realmente me parte el alma. Mi dolor por lo sucedido con mi hijo es ínfimo, por eso no me quiero imaginar el de ellos. Es como si se les hubiera acabado la vida”, concluyó el hombre, quien en todo momento sostuvo a Pedro del hombro, como si tuviera miedo de que alguien volviera a arrebatárselo.

VI

El inspector Bertoglio se encontraba ubicado en el asiento del acompañante de la camioneta perteneciente a la SubDDI, la cual se hallaba detenida sobre una calle de arena, junto a uno de los sectores del estacionamiento demarcado por pedazos de troncos enterrados en el suelo y repleto de vehículos, entre uno de los egresos de complejo de boliches del *Acceso Norte* y la cinta asfáltica de esa ruta, en cuyas banquetas se levantaban distintos tipos de carteles publicitarios y también otros con mensajes de bienvenida a los turistas por parte del municipio. El jefe de la brigada llevaba colocado su chaleco antibalas de color azul oscuro y con la inscripción “Policía”, y del cuello colgada su reluciente chapa que lo identificaba como tal. Mientras tanto, repasaba en la pantalla de su *smartphone* las fotografías de los sospechosos del crimen de Francis. A su lado, detrás del volante, el oficial que era su mano derecha miraba a través de la ventanilla baja hacia la puerta de salida del enorme predio de locales nocturnos, que en esos momentos era atravesada por cientos de jóvenes que, con los primeros rayos del sol, abandonaban el lugar.

-Si nos ven acá, así, la gente del subcomisario González va a tirar la bronca –señaló el conductor del móvil policial, todo sucio y con la apariencia de una camioneta particular ya que habitualmente era utilizada para diligencias encubiertas, en su mayoría, en sitios suburbanos.

-¡Qué se jodan! –el inspector levantó la cabeza y enfocó su mirada en un grupo de cuatro o cinco chicos con características físicas similares a las de los imputados-. Nosotros no estamos acá porque se nos dio la gana, sino porque la fiscalía nos impartió una directiva clara y concreta que hay que llevar a cabo cuanto antes.

-Sí, ya lo sé- el chofer de volvió hacia su jefe-. Solo decía...

-Mirá aquellos –Bertoglio señaló al mencionado grupo con el brazo extendido hacia el parabrisas de la camioneta-: se parecen bastante, ¿no?

Y mientras el oficial asentía, un patrullero de la comisaría 1ra. pasó lentamente por el costado de la camioneta con dos efectivos jóvenes y uniformados a bordo, y que mantenían la vista clavada en el frente, inmutables.

-Hablando de Roma... -expresó, con desagrado, el oficial que estaba vestido de civil, pero con el chaleco y su identificación a la vista, como su jefe, al ver pasar el móvil que se detuvo más adelante, bajo la sombra de un pino que se erguía en uno de los extremos del estacionamiento.

-Estos pendejos no son capaces ni de saludar, ¿los vio? Ni se molestaron...

-Dejalos, así ellos también nos dejan tranquilos a nosotros.

Bertoglio sabía de qué hablaba porque, si bien era relativamente nuevo en la villa, había sido trasladado allí desde la mismísima *Superintendencia de Investigaciones en La Plata*, de la cual dependían todas las DDI y SubDDI de la provincia, que contaban con una fuerza de seguridad de noventa y cinco mil efectivos, un verdadero Ejército; que, sin embargo, no alcanzaba para ganar la batalla que desde hacía un par de décadas se luchaba contra la inseguridad.

El pase del inspector se produjo inmediatamente después de la remoción de la cúpula de la SubDDI de Gesell por su supuesta inacción en el caso de la niña desaparecida desde 2010 y el posterior asesinato de uno de los sospechosos de ese hecho, aunque públicamente, las razones de ese cambio de autoridades en dicha dependencia fueron “cuestiones estrictamente operativas”.

Desde su llegada a la villa, el inspector se había sentido bastante cómodo trabajando en cada causa en la que intervinieron tanto el fiscal Mendoza como la doctora Zambrano,

quienes casi siempre que tenían alguna diligencia delicada para llevar a cabo se la encargaban a él y su brigada.

Y esto despertaba los celos de los policías de las comisarías locales, en especial de los de la seccional 1ra., quienes por esos días mascullaban bronca dado que ellos habían sido los primeros en localizar a los sospechosos del crimen de Francis, aunque los elogios de la fiscal por las detenciones se los terminaron llevando los de la SubDDI.

De todos modos, esta rivalidad entre los “pata negra” de Investigaciones y los de Seguridad era un “clásico” dentro de la fuerza, tal como ocurría, en otros casos interjurisdiccionales entre esta y los “federicos” de la *Policía Federal Argentina (PFA)*, presentes en todo el territorio nacional.

En tanto, de los cuatro chicos del grupo de jóvenes que Bertoglio y el oficial abordaron a la salida del boliche, solo dos llevaban consigo sus respectivos documentos de identidad y fueron éstos los que debieron abordar la camioneta para participar como “extras” en las ruedas de reconocimiento dispuestas por la fiscal Zambrano para que los testigos presenciales del crimen de Francis pudieran señalar a los sospechosos puestos a disposición de la Justicia.

Esta medida de prueba se llevaba a cabo en la sede de la Jefatura de Policía Distrital, por lo que los efectivos de la SubDDI arrancaban su recorrida temprano para poder ir y venir de sur a norte en busca de jóvenes dispuestos a colaborar.

Es que los policías necesitaban una gran cantidad de estos “extras”, ya que cada uno de los acusados era sometido a una rueda junto a tres de ellos que se le parecían físicamente, pero que no podían luego ser parte de la siguiente ronda. Además, cada rueda se llevaba a cabo ante un solo testigo presencial a la vez.

-Estaba haciendo la cuenta y son como ciento cincuenta ruedas de reconocimiento – calculó en voz alta el inspector Bertoglio, mientras abandonaban la Jefatura de Policía Distrital tras dejar allí a los dos jóvenes que habían trasladado desde la puerta del boliche.

-Y son once imputados, o sea que vamos a necesitar como treinta extras, mínimo - indicó el oficial, quien conducía la camioneta en dirección a las playas del centro de la villa, donde los chicos que aún no querían irse a dormir o habían conocido a una pareja ocasional pasaban juntos el amanecer hasta que el calor y el índice UV, sumados al lógico cansancio por no haber dormido, los obligaban finalmente a retirarse a descansar, al menos por unas horas, hasta que a media tarde se ponían nuevamente en marcha para repetir el ciclo, como si nada.

-Encima, la idea de la fiscalía es hacerlas todas en tres días. ¡Una locura!

-La verdad, jefe, es que no sé cómo lo vamos a hacer en tan poco tiempo.

-Yo tampoco, pero, por ahora, otra no nos queda –Bertoglio miró al conductor resignado-. Así que metele...

Los periodistas van a hacer un circo con todo esto, se lamentó el inspector al tiempo que la camioneta transitaba por Avenida 1, la más próxima a la playa desde que la vieja *Costanera* había sido anulada hacía más de quince años para que las personas tuvieran más espacio junto al mar que seguía erosionando las costas.

Antes de que se pusiera en práctica esta ordenanza municipal, en los noventa se había convertido en un hábito que al atardecer los jóvenes paseasen con sus largas cabelleras al viento y sus atractivos cuerpos semidesnudos y bronceados por la *Costanera* a bordo de sus Jeeps, 4x4, *buggies*, motos y/o cuatriciclos desde el muelle hasta el pinar del norte, como si estuviesen mirando vidrieras o, más aún, como si ellos mismos se encontrasen en exhibición, siempre al compás de la música de moda; una conducta que también se repetía, y todavía ocurría, en la bulliciosa peatonal nocturna del centro comercial de la villa.

Ahora, en cambio, funcionaba una pasarela de madera que conectaba los distintos balnearios, por lo que el mismo trayecto desde el muelle hasta el pinar solo se podía hacer de a pie y así, el paseo no solo demandaba más tiempo, sino que adquiría “otra onda”, más familiar y tranquila.

Martín se encontraba parado junto a la mesada, terminando de limpiar y cortar los vegetales para preparar la ensalada que sería el acompañamiento del plato principal (unos churrasquitos de bondiola de cerdo a la plancha) que estaba cocinando Lola, quien se hallaba a su lado; ambos de espaldas a la mesa en la que Milagros se sentó luego de colocar los tres juegos de platos, cubiertos y vasos, las botellas con las bebidas (vino, agua mineral y jugo de frutas) y la canasta de pan sobre el mantel de tela que combinaba con las servilletas.

El hombre estaba agotado, no solo por el trabajo siempre intenso de la temporada de verano, sino también por las altas temperaturas que, a diferencia de lo que ocurría habitualmente en época estival, en las últimas semanas no descendían marcadamente por la noche, por lo que las casas permanecían calientes todo el día.

Principalmente, ese agobio fue el que lo llevó aquella velada a decidir compartir una cena en familia en su hogar y dejar a Leonel solo y a cargo del restorán. Y mientras el cuchillo que sostenía en su mano derecha se deslizaba a través del crujiente fresco y repollo blanco escuchó que en el canal de música que su hija había dejado sintonizado en la televisión sonaba un clásico del pop inglés del verano de 1987 e, inmediatamente, una serie de imágenes de la playa y la Costanera de aquella época abordaron su mente, como así también recuerdos de su casamiento con Lola en aquel año.

Por su parte, Josefina se había ido a dormir sin cenar ya que tampoco se sentía bien. Una enfermera había ido a la tarde a tomarle la presión arterial y determinó que estaba muy

alta, más de lo normal; así que le indicó a la anciana que hiciera reposo y se quedara un poco más tranquila.

Martín terminó de preparar la ensalada y colocó el bol en la mesa junto a los condimentos para que cada uno la aderezada a gusto en su plato y luego se sentó al lado de su hija, que no apartaba la vista ni por un instante de la pantalla de su *smartphone*.

Ambos permanecían callados, tal y como había sucedido en sus recientes charlas, en las que el hombre había intentado desviar los temas de conversación hacia el viaje de egresados, pero sin demasiado éxito.

De fondo ya no se alcanzaba a oír la música de la televisión dado que estaba encendido el extractor de aire para absorber el humo que se levantaban de la plancha en la que Lola cocía los churrasquitos de bondiola, a los que les agregó un chorrito de jugo de limón para que no se quemaran demasiado y el olor a comida, que ella tanto detestaba, no fuera tan intenso y difícil de quitar luego del ambiente, aunque a su esposo e hija ese aroma no les resultaba un inconveniente. De hecho, siempre que utilizaban esa forma de cocción, la mujer conectaba un aromatizador electrónico sobre la mesada tras limpiar toda la cocina con desengrasante, incluyendo las hornallas y los cerámicos que revestían la pared.

“¡A comer!”, exclamó la mujer al retirar la comida de la plancha y colocarla en una fuente de vidrio que depositó en el centro de la mesa, y así cada uno de los comensales se sirvió de inmediato de su porción.

Una vez apagado el extractor, la música volvió a sonar de fondo, esta vez, con clásicos de los noventa, los que más disfrutaba Lola; y los tres comenzaron a comer sin apuro y en silencio.

-Perdón que los moleste con este tema –Milagros interrumpió el mutismo y dejó sus cubiertos al costado de su plato, del que apenas había dado un par de bocados-, pero necesito hacerles una pregunta sobre Josefina.

-A ver... -Martín miró a su hija a los ojos y bebió un sorbo de su copa de vino tinto.

-La otra vez me dijiste que Josefina no había tenido hijos –la adolescente se dirigió a su padre, quien se echó hacia atrás y se apoyó sobre el respaldo de la silla-, pero ella insiste en que estuvo embarazada.

-¿Entonces? -intervino Lola, quien había cambiado el malbec por el agua.

-Entonces, me gustaría saber qué pasó realmente con ella.

-¿A qué te referís exactamente? ¿Al embarazo? –preguntó Martín intentando hacerse el distraído.

-Y sí. Me parece raro que, por más senil que esté, invente algo así.

Martín y Lola intercambiaron miradas por unos instantes en los que la mujer abrió grande los ojos y ni siquiera pestañó, en tanto que él suspiró con fuerza y agachó ligeramente la cabeza.

-Bueno –Lola tomó la iniciativa, pero inmediatamente hizo una pausa para beber más agua y aclarar la garganta-, en realidad, Josefina sí tuvo una hija cuando era muy jovencita y vivía en Mar del Plata.

-Yo sabía que me estaba ocultando algo –Milagros soltó su celular sobre la mesa y se acomodó un mechón de pelo que se le acababa de escapar de una hebilla y le caía sobre la frente-. Lo sabía. ¿Y qué pasó con esa hija? No me digan que la pobrecita falleció...

-No, no –aclaró Martín al advertir que su esposa buscaba en su mente las palabras más adecuadas para responder.

-¿Y quién es esa hija? ¿Dónde está?

-Acá está –afirmó Lola.

-¿Acá, dónde? ¿En la villa?

-Sí, en Gesell –continuó la mujer.

-¿Y cómo nunca la conocí? –el tono de voz de Milagros comenzó a elevarse.

-Sí que la conocés, Mili –los ojos vidriosos de Lola se clavaron en los de su hija-. Soy yo.

-Pero... ¿cómo? –La adolescente tartamudeó- ¿De qué hablás, má?

-Hablo de que Josefina es mi madre biológica y que Teresa, en realidad, no era su hermana, sino su cuñada que se casó con el hermano de ella, *Antonio*, y ambos me adoptaron y criaron como a una hija, no como a una sobrina.

Milagros se puso de pie en un solo movimiento que tumbó su silla al suelo.

-¿Me estás cargando, má? –La chica giró inmediatamente en dirección a su padre-. ¿Es verdad, pá?

-Sí, hija. Tu madre te está diciendo la verdad –señaló Martín, quien se paró y levantó la silla de su hija, que dio unos pasos hacia atrás, alejándose de la mesa.

-¡No lo puedo creer! –gritó la chica, al borde del llanto.

-Mili –Lola también se puso de pie e intentó acercarse a su hija, pero esta se apartó aún más-. Yo sé que es duro lo que te estamos diciendo y entiendo tu reacción. Imaginate cómo me puse yo cuando supe la verdad.

-¿Hace cuánto se enteraron?

-Cuando vos eras muy chiquita, casi un bebé.

-No lo puedo creer –la adolescente alzó sus brazos por arriba de su cabeza-. ¡No lo puedo creer!

-Mili, tranquilízate –le pidió Martín.

-¿Y cuándo me lo pensaban contar?

-Siempre dijimos que te lo íbamos a contar cuando fueras lo suficientemente grande porque podía resultar difícil de entender.

-¿Difícil?

-Es que hay una historia bastante más complicada detrás de todo esto –comenzó a explicar Lola.

-Pero este no me parece el mejor momento para ahondar en tantos detalles –la interrumpió Martín, quien había bajado el volumen del televisor para no alimentar el escándalo con más ruido ni llamar la atención de Josefina.

-O sea que hay más mentiras y verdades que sacar a la luz, ¿no? –Milagros fulminó con la mirada a sus padres, que callaron, dubitativos-. ¡Genial!

-No te pongas así, Mili, por favor –imploró el padre.

-¡¿Y cómo querés que me ponga?! –Retrucó la adolescente-. Si acabo de descubrir que tengo una abuela que no es la abuela que yo pensaba, y que tanto quería.

Lola se acomodó la cabellera con ambas manos y se volvió a sentar a la mesa.

-Tampoco es tan así –insistió Martín-. ¿Y mi mamá, entonces?

-Bueno, la abuela *Rita* se la pasa todo el tiempo en lo de la tía *Clara*, allá en Buenos Aires, y no la vemos nunca.

-Podrías ir a visitarla más seguido, si quisieras.

-¿Ahora me vas a decir que la tía no es la favorita de la abuela Rita?

-Ese no es el punto porque ellas se acompañan y cuidan mutuamente.

-¡Por Dios! –vociferó Lola golpeando la mesa con los puños y haciendo resonar el cristal de las copas ya vacías-. Paren con esa discusión ridícula: una es una adolescente que pretende actuar como adulta y el otro es un adulto que se comporta como adolescente. ¿No se dan cuenta que ese tema no tiene nada que ver con esto?

Martín quiso abrazar a su hija, pero Milagros, con lágrimas que rodaban por sus mejillas sonrojadas, dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Cerró de un portazo y se echó sobre la cama, desconsolada.

Por su parte, el padre regresó a la mesa, se ubicó junto a su esposa, quien no paraba de lagrimear, y la tomó de la mano. Y así permanecieron un largo rato en el que la música no volvió a sonar.

“La verdad es que no tengo la menor idea. Nadie me dijo nada sobre eso. Solo me pidieron que me pusiera de pie al lado de tal y tal. Así que no sé el nombre del detenido que estuvo en la misma ronda que yo, ni el de los testigos”, explicó uno de los “extras” a los periodistas apostados en la puerta de la Jefatura de Policía Distrital en la que se llevaban a cabo las ruedas de reconocimiento de los acusados del crimen de Francis ante los personas que podían identificarlos como los agresores de la víctima.

-Pero, ¿sabés si alguno de los testigos reconocieron al detenido que estaba en tu ronda? –insistió el cronista de unos de los canales de noticias que habían dispuestos sus móviles alrededor de la sede policial, la cual se encontraba cercada desde muy temprano por la mañana.

-Tengo entendido que el detenido fue reconocido por algunos de los testigos, pero no sabría por quiénes ni cuántos fueron –respondió y reiteró:- Realmente, no sé quién es quién.

-¿Y entonces cómo terminaste siendo parte de esta diligencia? –preguntó una joven movilera que realizaba una de sus primeras coberturas como enviada especial de un caso de repercusión nacional.

-Yo solamente salía del boliche con unos amigos cuando, de repente, se aparecieron dos policías de civil en una camioneta y nos pidieron que viniéramos porque nuestro aporte podía ser muy importante para la investigación. Nada más –señaló el “extra” y añadió:- Yo entiendo que los policías me eligieron porque me parezco al detenido, pero bueno, más no les puedo decir.

El joven luego se disculpó ya que hacía casi un día que no dormía y con esfuerzo se abrió camino entre la maraña de periodistas que llevaban unas ocho horas seguidas procurando obtener alguna información oficial sobre lo que ocurría adentro de la Jefatura Distrital, la cual era azotada por un impiadoso sol que no daba un respiro en medio de una zona de médanos sin pinos ni árboles altos, que solo ofrecía unos pocos arbustos bajos, por lo que los trabajadores de prensa debían refugiarse en la sombra que proporcionaban los propios móviles allí estacionados y que, afortunadamente para ellos, contaban con aire acondicionado.

Recién al atardecer, cuando los rayos ultravioletas se tornaron menos dañinos, todos los allí presentes se sintieron más cómodos estando a la intemperie.

Por su parte, la fiscal Zambrano, fiel a su costumbre, seguía sin hacer declaraciones a la prensa y, al mismo tiempo, les ordenó a los policías encargados de la pesquisa hacer lo propio; por ende, los periodistas debían recurrir a los abogados de las partes: los mediáticos *doctores Barrera y Alvarez*, en representación de los padres de Francis; el hasta entonces desconocido *Torelli*, por el lado de los rugbiers; y el letrado de los Vittolo.

Sin embargo, estos letrados también estaban condicionados por el secreto de sumario decretado en el expediente y solo aportaban datos en *off the record*, por lo que no eran cien por ciento confiables.

En definitiva, no existían demasiadas opciones para que los periodistas pudieran chequear esa información parcial y esto generaba que en el ambiente predominaran las especulaciones y el típico recurso del modo potencial.

Lo cierto es que los ocho amigos de Francis víctimas de la misma agresión fueron contundentes al identificar, tanto en placas fotográficas como en rueda de presos, al acusado Maximiliano como la persona que primero le aplicó golpes de puño al joven asesinado, mientras este aún estaba de pie y luego le propinó patadas con su pie derecho en la cabeza cuando ya se encontraba tirado en el piso, indefenso.

Estos testigos también identificaron la camisa floreada color verde agua que el imputado llevaba puesta al momento del hecho y que posteriormente fue secuestrada en la casa que alquilaba junto al resto de los rugbiers investigados.

“Él fue quien le gritaba a Francis: ‘A ver si pegás ahora, negro de mierda’”, aseguró Tommy durante la ronda de reconocimiento en la que estuvo en presencia, aunque a través de un cristal, de Maximiliano.

A su vez, Tommy, al igual que Leo y Lisandro, identificaron a Cristian como el joven que vestía una chomba celeste y que también pateó a Francis cuando estaba tirado en el piso.

Mientras que Juancho señaló al acusado Bruno como la persona que primero le pegó a Francis cuando este todavía estaba de pie. Este testigo describió que él se encontraba a no más de tres metros de distancia y que vio cómo el agresor se acercó por la espalda de su amigo y le aplicó un puñetazo en el rostro, lo que al mismo tiempo coincidía con una de las secuencias de video incorporadas a la causa.

Sin embargo, según Leo, este imputado volvió a agredir a Francis en el suelo y lo empujó a él cuando intentó detener el ataque.

Por otro lado, Tommy solo pudo ubicar a Bruno junto a Maximiliano adentro del boliche durante el incidente previo a que los echaran del local y en el que reconoció a otro de los acusados, Lucho, como quien le pegó “tres piñas”.

En tanto, Julio reconoció a Bruno por su corte de pelo rapado y recordó que al momento de agredir a Francis fue quien le dijo: “Adentro pegaban de atrás, pero ahora afuera vamos a ver quién gana.”

Y en otra de las ruedas, Sebastián identificó al imputado Ariel como el que iba adelante del grupo de agresores y que al iniciar el ataque exclamó: “¡Vamos ahora!”. Además, afirmó que este acusado impidió a los golpes que él pudiera defender a Francis, misma situación que describió Leo.

Pero el testigo presencial más determinante para la pesquisa fue Sebastián, el encargado del maxiquosco, quien no solo identificó a los acusados mencionados anteriormente, sino que también señaló a Maximiliano como quien, justo antes de patear en el piso a la víctima, le dijo a uno de sus acompañantes: “Quedate tranquilo que a este me lo voy a llevar de trofeo.”

Además, Sebastián, por su ubicación privilegiada frente al ataque, pudo señalar a Esteban, Lautaro y Marcos.

Respecto de Esteban, el testigo dijo que lo vio pegarle a Francis cuando este se encontraba de pie, pero que cuando cayó al suelo no lo agredió más; de Lautaro manifestó que también agredió en un inicio y que después del hecho lo vio “dando vueltas” por los alrededores; y de Marcos contó que no le pegó a la víctima, sino a un amigo de esta.

Sobre estos tres sospechosos también fueron categóricos a la hora de reconocerlos el jefe de seguridad del boliche, que declaró haber visto la pelea desde la puerta del local, al otro lado de la avenida; y dos “patovicas” que fueron los que retiraron por la fuerza a varios de los involucrados en la riña previa ocurrida en el interior del establecimiento y que también observaron el ataque desde la misma posición que su superior, quien, incluso, detalló que Marcos fue el que exclamó justo antes de huir: “¡Vamos!, ¡vamos!, que ahí viene la Policía.”

Por último, Adriana, la recepcionista del hostel cercano a la casa alquilada por los imputados, solo pudo reconocer a Maximiliano como el joven que ella vio pasar caminando solo; en tanto que Rodrigo no se mostró seguro en ninguna de las rondas argumentado los había visto de lejos y estaba nervioso.

Una vez finalizada todas las ruedas no sorprendió a propios ni extraños que ninguno de los testigos presenciales haya podido ubicar a Pedro Vittolo en el lugar de los hechos, pero sí llamó la atención de los investigadores que lo mismo ocurrió con los rugbiers *Johnny* y *Alexis*.++

Por ello, el defensor Torelli se encargó inmediatamente de remarcar este dato, en *off the record* claro está, a los periodistas que lo aguardaron hasta el anochecer a la salida de la Jefatura Distrital, donde los diez detenidos pasaron su último pernocte en la villa dado que por la mañana temprano iban a ser trasladados a la cárcel de Dolores, perteneciente al *Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB)* y en la que quedarían alojados mientras la fiscal Zambrano y el juez Martínez resolvían la situación procesal de cada uno de ellos.

VII

La villa despertó aquel viernes un poco más tranquila después de una seguidilla de días demasiados agitados, incluso para una segunda quincena de enero, la más activa del año a nivel turístico y que siempre, de alguna u otra manera, alteraba la apacible vida de los geselinos. El crimen de Francis y sus inmediatas repercusiones habían sido un golpe sumamente fuerte, casi de *knock out*, para la temporada veraniega, lo que preocupaba a Martín y Lola, quienes partieron temprano hacia el restorán para no descuidar el negocio. Por su parte, Milagros se pasó prácticamente en vela toda la madrugada, *online* con su amiga Abi a través de su celular; por lo que se levantó de la cama recién al mediodía y, en vez de desayunar, se preparó un almuerzo que compartió a solas con Josefina.

Nieta y abuela comieron calladitas y luego de que la adolescente ordenó y limpió la cocina, ambas se sentaron en el living a ver televisión y, como si se hubiera transformado en un vicio, Milagros sintonizó los canales de noticias, cuyos móviles habían abandonado Gesell y recorrido unos ciento sesenta kilómetros hacia el noroeste para instalarse en la ciudad de Dolores, frente a la vieja cárcel del SPB, en la que habían estado alojados notorios homicidas de la historia criminal del país, muchos de los cuales, por ejemplo, habían sido defendidos en su momento por los abogados Barrera y Alvarez, quienes en los últimos años habían dejado de representar a los acusados para ser parte querellante en las causas penales más resonantes.

Si bien esta cárcel fue remodelada en varias oportunidades, la edificación original se había construido sobre las bases de un antiguo depósito de prisioneros del Siglo XIX y se ubicaba en el casco urbano de la ciudad.

Se trataba de un amplio complejo que contaba con un régimen abierto y otro cerrado, tres niveles educativos destinados tanto a los detenidos como a personal penitenciario y

talleres de distintos oficios como mecánica, herrería, electricidad, pintura de obra, carpintería, plomería, albañilería, recolección de residuos y lavadero.

Con más de ciento cuarenta años de historia (que lo convertían en el edificio público más añejo de la ciudad y el penal más viejo de la provincia), aquellos altos muros con molduras y de color gris, distribuidos en dos pisos, habían mantenido encerrados a prisioneros españoles y portugueses capturados tras la campaña libertadora del general San Martín; albergado la primera sede de la Cámara de Apelaciones y los Juzgados en lo Civil y del Crimen correspondientes al Departamento Judicial Sur; y, además, transformado el modo de alojamiento de detenidos de la época al incursión en la quita de los grilletes.

Y cuando llegaron los diez rugbiers acusados del crimen de Francis, la Unidad tenía unos novecientos presos y quinientos agentes penitenciarios repartidos en una docena de pabellones, más el sector de Alcaidía.

La pantalla del televisor de la casa de los Mare, como las de los cientos de miles de hogares que en ese mismo momento sintonizaban alguno de los tantos canales de noticias, mostraba cómo los familiares de los rugbiers comenzaban a llegar al penal en su primera visita oficial, al tiempo que los vecinos de los alrededores de la cárcel ubicaban sus sillas en la vereda para presenciar a la fresca aquel evento que rompía con la abulia del barrio.

Por su parte, los diez acusados habían sido alojados en cinco celdas de a dos y apartados del resto de los detenidos del pabellón de la Alcaidía. De hecho, el director del penal había dispuesto también que comieran en sus propios calabozos y que se ducharan en un horario distinto a los demás presos. Y, a su vez, permitió un horario de visita diferente para evitar también el cruce de los parientes, con el objetivo de minimizar las probabilidades de que se sucedieran incidentes.

Claro que estas medidas despertaron el malestar de los demás detenido del penal, quienes sentían que estos jóvenes recibían un trato especial, por lo que los recibieron a los gritos, con insultos y amenazas.

En tanto, los movileros se abalanzaron sobre cada uno de los familiares de los rugbiers que llegaban cargando bolsas con ropa y comida, aunque solo uno de ellos se detuvo a realizar declaraciones: *Augusto*, el padre de Maximiliano.

“Yo no sé qué les pasó a los chicos por la cabeza en ese momento, pero sí estoy seguro de que no son asesinos”, afirmó el hombre, quien llevaba colocados unos anteojos para el sol que ocultaban su mirada.

-Entonces, para usted, ¿no fue un asesinato? –preguntó la joven cronista recién llegada de la villa.

-Lo único que puedo decir es que se trató de una tragedia lamentable –respondió Augusto luego de tragar saliva.

-¿Los chicos estaba drogados cuando ocurrió el crimen? –insistió otro de los periodistas.

-Estaban alcoholizados como la mayoría de los chicos de hoy cuando salen a bailar, aunque esto tampoco justifica lo que hicieron, eh.

-¿Tiene miedo? –preguntó la cronista, quien empujaba a sus colegas hacia atrás para obtener un poco más de espacio cerca del entrevistado, que había quedado aprisionado contra una de las reja del frente del acceso a la cárcel.

-Claro que sí.

-¿De qué?

-Y... de no volver a ver a mi hijo en libertad.

-¿Qué le diría a los padres de la víctima?

-Intenté llamarlos varias veces, pero no pude hablar con ellos. No sabría qué decirles. Si yo tengo este dolor, no me imagino el que deben estar sintiendo ellos.

Augusto agachó la cabeza y no habló más, tras lo cual, se abrió paso entre los periodistas y caminó lo más rápido posible, con varios cronistas a sus espaldas que vociferaban más preguntas que quedaron en el aire y sin responder, hasta su automóvil en el que lo aguardaba su esposa, quien en todo momento había tratado de no ser capturada por las cámaras.

Solo faltó que el “público” presente en la “tribuna” se pusiera de pie y aplaudiera, como en una sala de cine o un teatro, para que el “show” estuviese completo. Y mientras la prensa seguía de guardia frente al penal, algunos de esos “espectadores” se animaron a realizar comentarios ante las cámaras y micrófonos.

-¡Qué *vergogna!* –Expresó Josefina, con disgusto-. *Questo* hace acordar al Caso Coppola *nel* programa *di* Mauro.

Mili, por su parte, no entendía a qué se refería su abuela exactamente, por lo que solo atinó a reírse.

-¡*Mamma* mía! –la anciana golpeó ambas palmas y luego entrecruzó los dedos y los apretó.

-Bueno, abuela –Milagros intentó calmarla-. En la tele siempre lucran con el dolor ajeno. No hay que darle tanta bolilla.

La adolescente se levantó del sillón y, cariñosamente, se dirigió a Josefina, quien seguía mirando fijamente la pantalla:

-Voy a buscar algo para tomar a la cocina, ¿le traigo algo?

-No, hija. *Grazie*.

Entonces Milagros caminó hasta la heladera y junto a la misma se sorprendió al ver allí presentes a sus padres, quienes habían ingresado a la casa por la puerta de atrás y observado sigilosamente el final de la charla entre su hija y la anciana.

-¡Qué susto! -exclamó la chica –Lo único que faltaba: que me espieran...

-Tenemos que hablar, Mili -dijo su padre.

-Ahora, no. Más tarde.

-Ok. Pero a la noche, sin falta -indicó Lola echando un vistazo hacia el living-. Y los tres solos.

-Está bien –asintió Milagros e inmediatamente se sirvió un vaso de agua fría y regresó a ver televisión junto a Josefina, quien parecía no haberse percatado del arribo de su hija y el esposo de esta.

La programación de la jornada era en continuado, solo con pausas comerciales; por lo que parte de los periodistas apostados en Dolores levantaron la guardia, ya que ninguno de los otros familiares de los acusados aceptaron realizar declaraciones, y siguieron viaje unos doscientos veinte kilómetros en dirección a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires porque al atardecer se llevaba a cabo una marcha de silencio frente al edificio en el que residían los padres de Francis, en el barrio de *Palermo*.

Desde la noche anterior, en las redes sociales, el *hashtag* #JusticiaxFrancis había sido tendencia y los organizadores de la movilización, encabezados por Juliana, fijaron el inicio a las dieciocho y treinta, aunque una media hora antes los manifestantes comenzaron a concentrarse en la esquina del parque ubicado a media cuadra por la avenida en la que se situaba el domicilio de la víctima, donde se encontraban los padres del joven asesinado, *Gabriela y Silvio*.

Ya en ambas veredas de esa arteria que bordeada uno de los laterales de un amplio y florido jardín público se podían ver los afiches con la foto de Francis y la inscripción “Justicia” y “Marcha de silencio” que la propia novia de la víctima y sus amigos habían pegado en los postes de alumbrado público, cestos de basura, puertas de locales comerciales y fachadas de edificios.

También hubo otro grupo, conformado principalmente por los compañeros de colegio de Francis, que se concentraron en la siguiente esquina del edificio de Francis, donde se ubicaba la parroquia a la que asistían a misa cuando aún estudiaban juntos.

Además, los vecinos del barrio se autoconvocaron y comenzaron a manifestarse espontáneamente con el argumento de que si una marcha así se había hecho en Gesell, ¿por qué no se iba a realizar donde la víctima vivió toda su vida y era conocida y querida?

A las dieciocho y treinta en punto, mientras las cámaras de los canales de noticias transmitían en vivo para todo el país y los manifestantes ocupaban la calzada de la avenida con pancartas y velas, los excompañeros de Francis reunidos frente a la parroquia rezaron un Padre Nuestro en voz alta y luego exigieron “perpetua” para los asesinos.

“Le pudo haber pasado a mi hijo. Por eso, hoy somos todos los padres de Francis”, expresó ante la prensa una mujer al borde de las lágrimas y que llevaba un cartel con letras negras que decía: “Somos los que intentamos frenar los golpes.”

A medida que las personas se fueron acercando al lugar, desde la esquina de la parroquia hasta la del parque, se fue produciendo una especie de “sentada”, que estaba fuera del libreto de los organizadores, bajo un sol que todavía picaba.

Los manifestantes provenían de distintos barrios de la Ciudad, desde el sur, centro, norte y oeste porteños; y también de zonas del conurbano. También se encontraban quiénes acababan de terminar sus respectivas jornadas laborales, aunque la gran mayoría eran jóvenes de la edad de Francis que no podían terminar de entender lo ocurrido.

Confusión, dolor e indignación dominaban aquel escenario en el que los chicos recordaron a Francis como un “pibe buenísimo”, siempre “bien predispuesto”, “solidario” y a quien le gustaban “las cosas simples”, como ir a tomar mates al parque junto a su novia y amigos.

Por su parte, Juliana se mostró entera durante los distintos mini actos que comprendían la movilización para tratar de no quedar presa de la tristeza que la invadía por dentro y que en otras ocasiones la llevaba a sentir ganas de permanecer simplemente a solas.

La joven, quien a pesar de la alta temperatura vestía una campera de Francis que le habían regalado los padres de él, se paró frente al nutrido grupo ubicado desde la esquina del parque hasta la puerta del edificio de la víctima y con las primeras sombras generadas por las torres de departamentos del barrio les indicó que encendieran las velas que cada uno llevaba consigo.

Entonces, los allí presentes rezaron un Ave María, tras lo cual, una amiga de Juliana, al ver su rostro enrojecido y cubierto de sudor de aquella, le acercó un vaso de agua para que pudiera refrescarse e hidratar su garganta. “¿Por qué no te sacás la campera?”, le sugirió su compañera, pero la joven se negó rotundamente a hacerlo.

Luego devino una pausa sepulcral hasta que se abrió la puerta del edificio y salieron Gabriela y Silvio, ambos portando una foto grande de su hijo.

“Quiero justicia por Francis. Él era un ángel que amaba la vida. Era mi luz. Yo ya no tengo vida, pero él me va a dar fuerzas para poder seguir adelante, hasta que sus asesinos paguen por lo que hicieron”, señaló la mujer ante los periodistas que coparon el frente de la marcha.

-¿Qué fue lo último que habló con él? –preguntó uno de los periodistas.

-El día que se fue de viaje lo acompañé hasta la puerta, le pedí que se cuidara mucho y nos despedimos con un beso y un abrazo, como siempre –respondió la mujer con la voz entrecortada y tomada de la mano de su marido, que no podía parar de llorar.

-¿Y qué va a hacer ahora?

-Voy a luchar. Tengo que estar fuerte para que se haga justicia y para que lo que le pasó a Francis no le pase a ningún otro chico.

“¡Fuerza Gabi!”, exclamó una vecina que se encontraba de pie junto a la entrada del edificio. “¡No te vamos a dejar sola!”, señaló otro hombre del barrio alzando una vela blanca por encima de su cabeza.

“Gracias a todos”, fueron las últimas palabras de la madre de Francis antes de volver a entrar al edificio abrazada a su esposo y junto a Juliana y los excompañeros más cercanos de su hijo.

Recién en ese momento los manifestantes aplaudieron a rabiar y los más exaltados bramaron: “¡Francisco, presente! ¡Ahora y siempre!”

Y tal como había ocurrido días antes en Gesell, las personas que se iban retirando de la marcha dejaron su vela encendida en la escalinata de ingreso al edificio, donde se formó un nuevo “santuario”.

Por último, al continuar con la desconcentración, varios jóvenes del colegio, que se diferenciaban del resto ya que cada uno llevaba un brazalete de tela oscura en señal de duelo, se reagruparon en la puerta de la parroquia y entonaron con voz suave y dulce la canción de misa preferida de Francis.

A pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia, Milagros no pudo evitar derramar algunas lágrimas al ver aquella emotiva marcha, cuyo final estuvo envuelto en una especie de halo creado por las llamas de las velas y las luces artificiales de la gran ciudad.

Pero no tuvo mucho tiempo más para afligirse porque los canales de noticias, apenas terminó la movilización, pasaron a transmitir lo que sucedía en Pindó, donde se esperaba la llegada de Pedro Vittolo a su casa, donde se reencontraría con *Marta*, su madre; y sus amigos, quienes el día anterior ya habían marchado desde la costanera hasta el Palacio Municipal, pasando por la plaza principal del barrio, en reclamo de justicia y para asegurar que la localidad no le tenía miedo a los asesinos.

De hecho, en esa marcha hubo decenas de vecinos y socios del club al que pertenecían tanto Pedro como los rugbiers detenidos, aunque la institución les solicitó que no utilizaran ninguna vestimenta con el escudo o cualquier otra insignia representativa de la misma, al tiempo que anunció oficialmente que los acusados quedaban desafiliados de manera definitiva.

Finalmente, poco antes de las veintiuna, Pedro se fundió en un abrazo eterno con *Marta*, quien no podía ocultar la emoción, al igual que su esposo, cuyo rostro denotaba el tremendo cansancio sufrido, tanto por su cuerpo como por su mente, en el derrotero de la semana que estaba por terminar.

Mientras tanto, los vecinos concentrados en la vereda, frente a la vivienda de los Vittolo, los bañaron con un aplauso de alegría, ante lo cual, *Marta* solo tuvo palabras de agradecimiento para todos ellos.

“Fueron días terribles, de mucha angustia, muy largos... Ellos dos allá, yo sola acá. Pero nos mantuvimos fuertes a partir del apoyo de todos ustedes”, expresó la mujer ante los periodistas ubicados en la puerta de su casa, incluso desde bastante antes que Pedro y su padre arribaran por la noche.

“Ahora vamos a tratar de recuperar el tiempo perdido y de retomar nuestra vida normal. Pero nunca podremos olvidar lo que pasó, sobre todo, a Francis y su familia. Nuestros corazones siempre estarán con ellos. Hay que recordarlo para poder ponerle fin a esta

violencia”, continuó Marta, quien no se soltaba del brazo de su hijo, que había quedado en medio de ella y su padre.

-¿Hay algún menú especial para cenar esta noche? –quiso saber uno de los cronistas.

-Milanesas con puré: tan simple como es Pedro –respondió Marta con una sonrisa que abarcaba prácticamente la totalidad de su delgado rostro, lo que provocó las carcajadas de todos los allí presentes y coronó una de las pocas muestras de felicidad de un día plagado de angustia y desconsuelo.

Incluso Mili se rió de los dichos de la mujer, aunque en esta ocasión no pudo comentarlo con Josefina, quien se había ido a acostar a su dormitorio ya que durante la tarde se la había pasado quejándose de sus “dolores de hueso” y mareos, como si sus fuerzas y mente estuvieran abandonándola paulatinamente. Casi que la anciana no pudo moverse sin ayuda de la adolescente, que se repetía para sí “está ida”, cada vez que advertía la mirada perdida de su abuela. De hecho, “abuela” fue la única palabra que Mili había encontrado cuando intentó comunicarse más profundamente con ella; sin embargo; la madre de su madre ni siquiera la registró en aquel lapso de debilidad y mezcolanza.

-¿De qué te reís sola? –Lola se sentó en el sillón al lado de su hija, al tiempo que Martín se ubicó en el asiento que había sido ocupado hasta hace un rato antes por Josefina.

-De nada.

-¿Estás bien? –Preguntó el padre y luego echó un vistazo a la pantalla del televisor-. Como si fuera el único tema importante...

-Mili, te va a hacer mal pasarte todo el día mirando las noticias sobre este caso –la madre acercó su cuerpo al de su hija y pasó su brazo izquierdo por la espalda de ella.

-Querían hablar: hablemos –la adolescente tomó el control remoto y apagó el televisor. Seguidamente se despegó de su madre y se sentó en el extremo del sillón, lo más apartada posible.

-Bueno –Lola recogió sus brazos y los cruzó sobre su regazo-. La otra noche no tuvimos oportunidad de preguntarte si querías saber algo más sobre lo que te contamos, si tenías alguna duda o inquietud...

-Queremos darte todas las respuestas posibles –aclaró Martín, quien arrimó el sillón individual al de dos plazas.

-Estuve pensando todo el tiempo en este tema, obviamente, y me gustaría saber, por ejemplo, qué pasó con tu padre biológico, má.

-Ok.

-¿Se sabe quién es?

-Claro que sí. Se llamaba *Luis* y los paisanos le decían *Luigi*. Pero nunca lo conocí porque él se volvió a *Italia* sin saber que Josefina estaba embarazada y, si bien después supo de mi existencia, nunca volvió.

-¡Qué hijo de puta!

-No digas eso, Mili. En aquella época ninguno de estos *tanos* tenía un peso y sé que él intentó que Josefina volviera a su tierra natal para formar una familia, pero no se pudo y, además, él terminó muriendo muy joven. Así que no tuvo muchas chances.

-No solo eso –intervino Martín-. Antonio decidió lo de la adopción y que nadie más supiera la verdad excepto él, Teresa y Josefina, quien bastante tiempo después se terminaría casando con otro paisano, *Alberto*.

-Claro, eso también fue determinante para apartar definitivamente a Luigi –acotó Lola.

-¿Y por qué Josefina aceptó entregarte en adopción, má?

-Cómo te dije: era otra época. Todavía no estaba en pareja con Alberto y era mal visto ser madre soltera. Así que Toni, como hermano mayor, trató de proteger a Josefina de cierta vergüenza o humillación que podría haber sufrido a raíz de ello. Además del riesgo a perder el trabajo y quedarse en la calle. Fueron años muy bravos.

-¡Qué locura! ¿Y la tía Belén lo sabe? Ella sí es hija de Teresa y Toni, ¿no?

-Sí, sí. Ella lo supo inmediatamente después que yo porque, apenas me enteré, se lo conté.

-O sea que, en realidad, no es tu hermana, sino tu prima; y, por ende, no es mi tía. Y *Lucas*, el hijo de ella, tampoco es mi primo... En fin, es como *too much*.

-Yo sé que esto cambia todo tu mapa familiar, pero es así.

-Igual, todavía no logro descubrir cómo hicieron para ocultarlo durante tanto tiempo.

-Y sí, es complicado. Al principio, Teresa acababa de tener a Belén y se tuvo que quedar encerrada entre cuatro paredes con la bebé y Josefina embarazada como un año para que nadie las viera y después poder decir que había tenido a una segunda hija: de locos. Hoy una cosa así sería imposible que sucediera, pero bueno... pasó.

-¡Tremendo! Y después, ¿Josefina no tuvo hijos con ese Alberto?

-No, nunca. Y no sé exactamente la razón. Además, Teresa y Toni luego vinieron con Belén y conmigo a Gesell, y nos radicamos acá, mientras que Josefina y Alberto se quedaron en Mar del Plata y casi que no se volvieron a ver.

-Pero, ¿cómo fue que Josefina reapareció?

-Bueno, cuando ella enviudó, la familia de Alberto se quiso quedar con lo poco que tenían y se vino para la villa dispuesta a todo.

-¿Cómo dispuesta a todo?

-Digamos que empezó a presionar a Teresa para que me dijera quién era mi verdadera madre.

-¿Presionar? –La interrumpió Martín-. La amenazó y extorsionó, y también lo hizo conmigo cuando Teresa me pidió ayuda.

-¡¿Qué?!

-Es cierto, Mili –asintió Lola-. Josefina estaba muy mal, desesperada, y como vio que a nosotros nos iba bien con la casa, el negocio y demás, quiso formar parte de todo eso.

-Quería plata, básicamente –acotó Martín.

-¡Ah, zarpado!

-Igual –continuó el hombre-. No lo consiguió porque Teresa y yo decidimos contarle la verdad a tu mamá, a la que primero le había mentido diciéndole que era una vieja amiga de la madre.

-¡Pero qué vieja de mierda!

-Bueno, hija. Fue hace mucho tiempo. Josefina estaba en un momento crítico y se equivocó. Ella lo sabe y lo terminó reconociendo.

-No entiendo cómo defendés tanto a ella como a ese Luigi, má. No lo entiendo. ¿No te das cuenta que te abandonaron?

Lola agachó la cabeza.

-No los defiende –señaló Martín-. Solo está tratando de contarte toda la verdad, como te lo merecés. Y como a ella le hubiese gustado que se la dijeran cuando era chica. ¿Se entiende?

-Creo que sí. No sé.

-Hija –Lola se recompuso-, nosotros te estamos contando todo no para le tomes bronca a Josefina o pienses mal de ella, sino para que cuentes con la información completa y así puedas formar tu propia opinión al respecto, ¿sí?

-Ok. Ahora sí entiendo: así que para sacársela de encima la terminaron llevando a un geriátrico a Mar del Plata, ¿no?

-Algo así. En su momento era muy complicado convivir todos juntos: ella, Teresa, yo...

-Hasta que murió la nona Tere, ¿cierto?

-Más o menos.

-Tampoco juzgues a tu mamá, Mili –señaló Martín-. Ella tiene un gran corazón y siempre quiso lo mejor para todos. Y se hizo cargo de una situación a la que, salvo yo, muchos otros le escaparon, como Belén, por ejemplo.

-No la metas a Belu en el medio –indicó Lola-. Yo soy la única hija de Josefina y a mí me correspondía hacerme cargo de ella.

-Bueno, no discutan –les pidió la adolescente-. Yo no los estoy juzgando a ustedes.

-Pero tampoco es cuestión de que te la agarres con Josefina a partir de ahora, ¿sí? ¿Me lo prometés?

-Sí, pá. Te lo prometo –respondió Milagros resoplando con alivio y echándose contra el respaldo del sillón.

Entonces Lola y Martín se abalanzaron sobre ella como solían hacerlo cuando era tan solo una niña y la llenaron de besos y caricias. Solo así lograron arrancarle una sonrisa a su hija, quien no toleró el exceso de mimos por más de unos segundos. “¡Basta! ¡No sean tan pesados!”, exclamó la adolescente sacándose de encima a sus padres a los empujones. “Sos igual de cariñosa que tu papá”, bromeó Lola, quien trastabilló y casi cayó al suelo al reincorporarse, lo que despertó la carcajadas de su marido.

-Eso te pasa por criticarme, ¿viste? –bromeó Martín, al tiempo que daba unos pasos hacia la puerta dado que ya era el horario de dirigirse al restorán.

-Chau, chau –reaccionó Lola agitando ambos brazos en el aire, tras lo cual, le dio la espalda a su esposo y se retiró hacia la cocina para ir a preparar la cena.

Por su parte, Mili seguía a su padre con la mirada, divertida.

“Chau, chicas”, se despidió Martín sobreactuando sus movimientos, antes de salir a esperar el remis en la calle, desde donde se podía apreciar un cielo completamente estrellado y una luna que opacaban las luces artificiales del barrio.

VIII

Era pasado el mediodía y Martín se encontraba trabajando en el restorán, aunque a media máquina. Atrás había quedado un fin de semana bastante movido por los festejos del Día de los Enamorados, uno de los puntos altos de febrero, un mes habitualmente menos frenético que enero, ya que el turismo se renovaba y en vez de mayoría de jóvenes solteros y trasnochadores, predominaban las parejas con hijos chicos o las de mayores adultos que conformaban un segmento menos numeroso, pero con un mayor poder de consumo, sobre todo, durante el día. Lo único que había cambiado desde el homicidio de Francis era que La Ville permanecía cerrado al público, por lo que en las calles de la villa las personas parecían haberse olvidado de lo ocurrido, excepto cuando se topaban con el “santuario” levantado en la escena del crimen.

Martín salió de su oficina y se ubicó detrás de la barra, a la altura de la caja registradora, desde donde observó que la fiscal Zambrano estaba sentada sola en una mesa de la parte delantera del salón, ubicada en el rincón entre el frente vidriado y una de las paredes laterales, bebiendo un cortado en jarrito y mirando a través del ventanal cómo la gente paseaba en familia, sin apuro, dado que era una tarde mayormente nublada y ventosa, ideal para andar por el centro comercial en vez de concurrir a la playa; a pesar de lo cual, la temperatura seguía siendo agradable.

Cuando la doctora advirtió la presencia del dueño del restorán lo saludó a la distancia, entonces él decidió acercarse a hablar con ella, aprovechando que el resto del salón estaba prácticamente vacío.

-Muchas veces yo también me siento en ese recoveco. Me gusta porque me siento un poco invisible en medio de las personas que van y vienen por la vereda o las que entran y

salen del local –Martín se paró con las manos cruzadas por la espalda a la altura de su cintura y junto a la mesa ocupada por la fiscal.

-Estaba pensando exactamente lo mismo –respondió Zambrano con una sonrisa-
¿Cómo andás?

-Todo bien, por suerte –él se arrimó a la silla de la doctora e inclinó su torso hacia adelante, ante lo cual, ella se levantó ligeramente de su asiento y se saludaron con un beso en la mejilla.

-Sentate, por favor –indicó la fiscal, a lo que Martín, en lugar de ocupar la silla justo enfrente de la doctora, se sentó de lado, así también podía tener una buena vista de lo que ocurría en el frente del local.

-¿Estás yendo a correr por la playa? Hace rato que ya no nos cruzamos...

-La verdad es que no tengo tiempo ni energías suficientes, Martincho.

-Me imagino.

-Fue un mes muy complicado, con mucha presión –la fiscal hizo una pausa y bebió un sorbo de su vaso de agua gasificada-. Estoy agotada.

-Igual, hoy se te ve particularmente más relajada –comentó Martín, quien con una seña de su mano le indicó al mesero detrás de la barra que le llevara un café corto-. ¿Querés tomar algo más? Yo invito.

-No, gracias. Estoy bien -la mujer apartó el vaso vacío y con una servilleta de papel se secó la boca con delicadeza para no quitarse la pintura de los labios- ¿Qué me estabas diciendo antes de la invitación?

-Que te veo mejor, más tranquila que las últimas veces que charlamos.

-Ah, sí. Puede ser que se deba a que el caso está muy avanzado y empezó a darme un respiro.

-Entiendo.

-De hecho, hoy hice una presentación en el juzgado con la que terminé gran parte de mi trabajo y la causa va a quedar ahí por un tiempo.

-Debe ser eso, entonces –Martín se interrumpió unos instantes ante la llegada del mesero que le trajo el café y se retiró inmediatamente-. ¿Y Abi cómo está? Hace bastante que no viene por casa.

-Ella está bien. Un poco enojada conmigo porque, desde que pasó lo que pasó, no quise que anduviera mucho afuera de casa, sobre todo a la noche.

-A Lola y a mí nos pasa exactamente lo mismo con Mili. Así que sé perfectamente a qué te referís.

-En mi caso particular, el problema es que a Agustina no la puedo controlar tanto porque es más grande, entonces Abril ve a la hermana y quiere hacer lo mismo.

-Claro –asintió Martín, quien dejó reposar el pocillo de café en el centro de la mesa a la espera de que se enfriara un poco.

-¿Y Mili anda bien?

-Sí. Ya se le pasó esa obsesión que tenía con el caso y ahora empezó, de nuevo, a hacer planes, como siempre.

-¡Jajá! ¿Está con el viaje de egresados?

-Sí y no. Como ese tema, supuestamente, está resuelto, últimamente está pensando más en qué va a estudiar y adónde cuando termine el secundario.

-Es igual a la madre, eh –Zambrano meneó la cabeza, al tiempo que de reojo chequeaba la pantalla de su celular-. Haciendo planes para dentro de un año, con todo lo que puede llegar a pasar de acá hasta ese momento...

-¡Ufff! Es la versión adolescente de Lola. Olvidate –Martín tomó el pocillo, sopló el vapor que aún se levantaba serpenteante del mismo y bebió despacio-. La única diferencia es que Mili se quiere ir a la Capital, a estudiar como su primo mayor.

-¿Ah, sí? Está bien. Mientras que después no cambie de opinión de un día para el otro como mi hija.

-Justamente –Martín depositó nuevamente el pocillo sobre la mesa-. Más que lo que pueda llegar a pasar en la villa, en el país y en el mundo, me preocupa que en el último instante se arrepienta de todo lo que planeó y haya que volver a empezar de cero.

-Tal cual –la fiscal volvió a ojear su celular.

-Si tenés trabajo, no te preocupes por mí. Hacé tranquila.

-Me están escribiendo desde el juzgado, discúlpame –la mujer tomó su cartera que estaba colgada del respaldo de la silla y se puso de pie.

-No hay problema –Martín también se levantó de su asiento-. Pero antes de irte al menos contame qué presentación hiciste.

-En un rato te vas a enterar –Zambrano se despidió con otro beso en la mejilla y, tras dar un par de pasos hacia la puerta de salida, se volvió hacia él –Poné cualquier canal de noticias que esos pesados seguramente ya se enteraron.

-Ok –Martín la saludó alzando la mano-. Después hablamos.

El dueño del restorán permaneció de pie hasta que la fiscal se perdió de su vista y luego volvió a sentarse a la mesa. Y mientras terminaba su café le pidió al mesero que encendiera el televisor colocado sobre uno de los muros laterales del salón.

En ese momento, en el noticiero de la tarde informaban que *China* acababa de anunciar que registraba casi dos mil muertos y setecientos mil contagiados por *coronavirus*, y que, además, había sesenta millones de personas aisladas. A su vez, se recordaba que unos días antes el virus había llegado a *Italia*, donde se detectaron los primeros tres casos de turistas que habían estado en aquel país del Lejano Oriente.

-Esperemos que no llegue a nuestro país -señaló el mesero cuando fue a levantar el pocillo vacío de la mesa de su jefe.

-No creo. Todavía está lejos y seguramente lo van a contener allá antes de que se propague –afirmó Martín más para tranquilizar a su joven empleado que basándose en algún dato o conocimiento concreto del caso, al que, justamente, no le solía prestar demasiada atención.

-Ojalá –añadió el mesero antes de retirarse hacia la cocina.

“¡Flash!”, indicó el cartel colorido que invadió la pantalla del canal de noticias y que estuvo acompañado del sonido estridente de un clarinete. “Piden la prisión preventiva para los rugbiers asesinos”, pudo leer Martín en la siguiente placa.

De acuerdo al noticiero, en un fallo de casi trescientas hojas, la fiscal Zambrano acababa de solicitar al juez Martínez “la conversión de detención en prisión preventiva” de ocho acusados y el “cese de detención” de los restantes dos, Johnny y Alexis.

“Si bien se ha acreditado que los co-encausados estuvieron con los demás esa noche, hasta la actualidad se han llevado a cabo innumerables medidas de investigación que no han permitido vincularlos a la muerte de Francisco Bermúdez”, argumentó la doctora.

En cambio, a los que seguirían en la cárcel, la fiscal les imputó el delito de “homicidio agravado por el concurso premeditado de dos o más personas”, el cual preveía la prisión perpetua.

La presentación de Zambrano se llevó a cabo un día antes de que se le venciera el plazo de treinta días para definir la situación procesal de los acusados.

Para la fiscal, Maxi y Cristian habían sido los “autores” materiales del crimen, mientras que los otros seis actuaron como “partícipes necesarios”; y para fundamentar su hipótesis valoró como pruebas de cargo los testimonios, las imágenes de video, los reconocimientos en rueda y el análisis de las comunicaciones; al tiempo que avaló toda la actuación policial.

Sobre Cristian en particular, la fiscal remarcó su mensaje posterior al crimen en el que les ordenó al resto de sus amigos que no contaran “nada a nadie”, por lo que consideraba que este acusado “planteó un pacto de silencio a lo que el resto asintió y que se mantiene incluso hasta la actualidad”.

Para Zambrano, todos los imputados “tenían pleno conocimiento de lo que iban a hacer desde que los sacaron del bailable, de lo que estaban haciendo durante la agresión, de que querían causar la muerte de Francisco Bermúdez y claramente de que pretendían evadirse del accionar policial y judicial para lograr la impunidad del hecho”.

Pero la fiscalía no se basó solo en las pruebas testimoniales, fílmicas y tecnológicas, sino también de laboratorio, como el informe de la Policía Científica que daba cuenta “sobre la correspondencia de diseño entre la impronta parcial observada en el lado izquierdo del mentón de la víctima con la suela de una de las zapatillas” secuestradas a Maximiliano; aunque se encontraba pendiente el resultado de un estudio de *scopometría* para tener plena certeza de que ese pie derecho había impactado en el rostro de Francis.

Y si bien la correspondencia por el momento era parcial, los peritos habían consultado el “banco de huellas de pisadas” de sus colegas de la Policía de Río Grande, el cual reunía información sobre diez mil tipos de suelas de calzados distintos en una tarea única en el país y que se debía a que, en un clima extremadamente frío como aquel, en el que la mayoría de las personas utilizaba guantes, resultaba muy difícil hallar huellas dactilares en una escena del crimen, por lo que el rastro que se dejaba al pisar se convertía en la alternativa más viable.

Faltaban un par de horas para que comenzara la marcha frente al Congreso Nacional al cumplirse un mes del crimen de Francis y distintos grupos de jóvenes ya se encontraban dispersos por varios sectores de la histórica plaza ubicada de cara al palacio legislativo, en pleno corazón de la Capital del país. El calor no arreciaba como a fines de enero y las calles

de la ciudad poco a poco retomaban el ritmo habitual del año lectivo y laboral, aunque una porción de la población aún disfrutaba de sus vacaciones.

El principal punto de concurrencia eran las escalinatas junto al monumento alegoría de *La República*, donde los organizadores habían montado un escenario para que los padres de Francis se dirigieran al público.

A su vez, otros jóvenes, más cercanos a la familia, se agrupaban en los alrededores del edificio de los Bermúdez con la intención de acompañarlos en caravana desde allí hasta el palco, al igual que varios móviles periodísticos.

Mientras tanto, la prensa seguía dispuesta a devorarse el caso y esto fue inteligentemente aprovechado por los abogados del particular damnificado que, esa misma tarde, realizaron una serie de apariciones en distintos medios para hacer hincapié en pistas que hasta ese momento no habían tenido demasiado sustento probatorio en el expediente.

“Hay un video de una cámara de seguridad del jardín delantero de un hotel ubicado en la esquina de la escena del crimen, frente a la heladería, que muestra que los agresores fueron once, no diez”, señaló el letrado Barrera en una entrevista vía telefónica con un canal de noticias de la televisión por cable.

“Al parecer, la Policía no revisó esa cámara, pero nosotros pudimos acceder a dichas imágenes y ahora las incorporamos al expediente y le pedimos a la fiscalía que investigue quién es ese onceavo cómplice ya que quedó demostrado que no era Pedro Vittolo”, indicó el abogado, quien aseguró que ellos sí sabían de quién se trataba, aunque no lo podían decir públicamente para no “perjudicar el devenir de la investigación”.

“Tenemos los dichos de los propios acusados y estas imágenes. Es decir, que acá falta un acusado”, continuó Barrera, quien se mostró satisfecho con que la fiscal Zambrano había pedido la prisión preventiva para ocho imputados, pero en desacuerdo con el cese de la detención para los restantes dos.

Si bien el abogado no lo admitió, fue él quien proporcionó a ese y otros canales el video en cuestión, el cual mostraba a los diez rugbiers, algunos de ellos abrazándose entre sí y riendo instantes después del ataque, reagrupándose en la ochava, de espaldas a la heladería y de la mano de enfrente al jardín del hotel; donde esperaron la llegada de un joven más y tras el arribo de este siguieron su camino en dirección a la casa alquilada.

De acuerdo a estas imágenes, que mostraban a los acusados casi de cara a la cámara como ninguna otra secuencia obtenida hasta entonces por los investigadores, segundos después de que este grupo reanudó su marcha hacia el norte, detrás suyo pasaron tres efectivos de Infantería, quienes en la causa habían declarado que en ese preciso momento ellos no sabían del ataque ni que sus colegas de la Policía Local estaban buscando a una decena de sospechoso con las características de aquellos, por lo que nos los interceptaron para identificarlos.

A su vez, para el particular damnificado, la teoría del “Sospechoso Once” también tenía cierto basamento en los dichos de la dueña de la casa ocupada por los rugbiers en la villa y que indicaban que había sido alquilada para esa cantidad de personas, aunque no tenía los datos de todas ellas en el contrato.

La premisa que se había difundido ampliamente a través de las redes sociales indicaba que el epicentro de la marcha en reclamo de justicia por Francis era el Congreso Nacional pero, a la vez, en cada provincia y/o ciudad importante del país habría réplicas simultáneas en sus respectivos sitios representativos.

En el corazón porteño la movilización fue muy similar a la de la primera semana del crimen: una amplia mayoría de jóvenes con banderas y pancartas con la imagen de la víctima y que reclamaban “¡Perpetua!” para los asesinos; y también adultos con hijos que preferían marchar en silencio y con velas encendidas.

La procesión desde el domicilio de Francis hasta el palco se demoró más de lo previsto debido a la gran cantidad de manifestantes que acompañaron por las calles de la ciudad el paso de la familia del joven asesinado. De hecho, desde los vehículos particulares que se cruzaban con la caravana tocaban sus bocinas en señal de apoyo por más que no se sumaban a la misma y seguían su camino de regreso a sus hogares tras una jornada laboral.

Ante esta situación, la Policía debió ajustar el operativo de seguridad para reordenar el tránsito, siempre caótico a esa hora del día, y el auto que trasladaba a los padres de Francis y a la novia de este llegó hasta el frente del Congreso cuando ya anoecía y comenzaban a brillar en la vía pública las luces artificiales de sus monstruos de hierro y cemento.

Y una vez que Gabriela, Silvio y Juliana subieron al palco y se pararon frente a miles de personas fueron recibidos con un fuerte aplauso que retumbó en toda la nación, como un efecto en cadena que se prolongó varios minutos, al tiempo que llovían los *flashes* de las cámaras, tanto las periodísticas como las particulares.

Fue la madre de Francis, vestida con una remera blanca que tenía estampada una foto del rostro de su hijo, la primera en tomar el micrófono una vez que los manifestantes se callaron: “Todo se nos vino abajo. Él era nuestro sostén. Ahora mi casa está vacía. Lo estoy esperando, pero sé que no va a volver. Solo quiero justicia.”

Y a raíz de estas palabras iniciales volvieron los aplausos ensordecedores de los manifestantes.

“Francis era un chico decente, con proyectos y lo mataron a traición. No le dieron ni siquiera la oportunidad de defenderse”, continuó la mujer, entre lágrimas, y sostenida de la mano por su esposo, quien llevaba la misma remera que ella y, además, un rosario colgado del cuello.

Junto al matrimonio y Juliana estuvo arriba del escenario uno de los diáconos del colegio al que había asistido el joven asesinado y que tomó la palabra luego de la madre de la

víctima, en tanto que Silvio estaba quebrado emocionalmente, lloraba sin cesar y no podía hablar.

“Francis era un chico simple, sencillo, que iba de frente y actuaba desde el amor”, afirmó el diácono, tras lo cual, le cedió el micrófono a la joven.

“Le pido a la gente que tenga memoria y conciencia de lo que pasó para que no vuelva a pasar algo así nunca más”, exclamó Juliana justo antes de quedarse sin aliento.

Por último, Silvio sacó fuerzas de dónde pudo y con apenas un hilo de voz agradeció el apoyo de todos y se despidió acompañado de un estruendo coro que cantaba: “¡Francis presente! ¡Ahora y siempre!”

El recuerdo de Francis seguía frecuentando la villa, aunque no de la misma manera que en los primeros días y semanas que le siguieron inmediatamente a su brutal asesinato. De hecho, el tránsito, tanto peatonal como vehicular, en aquella localidad balnearia estaba tranquilo, una clara señal de que la temporada de verano se acercaba a su fin. Por ello, un relajado Martín salió a correr a media mañana para aprovechar que no hacía tanto calor y, para cambiar un poco la rutina, decidió hacerlo no por la orilla del mar, y con el estoico muelle a sus espaldas, sino por la bicisenda del Boulevard ubicado a pocos metros de su chalet. Era un camino menos atractivo, pero que para el hombre tenía cierto encanto porque funcionaba como un marcapasos de la vida cotidiana de los geselinos que, por algún motivo u otro, siempre terminaban transitando por esa avenida en la que no había solo asfalto, ya que en algunos tramos se podía apreciar un puñado arboledas y médanos que aún sobrevivían a la urbanización. Además, el terreno presentaba subidas y bajadas, lo que aumentaba el esfuerzo físico, y hacia el norte desembocaba en otro de los sectores del frondoso pinar.

Con las zapatillas de *training* que le habían regalado Lola y Mili para el último Día del Padre, una remera *dry fit* de un color naranja fluorescente, unos *shorts* y una gorra con visera

para cubrir la calvicie de su coronilla y sus ojos de los rayos del sol, Martín corrió el primer tramo en dirección al pinar disfrutando del aire fresco y húmedo, y de que no tenía que esquivar tantos autos cada vez que debía cruzar de una cuadra a la otra. Se había levantado de la cama y desayunado tan a gusto que ni siquiera optó por llevarse su celular para ir escuchando música mientras corría. Solo quería estar en contacto con su entorno, sin más intermediarios.

Pero cuando regresó hacia al sur y pasó un par de cuadras la altura de su domicilio, Martín advirtió un amontonamiento de personas y vehículos en la puerta y en los alrededores del viejo depósito y estacionamiento de los camiones municipales de recolección de residuos, el cual se había convertido desde hacía varios años en un edificio del Poder Judicial.

Habían pasado dos días de la masiva marcha frente al Congreso Nacional y el *runner* no tuvo más remedio que toparse con una nueva manifestación, muchísimo menos nutrida que todas las anteriores, de vecinos que exclamaban “¡asesinos!” y “¡gusanos!” y portaban carteles con la leyenda “Justicia x Francis”.

Y alrededor de estos manifestantes no podían faltar los periodistas, reporteros gráficos y móviles de los principales canales de noticias.

“¿Y ahora, qué pasó?”, se dijo Martín aminorando su marcha y acercándose a ese grupo de personas. “Este caso no parece terminar más, eh”, se quejó en voz baja, justo antes de detenerse junto a un vecino de los menos exaltados, que miraba lo que ocurría desde la sombra que proporcionaba uno de los árboles ubicados a ambos lados de la bicisenda.

-Disculpe, ¿qué hay acá? –le preguntó Martín secándose el sudor de su frente con el borde de su remera.

-Parece que trajeron a los rugbiers para declarar ante el juez –respondió el vecino, cruzado de brazos.

-Ahora entiendo –asintió Martín-. Gracias. Hasta luego.

Y como si hubiese sufrido una contractura muscular o desgarro, el *runner* dio por terminada la corrida y decidió regresar a su hogar para alejarse de los incidentes frente al juzgado, esta vez promovidos por los residentes curiosos más que los turistas, ya que la temporada estaba finiquitada y se encontraban lejos del centro comercial y las playas, los principales atractivos para los visitantes.

Todo este alboroto se debía a que el juez Martínez había dispuesto una audiencia oral para que las partes del proceso expusieran *in voce* sus argumentos respecto al pedido de prisión preventiva presentado previamente por la fiscal Zambrano.

Antes de tomar una decisión, el magistrado quería escuchar principalmente a la defensa, al particular damnificado y, sobre todo, a los propios acusados, quienes habían pedido expresamente estar presentes en la audiencia, para lo cual, se procedió a su traslado, bajo un fuerte operativo de seguridad, desde el penal de Dolores, trayecto que, incluso, fue acompañado por las cámaras de varios canales de televisión que por unas horas volvieron a copar la villa, como al comienzo de la investigación.

Los imputados entraron esposados y escoltados a un recinto de escasas dimensiones, por lo que solo estuvieron asistidos por su defensor, el doctor Torelli. Mientras tanto, sus familiares que habían viajado desde Pindó para brindarles su apoyo (y también debieron soportar insultos al llegar al lugar) aguardaron en una sala contigua.

De esta manera, frente al juez estuvieron los acusados y su defensor, la doctora Zambrano y su ayudante fiscal, los abogados Barrera y Alvarez, y el secretario del magistrado. Todos juntos por primera vez desde el inicio de la Instrucción Penal Preparatoria (IPP) y prácticamente cara a cara, por lo que el ambiente se tensó también allí adentro.

El defensor Torelli fue quien comenzó con su exposición, en la que solicitó al magistrado una morigeración de la prisión preventiva y sugirió un arresto domiciliario con monitoreo electrónico para los ochos imputados.

Luego, los abogados Barrera y Alvarez pidieron sumar a la acusación los agravantes de “alevosía” y el de matar “por placer”; lo cual no cambiaba la pena en expectativa dado que los rugbiers ya estaban imputados de “homicidio calificado”, aunque sí describía un accionar extremadamente violento porque implicaba que se aprovecharon del estado de indefensión de la víctima y que lo asesinaron por ninguno motivo más que porque así lo habían querido.

Por su parte, la fiscal Zambrano ratificó todos los extremos de su requerimiento y aclaró que como aún restaban conocerse los resultados de distintos peritajes, en los próximos días iba a ampliar su acusación.

Y antes de finalizar la audiencia, el juez brindó a los imputados la posibilidad de realizar algún comentario o declaración, aunque estos dichos no iban a tener ninguna validez en el expediente.

Entonces fue Bruno, quien ya no llevaba su cabeza rapada, sino que se había dejado crecer unos rulos morochos, el único de los acusados que aceptó hablar y tras ponerse de pie se dirigió brevemente al magistrado: “Lo único que quiero decir es que nunca, jamás, tuvimos la intención de matarlo.”

Minutos después del mediodía, el juez dio por concluida la audiencia y los rugbiers fueron trasladados inmediatamente de regreso a la cárcel, lo que demandó otras dos horas de viaje.

Al retirarse del juzgado, otra vez los vecinos agitaron sus pancartas e insultaron a los imputados, al tiempo que se produjeron una serie de empujones con el cordón policial que evitaba que los manifestantes estuvieran en contacto directo con el camión de traslado. A su vez, los efectivos también debieron escoltar hasta la ruta los vehículos particulares en los que se movilizaban los familiares de los imputados para que los incidentes no pasaran a mayores.

Y mientras los abogados de los padres de Francis reproducían lo sucedido en la audiencia delante de las cámaras y micrófonos, en el interior del juzgado el defensor Torelli

presentó por mesa de entradas una denuncia contra la doctora Zambrano por supuesta “privación ilegítima de la libertad, falsedad de instrumento público e incumplimiento de los deberes de funcionario público”.

Además, el abogado de los rugbiers pidió la nulidad de una testimonial, de una rueda de reconocimiento y las indagatorias por considerar que hubo irregularidades durante la realización de las mismas y que estas las invalidaban.

Martín terminó de darse una ducha y al dirigirse a la cocina a tomar agua fresca se cruzó con su hija, que le hacía compañía a Josefina, quien, como siempre, miraba televisión en el living.

-Me pareció ver tu remera chillona en el noticiero, frente al juzgado, ¿puede ser? – Bromeó la adolescente-. ¿Así que estuviste insultando y protestando como toda esa chusma? Justo vos, ¡qué vergüenza!

-Un poco más de respeto que soy tu padre –respondió él con una sonrisa-. Solo salí a correr y pasé por ahí de casualidad, ¿sí?

-Seguro, pá –Mili miró a su padre con sus ojos achinados y largó una carcajada que retumbó por toda la casa, de la que en ese momento solo se ausentaba Lola, quien desde temprano estaba haciendo trámites en el centro de Gesell.

Todo parecía moverse rápidamente, a una velocidad cada vez mayor, como en una montaña rusa descontrolada, con subidas y bajadas abruptas, idas y venidas, vueltas hacia un lado y el otro. Sin embargo, la causa por el crimen de Francis siguió avanzando en línea recta, como una flecha.

Mientras que cada uno de los planteos del defensor Torelli fueron remitidos al fiscal general Estévez para que se pronunciara al respecto, el juez Martínez resolvió la situación

procesal de los imputados tan solo un día después de la audiencia oral y en su fallo hizo lugar a la totalidad de la requisitoria de la fiscalía.

Y al dictar la prisión preventiva de ocho acusados por el mismo delito que les imputaba la doctora Zambrano, el magistrado remarcó que los ruggiers habían ejercido una “especial violencia” sobre la víctima con el “claro accionar de concretar su muerte”.

IX

Hay crisis que se gestan en silencio, pasando casi inadvertidas para las personas que mayormente viven en sus propias burbujas hasta que estas estallan. Otras, en cambio, se desarrollan a la vista del mundo entero que, por desidia, negligencia, impericia o una combinación de todas ellas, mira para el costado hasta que ya es demasiado tarde para reaccionar. Últimamente vivimos demasiado enfocados en nuestros propios problemas y/o asuntos hasta que la onda expansiva nos impacta de lleno y nos recuerda que no estamos solos en ningún rincón del planeta. Y no podía ser de otra manera a partir del modo de vida híper conectado tecnológicamente del Siglo XXI.

Al segundo día de iniciado el ciclo lectivo en la villa, y en el resto de la provincia, un vecino recién llegado de *Europa* ingresó al hospital local con síntomas compatibles al coronavirus. Esto encendió las alarmas en Gesell, una semana después de que se detectó el primer caso de Covid-19 en el país. Y mientras en el hospital trataban al paciente para confirmar si había contraído este virus durante un viaje desde China al Viejo Continente, la *Organización Mundial de la Salud (OMS)* declaraba a esta enfermedad, que a simple vista se comportaba como una gripe pero que por el momento no tenía cura, como una pandemia.

Y el pánico cundió: en la villa se tomaron medidas inmediatamente como, por ejemplo, suspender todos los eventos masivos o de aglomeración de personas, dar turnos médicos solo vía telefónica, cerrar la actividad hotelera programada, cesar el dictado de misa para evitar el contacto estrecho entre personas en lugares cerrados, y conformar un Comité de Crisis para gestionar estas acciones, a la espera de nuevas determinaciones del Gobierno Nacional, especialmente, respecto a las clases presenciales.

¡Vaya manera de terminar el verano! El 20 de marzo, el país ingresó en la etapa de *Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO)* o “cuarentena”, por lo que no solo se

suspendieron las clases, sino también la actividad comercial no esencial y la circulación de personas. Todos debíamos permanecer adentro de nuestros hogares la mayor cantidad de tiempo posible y solo se permitían las salidas autorizadas y de proximidad.

La villa se aisló. Solo podían ingresar a la misma los residentes (no así los propietarios con domicilio en otro distrito) y únicamente por el acceso sur. La playa quedó desierta, a pesar de que el otoño aún ofrecía temperaturas veraniegas, los médicos comenzaron a hacer recetas vía mensajería instantánea y las farmacias realizaban entregas a domicilio, como los supermercados; las clases en los colegios se hicieron a través de plataformas virtuales y los locales gastronómicos como el de Martín y Lola debieron suspender su actividad. El Municipio licenció a casi todo su personal con goce de sueldo, la Cooperativa Telefónica y de Luz descartó los cortes de suministro por falta de pagos, todos los bancos cerraron sus puertas al público y las operaciones y trámites eran *on line*.

No había circulación de colectivos y se implementó un toque de queda a partir de las tres de la tarde, cuando los Bomberos Voluntarios hacían sonar sus sirenas para anunciar que todos debían regresar a sus casas desde ese momento.

Solo los comercios esenciales permanecían abiertos hasta las diecinueve y debían atender en el exterior, solo para entregar compras o realizar el *delivery*. Lo mismo ocurría en casi todo el país, aunque a diferencia del *Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)*, los vecinos estaban autorizados para salir una hora por día a caminar en un radio no superior a los quinientos metros de su domicilio. Y, bajo ningún motivo, se les permitía reunirse en espacios públicos ni privados.

La vida dio un brutal vuelco, aunque los primeros casos sospechosos de coronavirus en la villa dieron negativo luego de analizarlos catorce días en aislamiento, y eso llevó un poco de alivio a la comunidad que quedó suspendida en el aire, encerrada en su propia burbuja.

A través de la ventana que se levantaba junto a la mesada, a la altura de la barcha de acero, se podía observar cómo la flora del jardín trasero del chalet se iba lentamente tiñendo con colores del otoño, cuyo pincel de hojas secas iba dejando trazos cada vez más gruesos por doquier. Esos tonos pasteles no solo representaban el retraimiento estacional de la naturaleza, sino que también coincidía con el decaimiento que se sentía en el hogar de los Mare, donde Milagros se pasaba la mayor parte del día en su habitación, Martín y Lola trabajando juntos en el comedor, y Josefina mirando televisión en el living. Y el único aliciente que estas cuatro personas tenían por entonces era que este tremendo bajón estaba afectando a todos a nivel mundial.

Solo *Mateo*, el viejo ovejero alemán de la familia, parecía estar contento ya que se encontraba siempre acompañado de sus amos, quienes ante cada jornada soleada y con temperatura agradable salían al parque y jugaban con él, que, como cualquier anciano de casi cien años, atravesaba un delicado estado de salud y necesitaba de esos mimos, además de una serie de cuidados intensivos dado que le costaba caminar por los problemas de cadera que, a su vez, le impedían controlar los esfínteres y así hacía pis y caca en cualquier lado y en cualquier momento.

-Los primeros días fueron unas vacaciones, como un respiro de la temporada –señaló Martín, sentado enfrente de su esposa, en la mesa de la cocina cubierta de papeles, dónde habían montado la nueva “oficina”.

-Sí, pero ya nos perdimos de facturar tres fines de semana largo –replicó Lola, sin apartar la vista de la pantalla de su *laptop*, mientras que su esposo prefería escribir a mano y hablar por celular.

En tanto, la *tablet* la utilizaba Milagros para realizar sus clases virtuales y la computadora de escritorio había quedado en la verdadera oficina del restorán.

-Es cierto. Por eso hay que poner en marcha cuanto antes el sistema de *delivery*. Yo ya tengo armado el nuevo menú, que se ajusta a esa modalidad de trabajo.

-Si no lo hacemos ya, no vamos a poder pagarles a los empleados –continuó la mujer, quien hacía cuentas en una calculadora aparte, en vez de utilizar la de la computadora, porque tenía teclas grandes y le resultaban más cómodas.

-Pero, ¿este mes no empiezan a dar los subsidios del Estado?

-Sí, pero no alcanzan.

-Ok. Cuando se refiere a los números del negocio, tenés razón.

-Gracias por la confianza –ironizó Lola, al tiempo que se levantó de la silla con la pava en la mano-. ¿Caliento más agua para el mate?

-Por mí, no –respondió Martín, quien había vuelto clavar la vista en el cuaderno con sus anotaciones-. En un ratito me tomo un cortado. ¿Hay café hecho?

-Sí, sí –la mujer encendió una hornalla y colocó la pava con el agua que le quedaba adentro y luego se volvió hacia su esposo:- ¿Hablaste con Mili esta mañana?

Martín cerró los ojos, soltó la lapicera y, respirando hondo, miró a su esposa, con cierto desgano y resignación.

-No, no hablé. Apenas me la crucé a la salida del baño y después ella estuvo encerrada en su habitación.

-Como siempre en estas últimas semanas –Lola se cruzó de brazos, resoplando.

-¿Y qué querés que hagamos? –Martín alzó el entrecejo-. No tenemos muchas opciones, que digamos. Estamos en plena cuarentena.

-El problema es que los profesores hacen pocas clases en vivo y solo les mandan tarea y un plazo para presentarla.

-¿Y?

-¿Cómo y? –La mujer retiró la pava de la hornalla y regresó a su silla junto a la mesa-. De esa forma, los chicos no tienen que cumplir un horario estricto, siempre y cuando cumplan con los plazos; entonces no necesitan levantarse temprano y se terminan acostando a cualquier hora.

-Entiendo, pero, ¿qué podemos decirle a nuestra hija si los profesores son los responsables?

-Podemos hacer dos cosas: una, plantearle a Mili la necesidad de acostarse a una hora razonable en los días que tiene escuela, como si no existiera esta maldita cuarentena; y la otra es hablar con la dirección de colegio para que intervengan ellos también con los profesores.

-No sé, Lola. En la escuela no te van a dar ni bola porque tienen tantos quilombos como nosotros para trabajar. Y Mili tampoco nos va a hacer caso.

-Decís eso porque no querés que ella se enoje y nos vea como a sus enemigos –Lola se cebó un mate y lo bebió con fuerza-. Siempre lo mismo.

-No es así. Yo la reto cuando la tengo que retar, pero me parece que este no es el momento para presionarla demasiado.

-¿Por qué?

-Porque está en su último año de secundaria y no puede hacer nada de lo que suelen hacer los chicos de esa edad: no va a la escuela, no se reúne con amigos, no sale los fines de semana... Y ni siquiera me animo a pensar en lo que va a sentir si el viaje de egresados se suspende.

-Esto es una tragedia –Lola se pasó la palma de la mano por la frente y se acomodó el flequillo, un estilo de peinado que había adoptado en un momento de extremo aburrimiento, de esos que abundaban durante el ASPO.

-Tampoco para que dramatices tanto –Martín extendió su brazo tratando de alcanzar el de su mujer y así poder acariciarla, pero no llegó porque la mesa era demasiado ancha y

estaba repleta de obstáculos-. Nosotros, a su edad, también hicimos muchos sacrificios y resignamos varias cosas, y tan mal no nos fue.

-Es cierto –la mujer advirtió el gesto de su esposo y alargó su aun flexible cuerpo para tomarlo de la mano.

-Ojo, eso no quiere decir que Mili tenga que atravesar por lo mismo. De hecho, yo no quiero esa vida para ella.

-Yo tampoco. Pero sí creo que tiene que empezar a ser un poco más responsable y sacrificada. Tiene todo demasiado servido.

-Ok. Hablemos con ella, pero no seas muy dura. No te olvides que ya tuvo bastante con lo de Josefina.

-Eso ya pasó. No mezclemos las cosas.

Gracias a tu pasividad, yo tuve que adoptar el rol de mala hace tiempo, pensó la mujer, quien se cebó otro mate y volvió a revisar las hojas de cálculo que se veían en la pantalla de la *laptop*, pero no pudo concentrarse al advertir que Martín realizaba anotaciones en su cuaderno en forma frenética.

-¿Qué escribís en ese cuaderno con tanta dedicación? –Lola inclinó su torso sobre la mesa para acercar su mirada hacia el cuaderno de él-. Porque no me parece que sea relacionado al negocio, ¿o sí?

-¡Qué chusma! –Martín cerró el cuaderno y colocó la lapicera sobre la tapa blanda del mismo.

-Solo preguntaba, che. ¿Qué tenés que ocultarme?

-Nada –el hombre se reclinó sobre el respaldo de la silla mientras dibujaba en su rostro una mueca con sorna.

-¿Entonces por qué no me lo decís?

-Ok –Martín se arrimó a la mesa y abrió el cuaderno de hojas cuadriculadas, lo giró hacia la posición de su esposa, quien comenzó a echarle un vistazo-. Es una especie de diario o cronología sobre los eventos más importantes de la cuarentena en la villa.

-Ah, ok –Lola apartó el cuaderno y lo dejó al alcance de su esposo, quien lo recogió inmediatamente.

-Lo empecé el primer fin de semana largo, cuando la Policía detuvo a esas personas que querían entrar sí o sí a la villa y le secuestraron los vehículos, ¿te acordás? Hubo uno que se encajó con la camioneta en el medio del médano...

-Sí, me acuerdo. Tampoco fue hace mucho.

-Ya sé, pero con este encierro como que la percepción del tiempo es distinta a la habitual, ¿viste?

-A mí no se me pasa más, y eso que estoy haciendo de todo.

-Paciencia. Es una de las pocas cosas que aprendí a tener cuando estuve internado en el hospital, después del accidente.

-¿Te trae malos recuerdos esta cuarentena?

-Más o menos. No es lo mismo. Esa vez estaba solo, ahora estoy con mi familia.

-¿Y qué más anotaste en ese diario o cronología?

Entonces, Martín le contó cómo después de esas detenciones, los remiseros armaron un protocolo para poder trasladar a los trabajadores esenciales durante la noche y la madrugada para que estuvieran seguros, que los inspectores municipales clausuraban los locales comerciales no habilitados para abrir, que el hospital se había “stockeado” de insumos y la escuela industrial fabricaba barbijos con materiales descartables, cómo los recolectores de basura se tomaban “días libres” y los frentes de las casas quedaban cubiertos de bolsas de residuos, entonces la Comuna salía a desinfectar las veredas y los vehículos estacionados, al tiempo que pintaba círculos a un metro y medio de distancia en el suelo y frente a los cajeros

automáticos para que los vecinos respetaran el protocolo sanitario cuando iban a retirar dinero en efectivo; entre otros asuntos atinentes a la vida cotidiana en la villa y que Lola los conocía perfectamente porque era la integrante de la familia que más salía del hogar y continuaba en contacto con lo que sucedía afuera del mismo.

En ese escenario, y según los artículos de un sitio de noticias *web* local en el que los Mare solían pagar espacios publicitarios para promocionar su restorán, la imagen del intendente mejoró ante los contribuyentes, que resaltaban distintas medidas, entre ellas, poner a disposición del personal médico unos mini *buses* para trasladarlos desde sus domicilios a sus lugares de trabajo, desinfectar el palacio municipal para los empleados que cubrían las guardias mínimas, el cobro a domicilio de las tasas, la creación de un registro de parqueros para que estos pudieran trabajar de manera formal y organizada, y la implementación de una fuerte campaña de concientización sobre la pandemia ya que, más allá de los visitantes de los fines de semana largo, una gran cantidad de personas era demorada por circular en la vía pública sin permiso o por reunirse, sin barbijo ni distanciamiento social, en una plaza o la playa si el clima era agradable.

También hubo buenas acciones del sector privado y particulares, como donaciones de camas y respiradores para el área de terapia intensiva del hospital municipal, donde por esos días seguían dando resultado negativo los testeos a pacientes sospechosos internados en aislamiento, por lo que Gesell seguía sin registrar casos positivos.

De hecho, la sala de terapia fue dividida en dos sectores, justamente para no mezclar a los pacientes sospechosos de Covid-19 con los que presentaban otras afecciones.

A su vez, los casos sospechosos, no solo los que requerían internación, iban surgiendo de los vecinos que regresaban a la villa después de haber salido de viaje y quedar provisoriamente varados en otros destinos. Muchos de ellos permanecían asilados en sus propios hogares, mientras que otros geselinos aún seguían sin poder encontrar la forma de

regresar por sus propios medios, por lo que el Municipio también puso en marcha un plan para “repatriarlos” lo antes posible.

Milagros salió de su habitación aún con el pijama puesto y fue a buscar un vaso con agua a la cocina, donde sus padres seguían trabajando, o simulaban hacerlo, prácticamente del mismo modo que la adolescente se comportaba con las tareas que les encargaban sus profesores. Abrió la heladera en busca de una botella fría y sintió que le tocaban el hombro. Al darse vuelta vio que su madre le hacía señas para que se retirara los auriculares del celular de sus oídos.

-Te estaba hablando, hija –se quejó Lola regresando a su silla.

-¿Qué pasó? –la adolescente cerró la puerta de la heladera y colocó la botella de agua sobre la mesa, tras lo cual, apoyó su cintura sobre el borde de la misma, quedando de frente a sus padres.

-¿Todavía no te cambiaste?

-¿Y para qué? Si estoy en la cama.

-Pero, ¿no tenés tarea?

-Sí, pero tengo tiempo para hacerla todavía. Cuando termines acá, ¿vamos a hacer la clase de pilates juntas, má? ¿O prefieren que los tres veamos un par de capítulos de la última serie que empezamos?

-Mirá, si no empezás a acostarte más temprano y a levantarte más temprano, se acaban la gimnasia por *Zoom* y *Netflix*.

-Otra vez con lo mismo –rezongó Mili-. Ya les expliqué que no tengo horarios fijos para hacer la tarea de la escuela, así que no veo por qué no me puedo quedar hablando con mis amigas hasta tarde y dormir un poco más.

-No podés vivir a contramano, hija. Dormir cuando el resto está levantado y viceversa.

-Sigo sin entender cuál es el problema con eso: si no puedo salir a ningún lado. Da todo lo mismo, siempre y cuando cumpla con lo que me piden los profesores.

-Lo que pasa es que no podemos abandonar nuestra rutina por completo, porque cuando esto pase vamos a tener a volver a esa agenda y nos vas a costar muchísimo re adaptarnos.

-¿Y por qué la rutina es buena y no la podemos cambiar? –Milagros se sentó en la silla junto a la de su padre.- Si no fuera por esta cuarentena de mierda nunca habiéramos hecho tantas cosas los tres juntos, ¿o me equivoco? ¿Y eso es malo?

-No, hija –intervino Martín, quien rodeó a su hija con sus brazos-. Eso no es malo, pero vos estás en una etapa de formación en tu vida, y ciertas rutinas te aportan organización y disciplina. Y cuando seas grande, e independiente, vas a necesitar de eso. Y mucho.

Al fin habló este hombre, se dijo Dolores.

-Está bien. Voy a empezar a acostarme más temprano. Pero ni loca me levanto a la hora que me levantaba para ir a la escuela –Mili se puso de pie y besó a su padre en la frente.

-Ok. Pero sí tenés que estar cambiada y desayunar a una hora razonable –Lola le hizo señas a su hija para que se le arrimara, a lo que la adolescente accedió refunfuñando-. ¿A las nueves te parece bien?

-Está bien. Pero con una condición: qué papá se ponga a entrenar un poco.

-Es lo más acertado que te escucho decir en toda la mañana –bromeó Lola, quien tomó a su hija de la cintura y la hizo sentar sobre su regazo, como cuando era una niña.

-¿Y ahora por qué se la agarran conmigo? –reaccionó Martín.

-Porque estás todo el tiempo diciendo cuánto extrañas salir a correr y en vez de hacer ejercicios para mantenerte en estado te la pasas leyendo, escribiendo, escuchando música o tomando mate en el jardín, con Mateo –disparó la adolescente, entre risas.

-Prefiero eso a que estar mirando tanta televisión y chatear todo el día con el celular, como ustedes.

-Pero nosotras al menos hacemos pilates –intervino Lola-. Y nos cuidamos con las comidas.

-Yo también me cuido con las comidas –se defendió el hombre.

-Pero no tanto con el alcohol –añadió Mili-. Mucho vinito, pá...

-No es para tanto, che.

-Bueno, bueno -Lola dio un suave empujón a su hija para que esta se levantara y luego se puso de pie-. Basta de discusiones y vamos a activar un poco, ¿sí?

Como si hubiera tantas cosas por hacer, evaluó Martín.

-Vos, Mili, andá a cambiarte de una buena vez –indicó la mujer, quien acto seguido caminó hasta el perchero amurado detrás de la puerta delantera de ingreso y tomó su cartera y un saquito de hilo.

-¿A dónde vas? –se sorprendió su esposo.

-Tengo que ir a buscar unos papeles al restorán que me piden los de la Municipalidad por el tema de los permisos para reabrir y después voy a pasar a comprar unos remedios que encargué en la farmacia. ¿Necesitás algo de la calle?

-No, gracias.

-Mirá que esta es la única vez que voy a salir en el día, eh.

-Andá tranquila. No necesito nada. En serio.

-Ok –Lola acomodó la correa de la cartera sobre su hombro para que no le arrugase el saquito y tomó las llaves de la camioneta de la mesita ubicada junto a la entrada.

-Lola –la llamó Martín antes de que esta saliera.

-¿Qué? –la mujer se paró en el umbral, sosteniendo el picaporte y dio media vuelta hacia su marido.

-Cuidate.

-Sí, sí.

-¿Llevás barbijo y alcohol en gel? –Martín se levantó de la silla y dio unos pasos hacia ella.

-Los tengo en la cartera.

El hombre apretó los labios y torció la boca de costado.

-¿Por qué ponés esas cara de preocupación? No voy a la guerra...

-No estoy preocupado, solo me pregunto si es absolutamente necesario que salgas sabiendo que convivimos con una persona de riesgo.

-Ya hablamos de esto: soy la primera interesada en cuidar de la salud de Josefina. Quedate tranquilo.

-Ok. Andá –Martín señaló con su mano hacia la puerta, casi al mismo tiempo en el que su esposa la cerraba a sus espaldas.

Y cuando él regresó a la mesa, Lola ya había arrancado la camioneta e iniciaba su marcha aprovechando que aún restaban unas horas antes del toque de queda, aunque no debía apartarse demasiado del trayecto entre su hogar y su lugar de trabajo porque no quería que le volviera suceder lo del primer día de restricciones, cuando la sorprendieron visitando a una amiga en Pinamar y debió llamar a Martín para que la fuera a buscar hasta la rotonda de ingreso a la villa porque la Policía no la dejaba pasar.

Mientras la camioneta de Lola transitaba velozmente por las desiertas calles de la villa, la investigación por el crimen de Francis debió frenar casi a cero al toparse con las restricciones impuestas a raíz de la pandemia por coronavirus.

Días después del procesamiento de ocho acusados, tanto el fiscal general como el juez de Garantías desestimaron las denuncias por irregularidades y pedidos de nulidad presentados

de la defensa, que debió recurrir estas decisiones, junto al dictado de prisión preventiva, ante la Cámara de Apelaciones.

Sin embargo, el tratamiento de estas cuestiones se demoró porque, como consecuencia del ASPO, el Poder Judicial entró en una feria extraordinaria indefinida; entonces, la audiencia oral que se iba a realizar ante la Cámara para que las partes reforzaran sus respectivos argumentos se suspendió hasta nuevo aviso.

De todos modos, los camaristas debían resolver sí o sí la apelación de los rugbiers, quienes al igual que el resto de la población carcelaria del país decidieron no aceptar más visitas en el penal para respetar el protocolo sanitario.

A su vez, los presos pasaron a tener teléfonos celulares para poder comunicarse con sus seres queridos sin utilizar el mismo aparato que el resto.

Paralelamente, los detenidos con enfermedades de base respiratorias y cardiovasculares, y los que tenían más de sesenta años, pasaron a formar parte de los grupos de riegos y comenzaron a solicitar excarcelaciones y arrestos domiciliarios con monitoreo electrónico.

Estos pedidos agitaron el ambiente carcelario, que desde hacía años registraba una superpoblación, dado que muchos funcionarios judiciales se oponían a los mismos, apoyados por un sector político pro mano dura, y los reclusos reaccionaban con protestas, algunas de las cuales llegaron a convertirse en motines con toma de rehenes.

Sin embargo, nada de esto ocurrió con los ocho acusados del crimen de Francis, quienes no padecían ningún problema de salud y estaban lejos de la edad de riesgo; por ende, siguieron alojados en sus mismos calabozos. Tampoco tuvieron que aislarse del resto de la población ya que en esa condición habían ingresado al pabellón y así continuaban.

Por su parte, *Leopoldo Demarco*, uno de los integrantes de la Sala I de la Cámara que debía resolver la apelación de la defensa, sí formaba parte del grupo de riesgo y pidió una licencia.

A raíz de ello debió sortearse una nueva composición de la sala, pero cuando parecía que el fallo se iba a tratar con el nuevo juez designado, la Cámara decidió que ya que no se iba a realizar una audiencia oral y que el tratamiento de la cuestión podía efectuarse en forma virtual y respetando el aislamiento, por lo que Demarco volvió a asumir su rol inicial.

Todo esto derivó en un largo *impasse*, dado que cada resolución judicial se llevaba a cabo de manera electrónica y no presencial, hasta que, finalmente, el fallo de la Cámara se dio a conocer noventa días después de cometido el crimen.

Uno de los puntos que trataron los camaristas fue el cuestionamiento que la defensa hizo de la incorporación del testigo Lisandro en las ruedas de reconocimiento. Al respecto, el abogado Torelli sostuvo que en su declaración testimonial, este amigo de Francis dijo que no estaba seguro de poder reconocer a los tres supuestos agresores que él llegó a ver y que solo describió vagamente a dos de ellos. Sin embargo, el joven se comunicó posteriormente con la fiscalía y afirmó que sí podía hacerlo, por lo que se lo citaron a las ruedas, pero sin volver a tomarle declaración bajo juramento.

La defensa criticó que hubo una “desmesurada saturación informativa” que implicó la constate difusión de las imágenes de los imputados, como en una suerte de “cadena nacional espontánea” que influenció a Lisandro.

Sin embargo, el juez Demarco sostuvo que “no hubo violación a norma legal alguna” y aclaró que la diligencia en rueda de reconocimientos se realizó “bajo juramento de ley” y que “nada impidió” que, en esa oportunidad, la defensa interrogara al testigo sobre su “aparente cambio” de postura.

Torelli también cuestionó la validez de la declaración de Tommy porque el acta de la testimonial no fue firmada por la fiscal Zambrano, sino por un auxiliar letrado, aunque ella figuraba como presente en la audiencia, lo que fue rechazado por Demarco, quien consideró que la defensa no demostró, “ni siquiera mínimamente, cuál fue el perjuicio que le ocasionó la falta de firma” de la funcionaria.

Otro punto criticado por el abogado de los rugbiers fue que la fiscalía supuestamente no se tomó más de cinco minutos en realizar cada una de las diez indagatorias y que de esa forma resultó imposible “comunicar derechos; hacer saber la intimación; informar detalladamente los hechos; la prueba; explicar el derecho a excarcelación; anotación de los datos personales; dar lectura a viva voz y luego firmar todos los presentes las actas respectivas”.

Además, según Torelli, quien no participó de las indagatorias porque él asumió la defensa *a posteriori*, las actas no contaban con las firmas de todos los funcionarios que nombraba, por lo que se trataba de un delito de “falsedad ideológica”.

“La defensora oficial estuvo presente, mantuvo entrevista previa, puso en conocimiento de los imputados la prueba y los hechos, fue quién les aconsejó que no declaren, ejerció su mandato y estampó su firma en cada una de las declaraciones”; por lo que estas últimas fueron recibidas “conforme a derecho, sin violación a garantía constitucional alguna”, abundó el Demarco, con quien coincidieron luego en sus respectivos votos los otros dos camaristas de la misma sala.

En su apelación, la defensa había pedido también un cambio de calificación legal por una menos grave y afirmó que los testigos que declararon días después del crimen, tras “escuchar y ver las noticias”, modificaron sus dichos de manera “sospechosa e inquietante”.

Además, Torelli dijo que los acusados se comportaron de manera “tranquila” y “pueril” tras el hecho, lo que implicaba que no se habían organizado “para matar”.

Por su parte, Demarco destacó que el defensor no especificaba una calificación alternativa, por lo que la inicial llegaba “firme” a esa instancia; al tiempo que opinó que “esa falta de nerviosismo, de normal actitud” de los rugbiers demostró, en realidad, que trataba de personas “frías y calculadoras”.

Y al respecto recordó que esa actitud se reflejó en el mensaje instantáneo con la palabra “prescribió”, que claramente significó “murió”.

Por último, el camarista entendió que dado que la calificación legal estaba firme y la pena en expectativa era la de prisión perpetua existían “riesgos procesales” que justificaban la prisión preventiva dictada en primera instancia.

“No puede dejar de señalarse la cantidad de intervinientes contra una sola persona, la brutalidad de la golpiza ejercida contra la víctima, el motivo fútil que llevó al accionar de los imputados a darle muerte, el desprecio total por la vida ajena. Fue, simplemente, una cacería humana”, concluyó Demarco.

Casualidad o causalidad, lo cierto es que apenas unas horas después que el fallo de la Cámara se difundió públicamente se filtraron a las redacciones de los principales medios periodísticos los resultados preliminares de las pruebas de ADN realizadas por la Policía Científica sobre los rastros levantados del cuerpo de la víctima, la ropa y el calzado secuestrados en la casa alquilada por los rugbiers, y las muestras tomadas de los propios acusados.

En total, los peritos oficiales y de parte analizaron ciento quince muestras y determinaron que había sangre de Francis en una camisa de Marcos; y que debajo del dedo meñique izquierdo de la víctima se halló el perfil genético del imputado Bruno; lo que comprometía aún más la situación de estos dos imputados.

X

La desobediencia civil de un sector de la sociedad fue cobrando intensidad en distintos puntos del país, a partir de un aumento del hartazgo ante la aparente falta de resultados positivos que arrojaban las medidas impuestas por las autoridades políticas y sanitarias ante la pandemia, muchas de ellas tomadas desde el desconocimiento ya que nadie en el mundo parecía estar preparado para enfrentar semejante situación. Y, aunque en menor medida, esto también sucedía en la villa, donde hubo oportunidades en las que, por ejemplo, los inspectores y policías debieron intervenir para detener el desarrollo de un picadito de fútbol disputado por decenas de amigos en un complejo de canchas a la vista de todos.

Mientras que otra porción de la población, sobre todo los trabajadores informales, sufría la falta de empleo y debía recurrir a los subsidios estatales y las donaciones de la iglesia y organizaciones benéficas. Y en ese complejo escenario fraccionado y disperso cada uno atendía su juego, como en el caso de los *surfers*, quienes solicitaron formalmente al intendente geselino una autorización para poder acceder al mar.

Sin embargo, las restricciones continuaron y se fijaron multas altísimas para quienes no respetaran los protocolos, como los que circulaban por las calles de a dos en una moto, una conducta muy habitual. A partir de estas sanciones o simplemente porque hubo una mayoría responsable que sí acató los protocolos y entendió que cuidándose a sí mismo cuidaba del prójimo, los casos sospechosos de coronavirus en Gesell se fueron descartando, al punto que en los primeros días de mayo se habilitó la apertura de los comercios hasta las quince, aunque los locales gastronómicos con comida elaborada debían seguir cerrados al público y solo funcionaban con el sistema de *delivery* hasta las veintitrés.

En tanto, en el AMBA y otras ciudades de la costa se mantenía un cierre de actividades mucho más estricto debido a la alta circulación comunitaria del virus. Por ello, la

gestión de la pandemia en la villa fue tomada como un ejemplo en la región, al tiempo que las escuelas públicas avanzaban en las refacciones edilicias para garantizar la ventilación de los salones y el distanciamiento en el interior de los mismos una vez que se reanudaran las clases presenciales.

Las expectativas de los vecinos eran buenas, aunque ninguno podía eludir la angustia y la depresión que generaba la pandemia; los esfuerzos por retomar la vida “normal” continuaban; y el Concejo Deliberante anunciaba que comenzaría a sesionar presencialmente el primer día hábil de junio.

Pero una semana antes de que esto sucediera la psicosis se apoderó de la villa, principalmente a través de las redes sociales, tras confirmarse el primer caso positivo de coronavirus en un anciano que vivía solo y era un paciente oncológico, y que ante esta situación quedó internado en Mar del Plata, adónde se enviaban analizar todos los hisopados que se tomaban en Gesell.

A raíz de ello fueron aisladas decenas de personas que habían tenido algún contacto estrecho con dicho paciente, como su médico de cabecera, la enfermera que lo asistía en su hogar y otros allegados entre sí, aunque todos ellos darían resultado negativo.

El alivio que llegaba desde los laboratorios marplatenses llevó a que el sindicato de empleados gastronómicos y hoteleros presentara a la Municipalidad un protocolo sanitario para poder volver a trabajar con público, y mientras el intendente aguardaba una directiva desde el gobierno provincial y nacional sobre esa materia, el Concejo Deliberante volvió a sesionar y el cementerio local reabrió.

Pero ese envión de los primeros días de junio se frenó cuando se produjo la primera muerte por Covid-19: la de un hombre que había recuperado la libertad en 2006 tras purgar una condena por el secuestro y asesinato de un joven geselino, hijo de un exdirigente sindical, cometido en 1990.

Esta noticia fue un shock para la villa, donde algunos encontraban un respiro en la actividad física, la cual estaba habilitada, tanto al aire libre como en lugares cerrados como los gimnasios, que, al igual que los hoteleros y gastronómicos, eran los más golpeados por el ASPO y también iniciaron negociaciones con el Municipio para reabrir con protocolos.

Pero a principios de julio comenzaron a sucederse los casos positivos de coronavirus, por los que las autoridades municipales y policiales intensificaron los controles en la vía pública para asegurar el cumplimiento de los cuidados sanitarios y reducir la circulación comunitaria. Hasta se aumentó la altura de los terraplenes a ambos lados del acceso sur para evitar el ingreso indebido de personas a la villa.

“Lo único que falta es que levante un muro como el de Berlín”, se dijo Martín, quien realizaba anotaciones en su cuaderno, sentado en la mesa de la cocina, luego de cenar y cuando Milagros y Josefina ya se habían retirado a sus respectivas habitaciones, aunque la adolescente no iba a poder conciliar el sueño fácilmente ya que seguía furiosa porque se había confirmado la suspensión de su viaje de egresados “hasta nuevo aviso” y en plena pandemia nadie sabía lo que eso podía significar. La única seguridad era que no se iba a realizar en el corto plazo.

“Las vacaciones de invierno están perdidas”, se lamentó Lola, quien en ese momento decidió dejar de lado, al menos por un rato, los asuntos del restorán y la nueva forma de trabajar con *delivery*, a la que en los últimos días le habían podido sumar el *take away*, y trató de preparar una nueva clase virtual de Inglés para un reducido grupo de alumnos que había vuelto a conformar para obtener un ingreso extra y así volver a ejercer como profesora, una actividad que le apasionaba, después de mucho tiempo.

El matrimonio recientemente había modificado la fachada del restorán colocándole al frente vidriado un mostrador que diera a la vereda y así poder entregar los pedidos de manera más accesible, para lo cual, tuvieron que tomar un crédito (a tasa cero, pero que al final y al

cabo implicaba endeudarse) ya que los subsidios del Estado apenas alcanzaban para pagar parte de los sueldos de los empleados. Incluso, debieron recurrir primero a sus ahorros en pesos y luego, cuando estos se acabaron, vendieron sus dólares, aprovechando la brecha cambiaria entre el oficial y el “blue”.

“Este país es increíble: si no fuera por el mercado paralelo y la cotización informal, habríamos cerrado”, le dijo Martín a Lola, quien seguía concentrada en sus propios asuntos.

“En este país se supone que el primer año de gestión de un nuevo Gobierno es el mejor, porque en el segundo están las elecciones legislativas y los políticos ya se ponen en campaña y se olvidan de los problemas de la gente. En el tercero suelen entrar en una crisis por las cagadas que se mandaron en el segundo y en el cuarto hay elecciones generales, y así todo vuelve a empezar”, describió él, aunque su esposa parecía no escucharlo y no apartaba la vista de la pantalla de su *smartphone*.

-Últimamente tenés una relación más profunda con tu celular que conmigo –le reprochó él.

-No estoy perdiendo el tiempo –reaccionó ella sin mirarlo-. Estoy hablando con mis alumnos para la clase de mañana, no me dedico a escribir mi autobiografía...

-¡¿Y qué querés que haga?! Si mi mente no para un segundo.

-Después no te quejes si no podés dormir, eh.

-Yo no me quejo –Martín dejó sus anotaciones y bebió un trago de vino tinto de la copa medio llena que aún tenía sobre la mesa-. Pasa que no todos tenemos la facilidad tuya para dormir sin sobresaltos.

-Todos estamos extenuados, tanto a nivel físico como mental –Lola alzó por fin la mirada hacia su marido-. Yo también me siento así, como vos, pero solo cuando estoy despierta. Por suerte, nada me quita el sueño.

-¿Qué envidia?! –Martín tomó la botella y la arrimó a la copa vacía de la mujer- ¿Te sirvo lo último?

-No, gracias –respondió ella e inmediatamente retomó sus *chats* en el celular.

Por su parte, Martín deseó que la primavera llegase cuanto antes porque extrañaba las temperaturas agradables que le permitían pasar buenos ratos en el jardín junto a su mascota, aunque en las últimas semanas, a partir de la apertura gradual de actividades, los terrenos de los alrededores del chalet habían sido invadidos por ruidosos obreros de la construcción que hacían prácticamente imposible tener un poco de privacidad y silencio en el exterior del hogar.

“¡Mamá!”. Otra vez tronó aquel llamado en su mente y a mitad de la noche. Gabriela se agitó, como cada vez que escuchaba ese grito, y con las pocas fuerzas que todavía se resistían a abandonar su cuerpo cruzó el umbral de la habitación de Francis. Con sus manos temblorosas, y no debido al frío invernal, encendió el velador de la mesita de luz y así se iluminó la cama de su hijo, intacta, perfectamente estirada y sin una arruga y/o doblez en el acolchado que la cubría. Y alrededor de la misma, el ambiente se encontraba impecable, todo ordenado, tal como él lo había dejado antes de viajar, casi seis meses atrás. La madre caminó hasta el escritorio ubicado junto a la ventana que daba al pulmón del edificio y se sentó delante de la computadora. También la encendió y la pantalla bañó su rostro con ese brillo artificial que suele molestar a una vista cansada. Sus ojos ardían, pero ya no podía volver a dormir, así que comenzó a navegar por la Internet y rápidamente se encontró con más noticias sobre la causa, novedades que ella conocía porque antes de cenar había hablado con sus abogados.

Uno de los principales titulares que abrían el *sitio web* más leído del país informaba que el estudio scopométrico sobre las zapatillas que llevaban puestas los rugbiers acusados

del crimen de Francis reveló que una de las patadas que recibió la víctima en su rostro se la había aplicado el detenido Maximiliano.

Si bien no era una revelación absoluta, ya que el rol de este sospechoso se había definido a través de testimonios e imágenes de cámaras de seguridad, se trataba de una prueba científica indubitable, del 99,9% de efectividad, como un estudio de ADN.

Este estudio había comenzado a fines de mayo en los laboratorios de la PFA en Mar del Plata, donde se cotejaron imágenes de las dos improntas halladas en la cara de la víctima, una pequeña y otra más visible, con las huellas de las zapatillas incautadas en la casa alquilada, más otras huellas plantares que se les tomaron a los ocho detenidos en el penal de Dolores.

Y la que finalmente arrojó resultado positivo fue la impronta más grande y visible dado que la otra era demasiado parcial e insuficiente para ser cotejada. Es decir, que el peritaje demostró que esa impronta no solo se correspondía con la zapatilla de Maximiliano, sino que el calzado coincidía, a su vez, con la planta del pie del mismo acusado.

La nota periodística que leía la madre de Francis también reproducía declaraciones que ella había hecho esa misma noche a un canal de noticias, al igual que el abogado Barrera.

Esta vez, la mujer se limitó a reiterar su pedido de justicia para su hijo, mientras que el letrado aclaró que el resultado del peritaje scopométrico no implicaba que el puntapié aplicado por el acusado Maximiliano en el rostro de la víctima había sido “la patada mortal”, y por ende, este rugbier resultaba ser el autor del crimen; sino que se había tratado de un “ataque en manada”, en el que todos los detenidos eran responsables a través de una “coautoría funcional” en la que la totalidad de los golpes resultaron mortales.

Para Barrera, no solo los detenidos eran responsables del crimen, sino también los dos rugbiers liberados por falta de pruebas más un “sospechoso número once” que ellos tenían identificado, pero que la fiscalía no.

De hecho, la doctora Zamboni, tras recibir los resultados de este peritaje scopométrico, daría por cerrada la etapa de instrucción de la causa luego de casi ciento ochenta días de investigación y pediría elevarla a juicio oral con solo ocho procesados.

Esta decisión abriría un nuevo debate, ya que la defensa solicitaría que los rugbiers fuesen juzgados por un tribunal colegiado y no por un jurado popular por considerar que pesaba sobre los imputados una condena social impulsada, principalmente, por los medios masivos de comunicación.

Gabriela terminó de leer la nota y volvió a repasar el encabezado, junto al que pudo advertir que la misma tenía miles de comentarios efectuados por los lectores del sitio *web* que, en su inmensa mayoría, acompañaban los pedidos de la familia de Francis y sus abogados, y pedían una condena ejemplar para los acusados, incluso, los más radicales exigían la pena de muerte, aunque esta no existía en el Código Penal vigente y, a su vez, estaba en retroceso a nivel global.

Esta última noticia sobre el caso se había convertido rápidamente en *trending topic*, solo superada por la nota central que se refería en durísimos términos a la “cuarentena eterna” que regía en el país.

Gabriela apagó la computadora, seguidamente hizo lo propio con el velador y abandonó la habitación de su hijo rumbo a la suya, donde se acostó junto a su marido, cerró los ojos y respiró hondo, pero tardó en dormirse.

Cierta paz y tranquilidad recién le llegaría a esta mujer y a su esposo unos tres años después, cuando los ocho acusados fueron finalmente condenados a prisión perpetua al cabo del juicio oral con más público en la historia del país., dado que millones de personas siguieron las audiencias en vivo y en directo por los medios audiovisuales de comunicación y a través de transmisiones vía Internet.

Despertarse en plena madrugada era un verdadero castigo para Martín porque lo perturbaba esa sensación de vacío que generaba la falta casi total de tránsito en las calles, lo que se volvía aún más insoportable cuando el cielo estaba encapotado, sin la luz de la luna y las estrellas, como una pared negra próxima a derrumbársele encima. Y enseguida devenía el temor a lo desconocido, la frustración, la soledad y también la muerte. Pero si había aprendido una lección durante su internación, cada vez más lejana en el tiempo pero siempre presente, era la de esforzarse para tolerar la angustia y así poder desarrollar cierta resiliencia. En los últimos quince años había pasado tanta agua debajo del puente: su padre fallecido, su madre viviendo con su hermana divorciada en el conurbano, adonde ya no podía ir de visita debido a las restricciones, una suegra también muerta y la otra atravesando sus últimos días en la Tierra. Y Milagros, ya convertida en toda una princesa que compartía el trono de su reino con Lola, quien era la roca que parecía inalterable, por más que las olas embravecidas de la vida rompiesen una y otra vez contra ella. Todavía no podía creer cómo su enfermedad lo había llevado a pensar que su esposa se trataba de una impostora cuando nunca, jamás, él había sentido algo más real que lo que le transmitía y generaba aquella mujer.

Pero Lola también se estaba agotando, sobre todo de asumir tantas responsabilidades familiares y laborales. “Siempre estoy ocupándome de los demás, ahora me gustaría ocuparme de mí sola, ser un poco más egoísta. Creo que después de todo este tiempo no es mucho pedir, hasta sería justo y merecido”, le había dicho ella la noche anterior, antes de irse a acostar.

Y por ello habían acordado mantener una charla más larga y tendida al día siguiente. Necesitaban hacerlo a solas, así que eligieron salir de su hogar, en contra de las restricciones de circulación pero con barbijo y alcohol en gel en mano, y se dirigieron a un sector de la playa poco custodiado, como cuando eran jóvenes y recién se habían puesto de novios.

Si bien el matrimonio no se encontraba ante una verdadera crisis de pareja, la pandemia y la cuarentena habían sacado a relucir los defectos de la relación, que eran como las de la mayoría de las parejas adultas. El regreso abrupto de Josefina, el nuevo vínculo entre esta y Milagros, pasarse casi todo el día encerrados en la casa los cuatro, ella y Martín sin poder trabajar, y Mili sin poder ir a colegio y estar con sus amigas, resultaba una pesadilla.

-Me gustaría que, antes de que opines o comentes, me dejes terminar de contarte todo lo que te quiero decir y después que termine ahí sí, decí lo que te a vos te parece, ¿ok? – arrancó él.

-Ok.

Martín y Lola estaban sentados uno al lado del otro sobre la arena, alejados del mar ya que si bien había sol y poco viento, se trataba de una jornada de pleno invierno. Él había recogido un trozo de caracol blanco con betas marrones del tamaño de la yema de su pulgar y lo utilizaba para cavar en el suelo, como cuando era un niño y hacía pozos que luego llenaba de agua y en los alrededores de la playa no había tantas edificaciones, solo médanos.

-Leo decidió irse de la villa y me contó sobre el nuevo proyecto del que va a formar parte en el caso de que nosotros quisiéramos sumarnos –indicó Martín sin dejar de cavar.

Lola lo miró con los ojos bien abiertos, las manos en los bolsillos de su campera y esforzándose para no interrumpirlo, pero, al mismo tiempo, incitarlo a que continuase.

-Se trata de un proyecto productivo comunitario, en el que hay otras personas involucradas, de la confianza de Leo, y que implica la compra de una gran porción de tierra, decenas de hectáreas, en las que se puede hacer de todo: cosechar, desarrollos inmobiliarios para vivienda permanente, de alquiler y/o turístico, gastronomía, energía solar y muchas otras cosas más.

-Ajá.

-El punto es que este predio queda a orillas del río *Tunuyán*, en un valle cercano a la capital mendocina, por lo que habría que mudarse allá.

La mujer entreabrió la boca y cuando estuvo por soltar su primer comentario, Martín le hizo señas con los dedos para que siguiera callada.

-Yo creo que vendiendo todo lo que tenemos acá podemos obtener un buen capital inicial para invertir allá.

-Pero, ¿estás loco?! –La mujer no pudo contenerse más-, ¿adónde vamos a vivir? ¿De qué vamos a trabajar? ¿Y qué va a pasar con Mili?

-Tranquila –Martín posó su mano en el muslo de su mujer, quien vestía unas calzas como las que utilizaba para sus clases de pilates y lo acarició suavemente-. Yo ya estuve investigando bastante el tema y el único problema que veo es que el predio es un viñedo abandonado, por lo que por ahora no está habitable hasta que se construya algún tipo de inmueble familiar.

-¿Entonces?

-Lo bueno es que el precio de la tierra es muy bajo y, al ser varios los integrantes del proyecto, comprar nuestra porción requiere poco dinero. Y con el resto podríamos alquilar, ya sea cerca de la chacra o mismo en la ciudad, hasta que podamos instalarnos en forma definitiva. Es más, Mili podría tener su propio departamento en la capital, junto a la *Universidad Nacional de Cuyo*.

-No sé, no sé –Lola negó con la cabeza-. Todo esto me toma por sorpresa y ni me puedo imaginar cómo va a reaccionar Mili.

-Yo hablé con ella sobre su futuro y creo que va a terminar estudiando Turismo, y esa Facultad de allá es muy buena en eso; además de que va a estar en el corazón de una región netamente turística, no solo a nivel local, como en la costa, sino internacional.

-¿Estás seguro? Digo, ¿ella está segura? Viste como es...

-A ver, cuando hablamos del tema Facultad, al principio la noté dubitativa, pero más que nada porque no quiere perder el tiempo.

-¿Y qué le dijiste? Porque intuyo que la terminaste convenciendo como lo estás tratando de hacer conmigo ahora.

-Lo único que le dije es que nada de lo que se hace por convicción, en vez de conveniencia, es una pérdida de tiempo.

-¡Qué profundo!

-Es en serio. Yo realmente lo creo así: si lo que hacés convencida sale mal, no importa, es parte del error humano y no hay nada de qué arrepentirse. Solo hay que aprender de las equivocaciones e intentarlo de nuevo, ¿o nosotros no hemos hecho exactamente eso durante nuestra vida juntos?

-No es lo mismo.

-¿Por qué?

-¡Qué sé yo! –La mujer se encogió de hombros y miró hacia la orilla, donde se agitaba la marea-. El turismo es un tema complicado. No creo que vuelva a ser lo que era antes después de esta pandemia.

-A nivel intercontinental probablemente no. Pero a nivel local y regional creo que va a salir fortalecido.

-En ese caso, quedémonos acá y sigamos explotando el turismo interno.

-Pasa que acá la temporada es cada vez más corta. Antes tenías todo el verano, Semana Santa, las vacaciones de invierno y el fin de semana de la Raza. Y ahora son solo un par de semanas en enero y un par en febrero, y listo. Allá hay turismo todo el año.

-No la veo tan sencillo, sobre todo, porque en tu plan te estás olvidando de Josefina. Y no podemos arrastrar a la vieja a un estilo de vida completamente distinto.

-No te estoy diciendo de hacerlo ya. Primero hay que esperar a que se levante la cuarentena. Y después, la puesta en marcha del proyecto va a requerir de cierto tiempo y para entonces capaz que la vieja ya no está más.

-Sí, puede ser.

-Además, no tenemos que vender todo de una, podemos empezar por el restorán y quedarnos con la casa en una primera etapa.

-El mercado inmobiliario está en la lona, no creo que saquemos mucha plata en este momento. ¿Y de qué vamos a vivir?

-Bueno, yo tengo muchos contactos con bodegas de allá y podría trabajar para ellos, vos retomaste la docencia, la cual podés ejercerla en cualquier lado, gracias a que ahora todo es prácticamente virtual. Además, es una región con muchas menos restricciones que acá. De hecho, hay un sector de la población que se quiere independizar del resto del país porque cree que así va a tener más libertades.

-Pero Martín –la mujer se volvió hacia su esposo con los ojos vidriosos-, tenemos más de cincuenta años, estamos cada vez más cerca de la jubilación y me estás proponiendo que empecemos de cero, como si fuéramos dos jovencitos ¿A vos te parece?

-Estoy pensando en mejorar no solo nuestra calidad de vida, sino la de Milagros y también la de los hijos de ella.

-Nosotros no vivimos tan mal, che.

-Ya lo sé. Por suerte, vivimos mejor que la gran mayoría, pero si hay algo que esta pandemia nos demostró es que toda la humanidad estaba viviendo mal o, al menos, peor de lo que lo podía hacer.

-Entiendo lo que decís, pero si tanto te interesa dejar un legado, nuestro legado está justamente acá –Lola abrió los brazos y echó un vistazo a su alrededor.

-Yo creía lo mismo, Lola. Pero lo que pasó este verano con el crimen de pobre chico, la cuarentena y todo lo demás, me hizo cambiar de parecer. Siento que algo se rompió en ese lazo especial que nos unía a este lugar. Como si una tormenta de arena hubiera arrasado y sepultado todos nuestros buenos recuerdos.

-No me parece que sea para tanto y tampoco estamos hablando de irnos al Primer Mundo. Vamos a seguir estando en este bendito país, que creo que ya se cayó del Tercer Mundo porque parece directamente de cuarta.

-Yo sé que vos preferirías irte a Europa: me lo dijiste apenas volviste maravillada de tu viaje a Italia cuando acompañaste a Teresa a reencontrarse con su pueblo natal. Pero eso sí que sería aún más difícil de lograr que mudarse al Interior.

-Pensaba en eso como un plan de retiro, para cuando no trabajemos más y nos quedemos los dos solos nuevamente, como al principio.

-Tampoco tenemos que quedarnos solos.

-Mili jamás se iría en el corto plazo tan lejos de sus amigos.

-No sé si ese es el problema. Habría que hablar con ella -Martín imitó a su esposa y miró hacia la rompiente-. A mí siempre me encantó el mar y la playa, pero siento que ya tuve demasiado de esto. Un poco de montañas, ríos, lagos y nieve no nos vendría nada mal.

-Cambiar de aire.

-Exacto.

-Siento que ya es tarde para nosotros.

-Yo no. Pero, ¿cuándo nos resultaron fáciles las cosas estando acá?

-Eso es cierto: siempre tuvimos que lucharla, desde muy jóvenes.

-Tal cual.

-¿Y por qué no quedarse a pelearla hasta el final? -Lola se puso de pie y se sacudió la arena de las calzas y las manos, al tiempo que el barbijo aun colgaba de una de sus muñecas.

-Esa sería la otra opción –Martín alzó la vista hacia su esposa, quien dio unos pasos hacia la orilla-. ¿A dónde vas?

-Necesito tocar el agua del mar, aunque esté helada.

El sol se ocultó de pronto detrás de unas nubes pesadas y el viento comenzó a soplar con fuerza estremeciendo el cuerpo de Lola, quien después de pasar varios minutos en la orilla, regresó más contenta y relajada hasta dónde se encontraba Martín que, a la distancia, la había observado pisar en puntas de pie la espuma de las olas, mientras él mantenía la cabeza cubierta por la capucha de su abrigo y el tapabocas colocado, ya que había un matrimonio con dos hijos chicos que se habían instalado a pocos metros, para tomar mates y jugar un rato.

-Este lugar es lo que somos –afirmó ella sentándose junto a su esposo, ambos de cara al mar-. Para bien y para mal.

-Yo creo que es solo una parte de lo que somos, y que hay otras partes tan o más importantes –replicó él, quien desde hacía tiempo que sentía que no importaba el lugar, sino estar junto a ella y su hija.

Martín tomó nuevamente la mano de su esposa y la percibió tibia, a pesar de la baja temperatura, tanto del agua como del ambiente. La miró sonriente por unos segundos en los que pensó que, así como la mujer lo había rescatado durante su internación, ahora podría haber llegado el momento de que él rescatara a Lola. O, tal vez, solo tenga que soltar y dejarla ser como ella realmente lo desee, se dijo. De todos modos, al final, no siempre se hace lo que se quiere, sino lo que se puede.

Buenos Aires, junio de 2021.